

FRANCISCO LÓPEZ CÁMARA

LOS VIAJES DE GUILLERMO PRIETO



Crïn



LOS VIAJES DE GUILLERMO PRIETO

FRANCISCO LÓPEZ CÁMARA

LOS VIAJES DE GUILLERMO PRIETO
(ESTUDIO INTRODUCTORIO)

Universidad Nacional Autónoma de México
Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias
Cuernavaca, Mor., 1994

PQ7292.P82

L66

López Cámara, Francisco.

Los viajes de Guillermo Prieto (estudio introductorio) Cuernavaca: UNAM, Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, 1994.

166 p.

ISBN: 968-36-3932-1

Prieto Guillermo, 1818-1897

Catalogación en publicación: Lic. Martha A. Frías - Biblioteca del CRIM

Portada:

1a. edición: 1994

© Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, UNAM, 1994
Av. Universidad s/n, Circuito 2, Col. Chamilpa,
Cuernavaca, Morelos.

ISBN: 968-36-3932-1

Impreso y hecho en México

TABLA DE CONTENIDO

Noticia preliminar	13
INTRODUCCIÓN	17
Fidel como viajero y cronista de viajes	17
El encanto de una narración misteriosa	20
¿Discreción política o astucia literaria?	23
VIAJES DE ORDEN SUPREMA	27
Consideraciones preliminares	27
PRIMER DESTIERRO	33
La "Introducción"	34
Fidel, vecino de Santa Anna, sale al destierro	37
Los indios	42
La Marcha de los Cangrejos	45
Nueva reflexión sobre los indios	47
Regreso a México	48
SEGUNDO DESTIERRO	51
¿Vida nueva?	51
Los partidos políticos	53
De nuevo en chirona	59

PRIMEROS VAJES Y EXCURSIONES CORTAS	67
El interminable viaje a Zacatecas	67
El "paseo" a Cuernavaca en 1845	71
El raro viaje a Puebla	80
El diario de un invasor francés que nunca existió	82
La "excursión" a Jalapa en 1875	89
Prieto e Iglesias: ¿Excursionistas en Jalapa?	97
VIAJE A LOS ESTADOS UNIDOS	
PRIMER VOLUMEN	101
La "Cajita de vidritos"	101
La "crónica secreta" del viaje	104
De Manzanillo a Mazatlán:	
La "cajita de vidritos" y la "crónica secreta"	109
Viaje y llegada a San Francisco	113
La "crónica secreta" obliga a un paréntesis	118
El largo viaje por tren a Nueva Orleáns	121
SEGUNDO VOLUMEN	129
Las tribulaciones de Fidel en Nueva Orleáns	129
Nueva Orleáns en la "Crónica Secreta"	135
Remembranzas de Juárez	137
Alucinaciones místicas, amoríos y llegada a Nueva York	143

Se precipita la disolución del "gobierno" de Iglesias	148
Un gran curioso en Nueva York	150
TERCER VOLUMEN	157
Últimas semanas en Nueva York	157
Fidel y los comunistas	161
Antes de volver a México	163
El tormentoso amorío con la gaditana	164
Lágrimas en San Antonio	166

**A Sofía,
futura lectora de
Guillermo Prieto**

NOTICIA PRELIMINAR

A principios de 1993, la Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CNCA) me invitó a colaborar en la edición de las *Obras Completas* de Guillermo Prieto (1818-1897), mediante la preparación de un estudio introductorio de sus crónicas de viaje, las cuales serían publicadas en varios volúmenes.

La idea me gustó por diversas razones, pero particularmente por el hecho de participar en el merecido homenaje nacional que el CNCA y otras instituciones están preparando para conmemorar el centenario de la muerte de uno de los más destacados escritores mexicanos del siglo XIX y, además, verdadero prócer de la Reforma en México, leal compañero y colaborador de don Benito Juárez. Decidí incorporar esta colaboración a las tareas de investigación que me corresponde realizar en el marco del Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias (CRIM) de la UNAM, al cual estoy adscrito como investigador de carrera. Agradezco al director del CRIM, Raúl Béjar Navarro, su apoyo a esta variante imprevista de mis labores programadas, así como su decisión de que sea una publicación de nuestro Centro.

Además de la significación histórica del trabajo propuesto, la empresa tenía para mí un doble interés personal: mi admiración por la vida y la obra de don Guillermo Prieto, sin duda uno de los más interesantes escritores mexicanos del siglo pasado, y mi predilección intelectual por los libros de viaje de aquellos años, que me fueron gratamente útiles y amenos cuando preparaba yo mis trabajos sobre la época de la Reforma en México. Se trataba desde luego de un área de la narrativa que, como ya lo había advertido Altamirano, no atrajo mucho a nuestros escritores de entonces. Fueron muy

pocos y raros en verdad los relatos de viajes entre los mexicanos de aquel siglo.

Por ello me sorprendió bastante enterarme que nuestro famoso poeta y cronista del siglo XIX, el célebre *Fidel*, resultara de pronto un prolífico redactor de libros de viaje. Yo había leído apenas algunas páginas de su obra en tres tomos *Viaje a los Estados Unidos*, y ello por mi interés juvenil en conocer la forma en que Guillermo Prieto había salvado la vida a Juárez, Melchor Ocampo y demás dirigentes de la Reforma, durante un levantamiento conservador en Guadalajara. Por alguna referencia sabía que en ese libro el propio Guillermo Prieto había narrado ampliamente la historia.

También recordaba que don Guillermo anduvo a salto de mata gran parte de su vida por sus peripecias políticas y su fidelidad ideológica al partido liberal *puro*. Pero ignoraba en verdad que hubiese tenido el tiempo -y el gusto- para escribir tantas cuartillas relatando los viajes que hizo y aun los que nunca realizó en realidad. Los escritos de viaje que han llegado hasta nosotros corresponden a siete crónicas (dos de ellas gigantescas para su época y ¡de un mexicano!), de las cuales una es ficticia.

No narró, en cambio, tres momentos importantes de su vida y de la vida de México: primero, el periplo que realizó con Juárez, Ocampo y otros ilustres liberales (la llamada *Familia Enferma*) durante la guerra de Reforma, desde Manzanillo hasta Nueva Orleans y luego a Veracruz; después, el largo trajín por buena parte del país, también con Juárez y su gobierno itinerante, durante la invasión francesa y la imposición del ficticio y trágico "imperio" de Maximiliano y Carlota; y finalmente, aunque no fuera propiamente un "viaje", su prolongada residencia en San Antonio, Texas, durante el tiempo en que estuvo distanciado de Juárez a causa de su oposición a la prórroga del mandato presidencial de don Benito. Es probable que algún día puedan rehacerse en parte

estas tres andanzas de Guillermo Prieto, al publicarse completa su abundante correspondencia.

Aunque me desconcertó al principio el gran volumen de trabajo que suponía leer, analizar, comentar y cotejar las crónicas de viaje de Prieto, cuyas más de tres mil apretadas páginas aparecerían finalmente en cinco gruesos volúmenes de sus *Obras Completas* (Tomos IV a VIII), la tarea me fascinó desde el primer momento. Las razones, que son muchas, se explican a lo largo del trabajo. Sus resultados integran este libro. Aunque debo aclarar que la decisión de publicar la presentación introductoria de todas las crónicas viajeras de Prieto dentro de un prólogo único, que aparece en el primero de esos cinco volúmenes, me obligó a un esfuerzo adicional: la versión condensada de un *Prólogo General*, tres veces menor en extensión que este libro. Tarea fatigosa, ciertamente, pero que al derivarse de un trabajo ya redactado y bien pertrechado en su investigación, pudo cumplir con su fecha de entrega.*

Independientemente de ese retoño que servirá de pórtico a los cinco tomos de relatos de viajes de Guillermo Prieto, creo que este libro no sólo amplifica, destaca y describe muchas de las particularidades de esas narraciones que obviamente no pudieron ser incluidas en el mencionado *Prólogo General*, sino explica, con mayor apoyo documental, aspectos sustanciales de los escritos de Prieto. Pero, además, conociendo la utilidad heurística de los estudios introductorios a campos o territorios de carácter narrativo, confío que este pequeño libro pueda resultar interesante a los actuales o futuros lectores de Guillermo Prieto.

* Aquí me es satisfactorio expresar mi reconocimiento personal a la licenciada Lillian Briseño Senosiain, anterior responsable de la edición de las *Obras Completas* de Prieto en la CNCA, y al licenciado Manuel Márquez Fuentes, de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, por su amable y constante ayuda documental y bibliográfica para la confección de este estudio.

Muestra con claridad que nuestro autor no fue solamente un popular poeta lírico o un gran observador costumbrista, como es habitual clasificarlo, sino también un espléndido narrador de viajes, incidentes y accidentes, lleno de humor, de crítica mordaz, con notable inventiva y en no pocas ocasiones con alcances brillantes de un serio intelectual preocupado por los graves problemas sociales, económicos, políticos y morales de su país y de su tiempo.

No sabemos cómo van a ser los lectores del ya inminente siglo XXI y el concomitante milenio que inaugura, ni cuál podrá ser su interés retrospectivo hacia un siglo como el XIX. Pero es allí precisamente donde pueden resultar útiles los estudios introductorios o los resúmenes críticos: descubrir el interés, abrir el apetito, servir de aperitivo a ciertos temas, autores y libros de nuestro pasado. Si esto se logra de alguna manera, será ya una sólida ganancia histórica.

F.L.C.

Cuernavaca, primavera de 1994.

INTRODUCCIÓN

A primera vista, la tarea de resumir y comentar con alguna brevedad accesible la voluminosa crónica viajera (más de tres mil páginas) de don Guillermo Prieto, nuestro famoso *Fidel* del siglo XIX, podría parecer excesiva. Pero después de haber leído cuidadosamente esas tres mil páginas, casi de un tirón aunque con enorme interés y deleite intelectual, no me parece exagerado o desproporcionado el intento de un estudio conjunto de todos estos relatos de viajes (algunos imaginarios, como veremos en su momento) que nos ha dejado Guillermo Prieto. De hecho, lo considero incluso indispensable.

Fidel como viajero y cronista de viajes

En primer término, el hecho de ser tan múltiples, variadas y diferentes las crónicas de Prieto exige una inicial aproximación de conjunto y una ponderación (no valoración, desde luego) de su significación y su importancia en las diferentes etapas de la vida del autor, tan vinculadas a la propia vida y al desarrollo de nuestro país en momentos de verdadera trascendencia histórica.

Guillermo Prieto fue un viajero casi siempre itinerante (admitamos el adjetivo que es útil y de buen uso) gran parte de su vida -de hecho, desde que andaba por los 25 años de edad hasta los 60, esto es, en un lapso de siete lustros casi ininterrumpidos- obligado generalmente por circunstancias externas y aun en contra de su voluntad o sus deseos. Algunos de esos viajes de desterrado, en el exilio o como miembro errante de la *Familia Enferma* no los pudo narrar, por lo menos en la forma de la crónica amena y detallada que tanto placer le producía escribir. Pero de una manera u otra hizo

alguna referencia a ellos en sus otros libros de viajes y en ciertos escritos de los últimos años de su vida (sus *Memorias*, desde luego).

Al leer sus crónicas de viaje que han llegado hasta nosotros, particularmente las que relatan sus confinamientos forzados o sus exilios (sus *Viajes de Orden Suprema* y su *Viaje a los Estados Unidos*, para no ir más lejos), inquieta bastante imaginarse lo que habría resultado de haber podido narrar Prieto sus prolongados éxodos al lado de Juárez y las otras grandes figuras de la Reforma, tanto durante la Guerra de los Tres Años como en los primeros tiempos de la Intervención y el Imperio de Max y Mamá Carlota. Es posible que la publicación de su abundante correspondencia recupere en parte esos relatos no escritos.

Otra razón para justificar un imprescindible desglose en el conjunto de sus crónicas de viaje, es el hecho de que don Guillermo no fue siempre un narrador ordenado. Ya don Nicolás León lo señalaba al concluir la organización y edición de las *Memorias* de Prieto: "El desorden en que él tenía habitualmente sus papeles y la manera de hacer sus apuntes, dificultaron mucho la coordinación de ellos...".

Tal vez sí fue organizado mentalmente al tomar la pluma y dedicarse a escribir, pero los constantes sobresaltos de su vida azarosa y en mayor medida aún la costumbre o necesidad de la época de publicar sus escritos, y desde luego sus relatos de viaje, a base de entregas parciales en periódicos y revistas favorecieron indudablemente una gran anarquía en su producción literaria. Quizá no era sólo culpa suya, pues los editores o impresores de esas publicaciones también coadyuvaron sin duda a que muchos de sus trabajos no aparecieran completos o de plano se extraviasen en el caos imperante en las imprentas.

El hecho es que con excepción de sólo dos de sus crónicas de viaje, muy importantes por cierto y ligadas por un

hilo invisible de índole política que haré notar en su momento, todos sus demás relatos han llegado hasta nosotros inconclusos, trancos, mutilados. En algunos casos es evidente que el propio Fidel, por sus andanzas políticas, sus agobios económicos o sus distracciones de variada índole (él mismo lo confesó en numerosos ocasiones), simplemente no pudo terminar la serie de artículos y crónicas que se había propuesto publicar, pensando sin duda en que podría hacerlo más tarde.

Pero también es muy probable que las venas enciclopédicas que siempre lo estimularon a interesarse verdaderamente en todo lo existente en su tiempo (ciencias, literatura, artes, historia, economía, oficios, sistemas, instituciones, costumbres, grupos humanos, personas en lo individual y mil cosas más), esta vasta y versátil curiosidad intelectual, digo, lo enredaron a menudo en relatos muy detallados y farragosos que acabaron abultando sus escritos de viaje hasta el grado hacerlos prácticamente interminables.

Si a ello agregamos su veta literaria más profunda y persistente, la poesía lírica, con la que llena páginas enteras a la primera ocasión que se le presenta y con la infinita variedad de temas que sus intereses afectivos, emocionales, personales e incluso meramente circunstanciales le sugieren, sus narraciones de viajero se extienden hasta adquirir dimensiones que el propio don Guillermo no puede controlar después.

El mejor ejemplo de ello es lo que se ha considerado su "obra maestra" en materia de crónica viajera: su *Viaje a los Estados Unidos*, del que me ocuparé con mayor detalle al final de este trabajo. Prieto estuvo en el vecino país, por tercera ocasión, un poco más de seis meses, en 1877. De los "apuntamientos" que hizo durante ese viaje salieron ya publicadas y felizmente concluidas ¡más de 1700 páginas, en tres tomos!

Sin conocer los detalles del viaje ni su verdadera duración, cualquier lector mexicano, al tener en sus manos los

tres gruesos volúmenes pensaría que don Guillermo nos cuenta allí sus experiencias de por lo menos dos o tres años. Y conste que se trataba de un viajero exilado, trashumante, casi nómada, que obviamente no contaba con los recursos, el tiempo y la calma suficientes para escribir sobre la marcha un relato tan gigantesco. Si verdaderamente Prieto hubiera estado en los Estados Unidos esos dos o tres años, tomando "apuntamientos" al ritmo con que lo hizo en seis meses, nos habría dejado sin duda algo así como una enciclopedia de 10 o 12 volúmenes sobre los Estados Unidos, en el más crudo estilo "mexicano-alemán". Era obvio que la sombra de Humboldt, a quien Fidel veneró como pocos, se enroscaba en él a la hora de viajar, pero sobre todo al momento de escribir.

El encanto de una narración "misteriosa"

Otro aspecto muy peculiar de las crónicas viajeras de Guillermo Prieto es el hecho de que no explica nunca el origen o el motivo de sus viajes. Todo mundo sabe y se ha repetido hasta la saciedad, incluso anecdótica, que sus famosos *Viajes de Orden Suprema*, tal vez su mejor narración en ese género, desgraciadamente trunca, los hizo por instrucciones directas de Santa Anna. El título mismo del libro lo hace explícito. Pero en las propias crónicas, Prieto, no obstante destacar desde el principio su carácter de desterrado político, no hace ninguna alusión directa, clara, terminante a las circunstancias concretas y los motivos personales de Santa Anna para confinarlo en el destierro. Hace incluso bromas y juegos de palabras sobre las causas de su confinamiento, como veremos adelante, pero no denuncia con claridad el rencor personal que Santa Anna le tenía y sus motivos concretos.

Y sin embargo, estos relatos los hace cuando andaba entre los 35 y los 39 años de edad (en pleno vigor político y literario) y los publica cuando Santa Anna es el que está

precisamente en el exilio. No había ya ninguna posibilidad de represalia. Además, desde el principio de la narración y a lo largo del libro no pierde oportunidad para poner en la picota crítica y satírica al "héroe de Turbaco" y Su Alteza Serenísima, sin ningún eufemismo. La chunga es directa y sin titubeos. ¿Por qué entonces no explica con claridad las verdaderas razones de Santa Anna para enviarlo dos veces al destierro? Claro que lo hace más de cuarenta años después, al redactar sus Memorias, cuando ya ni siquiera sabe dónde anda el libro en que se recogieron las crónicas incompletas de esos primeros destierros.

Esta propensión a omitir o soslayar (a ocultar en realidad, para decirlo con franqueza) los verdaderos motivos de sus viajes parece ser una deliberada forma de escribir de don Guillermo, un cierto "estilo" que vemos reproducirse en todas sus crónicas de viaje, incluso las más aparentemente inocuas e inocentes (como, por ejemplo, sus "excursiones" o "paseos" a Puebla, Cuernavaca, Jalapa y otras ciudades de provincia). Dejando de lado sus *Viajes de Orden Suprema*, cuyo título, más que la narración, explica vagamente el origen, y desde luego su primera croniquilla viajera cuando fue enviado a Zacatecas a cubrir el puesto de inspector de tabacos (donde tampoco toca el punto, aunque todo mundo conocía la historia), Prieto no nos explica nunca concretamente cuál fue la causa, el motivo o la razón del viaje que se dispone a narrar.

¿Discreción política? Es muy probable. Guillermo Prieto fue toda su vida un político. Un poeta lírico, ciertamente; también un escritor y periodista infatigable desde sus primeros años mozos hasta el día de su muerte. Pero al mismo tiempo un hombre mezclado permanentemente en la vida pública de México, incluso en los niveles de la más "alta política" de su época, también desde los 19 años hasta sus últimos días.

Cuando no estaba en el confinamiento como desterrado, en el exilio, en "excursiones" o andaba al trote con el éxodo de la *Familia Enferma* y aún fuera de ella, era ministro, diputado o senador. Y cuando no era una cosa o la otra, desenvainaba la pluma de periodista crítico y satírico para seguir interviniendo en la política nacional. Hoy se le recuerda más como gran poeta popular de su época y escritor brillante de crónicas y relatos de costumbres, pero se soslaya a menudo que su veta fundamental, su motor histamínico y tal vez su vocación más viva y persistente era la política.

Es muy probable, en consecuencia, que al narrar sus andanzas de viajero (como desterrado, en el exilio o como "excursionista") haya sentido la necesidad o la conveniencia política de dejar en la oscuridad las causas reales de sus viajes y sus "excursiones" o "paseos". Y no tanto por algún temor personal o para protegerse él mismo de alguna posible acechancia, sino quizá para no comprometer a ciertas personas de la vida política o simplemente por una discreción que le era natural en esos terrenos. Al leer sus crónicas de viaje se aprecia con frecuencia este cauteloso respeto por la discreción en muchas de sus formas (situaciones, relaciones amistosas, personalidades, mujeres, etcétera).

Por otra parte, Fidel no viajó casi nunca (por lo menos según lo que dejó narrado) por mera distracción o simple entretenimiento, salvo obviamente en cortos paseos familiares y amistosos. O iba al destierro o al exilio, por obvias razones políticas, o salía de "excursión", seguramente como miembro del Congreso de la Unión (y lo fue veinte veces), invitado muy probablemente por amigos políticos de la provincia, correligionarios o admiradores suyos. Paseos o excursiones que tenían por ello indudables implicaciones políticas. No mencionar estas causas en sus crónicas destinadas a la prensa, también podía ser una forma de discreción política.

¿Discreción política o astucia literaria?

Pero quizás hubiera alguna otra motivación en nuestro autor no necesariamente política, que también se advierte con frecuencia en sus crónicas de viaje: el gusto literario por la trama envuelta en el misterio. El dejar entre las sombras de la curiosidad o el interés melodramático el origen de las historias. El provocar de pronto un ambiente de inesperada sorpresa, de suspenso, como diríamos hoy. Ese gusto por el misterio, el hermetismo y el ocultamiento en las narraciones no sólo se vincula a las motivaciones reales de sus viajes, sino lo extiende también nuestro autor a numerosas historias, circunstancias, hechos y personas que inundan sus crónicas viajeras. Hechos, sucesos y acontecimientos reales o imaginados por el buen Fidel.

Don Guillermo disfruta y se divierte de lo lindo inventando todo tipo de historias truculentas, llenas de extraños secretos e incidentes oscuros, esperando sin duda despertar en sus lectores el interés, la duda o la curiosidad, cuando no la sorpresa y el asombro. Una forma por supuesto de hacer agradables, interesantes y amenas sus crónicas. Y lo logra, por cierto. Era tal vez, entre otras variantes literarias, una cierta manera de compensar el no haber logrado ser nunca un verdadero narrador de historias imaginarias, un auténtico novelista, un cuentista profesional, quizás un dramaturgo, como si lo fueron en cambio algunos de sus contemporáneos, especialmente Manuel Payno, (su amigo desde la juventud y gran piruetero político), Ignacio Altamirano y Angel de Campo, "Micros", sus discípulos, o en fin, su gran protector y amigo personal de su etapa juvenil, el hoy casi olvidado dramaturgo Fernando Calderón.

Sabemos que Guillermo Prieto incursionó en algunas ocasiones por esos terrenos de la literatura, pero sin ningún éxito y en ocasiones hasta con bochornosos incidentes públi-

cos.¹ Pero le quedaron en cambio vertientes de escritura y obras deliciosas para satisfacer de alguna manera su anhelante oficio de buen narrador decimonónico: sus memorias, sus crónicas costumbristas, sus charlas domingueras y, por fin, sus amenísimos relatos de viaje, donde todo cabe y todo se vale. Prieto fue siempre un magnífico fabulador, famoso incluso; pero en sus crónicas viajeras le da vuelo a la hilacha con ganas. Sigamos un poco más su guión.

En las crónicas de viaje de Fidel hay siempre un esbozo subyacente de trama, de argumento, de confabulación más o menos oculta, pero que va surgiendo paulatinamente en el desarrollo del relato. Se percibe su intención desde el principio: iniciar una narración viajera sin hablar de sus motivos, sus razones, sus causas, incluso ocultando a sus acompañantes y haciéndolos aparecer después, de pronto, inopinadamente, para esconderlos nuevamente en la sombra del relato.

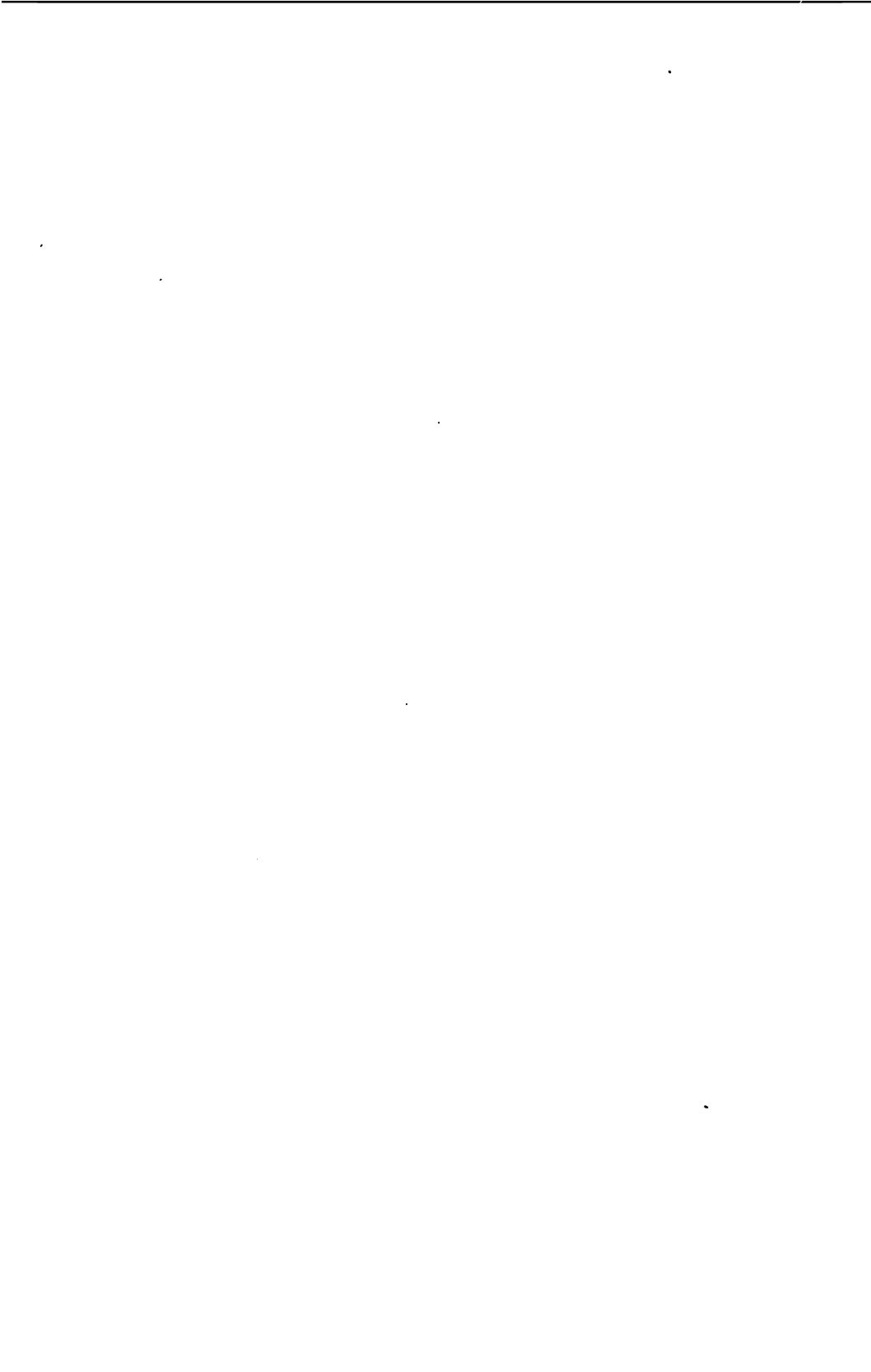
Nos parece ver a Prieto regodeándose con estas tretas narrativas: ¡Qué delicia de manipulación literaria! ¡Qué manera de crear desde el principio una extraña atmósfera de misterio, de interés, incluso de inquietud! Esta forma de animar sus relatos, tan reiterada en las crónicas de viaje, puede darnos una cierta pista para detectar en ellas un lado abracadabrante de su fibra literaria que también cabría suponer en la discreta oscuridad (¿política?) de la que despegan sus viajes según la narración.

Podría ser, en fin, que don Guillermo Prieto hubiera encontrado en ese truco de misterio literario, de evidente factu-

¹ Malcolm D. MacLean cuenta que en una ocasión Prieto e Ignacio Ramírez, El *Nigromante*, escribieron al alimón una comedia titulada *Los dos boticarios*, representada en el Teatro Nacional. El público se indignó tanto por el enredo de la trama o la falta de la misma, que empezó a gritar, a silbar y finalmente a arrojar cojines y otras cosas al escenario. Los autores tuvieron que salir huyendo por una puerta trasera del teatro. (*Vida y obra de Guillermo Prieto*. México, El Colegio de México, 1960. p.113).

ra folletinesca, una forma habilidosa y elegante de cuidar las posibles derivaciones políticas. En algunos casos, que comentaré más adelante, la fórmula es evidentísima y plenamente comprobada a la luz de otras fuentes.

Y cabe destacar finalmente, también dentro de esa debilidad literaria o política (o ambas cosas a la vez), su tendencia a ignorar, ocultar o mantener en la sombra a sus acompañantes. Me refiero a sus acompañantes reales, en ocasiones miembros de su propia familia o amigos personales que por alguna razón (quizás esta vez sí estrictamente política) el autor no desea comprometer en un relato destinado a la publicación. Pero de ello me ocuparé con mayor detalle al referirme a las crónicas de viaje en particular.



VIAJES DE ORDEN SUPREMA

Consideraciones preliminares

Malcolm D. McLean, quien hizo un buen estudio sobre la vida y la obra de don Guillermo Prieto, sugiere la conveniencia de tener presentes de alguna manera tres escritos de viaje que otros autores redactaron para él en diversas circunstancias, y que habrían ejercido alguna influencia en sus propias crónicas de viaje. El primero sería la narración de un viaje de México a Puebla y Tlaxcala, realizado en octubre de 1841 y redactado por alguien que sólo dejó sus iniciales: J.A.E. Prieto la publicó dos años después en *El Museo Mexicano*.

Aparece después una serie de cartas enviadas por Manuel Payno a don Guillermo, en las que le relata un viaje que hizo de México a Veracruz a fines de 1843. Dichas cartas habrían aparecido al año siguiente también en *El Museo Mexicano*. Y por último estaría la correspondencia enviada a Prieto por Ignacio Ramírez, *El Nigromante*, donde le cuenta sus viajes por la costa noroeste de México, incluyendo California, entre los años 1863 y 1865. Estas cartas se publicaron años después (1868) en *El Semanario Ilustrado*.

Según la cuidadosa investigación de McLean, la relación del viaje a Puebla y Tlaxcala es básicamente una especie de informe sobre hechos, medidas y estadísticas, mientras las cartas de Payno hablan sobre todo de las costumbres regionales. *El Nigromante*, por su parte, relata las leyendas que escuchaba y recogía en los distintos lugares que visitaba. "Bajo estas influencias -dice McLean- el estilo de Prieto se convirtió en una síntesis de datos, costumbres y leyendas".²

² Malcolm D. McLean, *op.cit.*, pp.91-92.

Con el mayor respeto por las opiniones del distinguido investigador norteamericano, uno de los pocos estudiosos en serio de la obra de Guillermo Prieto, me parece que sus deducciones en este caso son un poco precipitadas, bastante simplistas y desde luego incompletas. Desde su primera narración de viaje, el que hiciera en 1842 a Zacatecas para ocuparse de la inspección de tabacos, Prieto ya revela su gusto por la crónica viajera, en el estilo humorístico, malhumorado a veces, siempre truculento y ya cargado hacia la descripción de lugares y costumbres que serían características sobresalientes en casi todos sus relatos posteriores, en especial los de mayor amplitud, como sus *Viajes de Orden Suprema*. Nada en esas primeras narraciones hace pensar en algún tipo de interés por los hechos, medidas y estadísticas que hubiese derivado de la supuesta influencia del viaje a Puebla y Tlaxcala de "J.A.E."

Si es probable en cambio -y el propio Prieto lo menciona a veces en su texto- una indudable influencia de algunos autores no necesariamente narradores de viajes, como, por ejemplo, Mesonero Romanos, Bretón, Larra y, sobre todo, Humboldt, de quien admira siempre su versatilidad enciclopédica. Es muy probable que también haya leído (aunque casi no los mencione) a algunos de los viajeros extranjeros que publicaron sus andanzas por México en la época juvenil de Guillermo Prieto, y que se leían con curiosidad e interés por los intelectuales de esos años.³ A Payno lo utiliza más bien como guía y precedente de viaje; por ejemplo, al narrar

³ Me refiero, entre otros, a J.C. Beltrami, W. Bullock, la Marquesa Calderón de la Barca, A. Morelet, Mathieu de Fossey, y aun el mismo J.R. Poinsett, contra el cual despotricó siempre Guillermo Prieto. Muchos objetos de atención de esos autores-viajeros y hasta el estilo narrativo de algunos de ellos los sentimos presentes en numerosos pasajes de los relatos de viaje de Prieto. Margo Glantz confeccionó hace años una excelente antología de estos viajeros, con una útil introducción: *Viajes en México. Crónicas extranjeras*. México, SEP/80, 1982.

los pormenores de su segundo destierro, cuando, camino a Puebla, le hace pasar por lugares descritos anteriormente por Payno y que Fidel recuerda con agrado. También lo cita, utilizando sus observaciones, en el *Paseo sentimental, estrambótico, etcétera a Puebla*, en 1849.

Y por lo que toca a Ignacio Ramírez y sus cartas de 1863 a 1865, su probable influencia sólo se percibe tal vez en sus *Viajes de Orden Suprema* y es evidente en las dos últimas crónicas de viaje de Fidel: *Una excursión a Jalapa en 1875*. *Cartas al Nigromante*, y el *Viaje a los Estados Unidos*, en cuya narración participa en algún momento el propio *Nigromante*. Pero, en todo caso, siendo tan estrecha e íntima la amistad entre *Fidel* y *El Nigromante* desde que eran mozalbetes, es de suponerse una importante influencia recíproca en muchas regiones de su labor literaria y desde luego en las crónicas de viajes. En su momento trataré de detectarla.

Los *Viajes de Orden Suprema*, una soberbia narración de Fidel desgraciadamente inconclusa y mutilada, como se sabe, constituye sin duda una de sus obras más importantes no sólo por su indudable calidad literaria, sino por su valor descriptivo de los hechos, costumbres, hábitos, realidades sociales, estructuras políticas e ideas del México de entonces, y su amalgama constante con muchas reflexiones del autor sobre todos esos aspectos de la vida del país, y otras menos corpóreas como el derecho, la justicia, la educación, la historia, la religión, la moral y hasta sobre las corrientes ideológicas y las modas literarias de su época.

Pero antes de adentrarnos un poco más en el relato, conviene dejar aclaradas algunas circunstancias de su publicación que en gran medida explican el lamentable estado en que ha llegado hasta nosotros. La obra narra, como sabemos, las aventuras, andanzas, accidentes e incidentes de don Guillermo Prieto durante sus dos confinamientos como desterrado político en los años 1853, 1854 y 1855, por órdenes

personales de "Su Alteza Serenísima", el general y dictador Antonio López de Santa Anna. Se publicó, incompleta, en 1857, pero la versión que conocemos se interrumpe sorpresivamente cuando Fidel llega a Puebla y empieza a relatar una de sus historias truculentas con personajes aparentemente verídicos. ¿Qué ocurrió? Malcolm McLean encuentra una explicación biográfica, rápida y lógica:

"En mayo de 1854, Prieto fue arrestado y condenado a destierro entre los indios de Oaxaca. Ciento sesenta y cinco páginas de sus Viajes de Orden Suprema describen el trayecto de México a Puebla, pero en este punto la narración se interrumpe abruptamente...Cuando Santa Anna tuvo que abandonar el poder, Prieto volvió a desempeñar un papel importante en la política mexicana. En 1857 empezó a publicar sus Viajes de Orden Suprema. Había llegado a la página 706 cuando el trabajo se interrumpió repentinamente. Prieto había tenido que emprender un nuevo viaje".⁴

Tal vez existan también otras circunstancias. Es cierto que don Guillermo, al regresar de su confinamiento en Tehuacán (al parecer no llegó a estar en Oaxaca) después de la caída de Santa Anna, se vió envuelto nuevamente en la política mexicana, esta vez nada menos que como ministro de Juan Alvarez (al lado de Juárez, Melchor Ocampo y Comomfort) y enseguida diputado al Congreso de la Unión en uno de sus grandes momentos históricos: la formulación de la Constitución Política aprobada en 1857. Allí lo vemos actuar en forma relevante al lado de las mejores cabezas del país, de todas las tendencias ideológicas y políticas. Es también en esa época agitada en que emprende la redacción y publicación por entregas de sus *Viajes de Orden Suprema*, basadas sin duda en la pila de "apuntamientos" que había reunido durante sus destierros.

⁴ Malcolm D. MacLean, *op.cit.*, p. 97.

Que no llegó a terminar esa narración por sus peripecias políticas durante el gobierno y el fallido golpe de estado de Comonfort, es un hecho indiscutible no sólo por las investigaciones de McLean y otros, sino porque el propio Guillermo Prieto lo reconoce en la última página de sus *Memorias de mis tiempos*:

"Por lo que respecta a mis Memorias, me es indispensable incluir en ellas el tomo no concluido de mis Viajes de Orden Suprema, que contiene todos los personajes que figuraron en la época en primer término; todos los accidentes de mi destierro, y aun particularidades de mi vida, que si bien insignificantes por tratarse de mi persona, fehacientes para dejar viviente el colorido de los cuadros que en vano hoy, después de cuarenta y tantos años quisiera reproducir. (En este lugar debe comenzarse a copiar mi libro de viajes hasta su conclusión)".⁵

Texto extraño y ambigüo. Además de aclarar que fue una obra inconclusa, la considera "indispensable" como continuación de sus *Memorias*, por lo que deja instrucciones para copiarla a partir de esa última página hasta su conclusión...Pero aunque Prieto no tenía el libro publicado en 1857 por la Imprenta de Vicente García Torres (de hecho nunca llegó a tenerlo), lo conocía por lo menos en el ejemplar que le mostró el editor e historiador H.H. Bancroft en San Francisco, a principios de 1877, durante su viaje de exilio a los Estados Unidos. La ocasión la describe Prieto en su *Viaje a los Estados Unidos*:

"Por halagarnos y con exquisita galantería, nos mostró el Sr. Bancroft la historia de la guerra americana, en que el Sr. Iglesias y yo escribimos bastante, mis *Indicaciones sobre las rentas generales* y mis *Viajes de Orden Suprema*, diciéndome para Fidel, cariñosos cumplimientos. Es

⁵ G. Prieto, *Memorias de mis tiempos (Obras Completas, T.I)*, México, CNCA, 1993. p. 530.

de advertir que yo hace tiempo busco esta obrita para tenerla y no la he podido conseguir".⁶

Y si bien recordaba que era una narración incompleta, no hubiera pedido que se copiase "hasta su conclusión", esto es, hasta donde había llegado el relato, si no tuviese la impresión de haber puesto un punto y aparte en la última entrega que logró redactar. Prieto debió haber enviado a la imprenta una o más entregas completas, que después desaparecieron, quedando como final del libro sólo alguna de ellas mutilada en forma lamentable.⁷

⁶ G.Prieto, *Viaje a los Estados Unidos, Crónicas de viajes 5*, (Obras Completas, T.I), México, CNCA, p.156.

⁷ El maestro Boris Rosen Jélomer, compilador de las obras de Prieto, explica en la nota al pie de la "Introducción" de los *Viajes*, el lamentable descuido de la imprenta en este caso.

PRIMER DESTIERRO

Los *Viajes de Orden Suprema* narran los dos destierros de Guillermo Prieto impuestos por decisión personal de Santa Anna. El primero con destino a Cadereyta, Querétaro, de junio a diciembre de 1853, y el segundo supuestamente a Oaxaca, desde mayo de 1854 hasta alguna fecha cercana a la caída de Santa Anna, en 1855, cuando, triunfante la Revolución de Ayutla, aparece en Cuernavaca, según recordé antes, como miembro del gabinete del presidente provisional Juan Alvarez. Son en realidad dos relatos que de haberse terminado se hubiesen tal vez publicado en dos tomos por su extensión. La segunda vez que Prieto fue arrestado (y enviado más tarde a confinamiento) fue en mayo de 1854. De esta aventura, como ya sabemos, sólo han quedado unas ciento setenta y tantas páginas. Del primer viaje, en cambio, don Guillermo sí nos dejó una narración completa de más de quinientas páginas.

Si García Torres al reunir y publicar bajo un mismo título los dos relatos (aunque separados como *Primera y Segunda Partes*), indicó en la portada los años 1853, 1854 y 1855 es porque sabía que la segunda crónica, aún incompleta, llegaba por lo menos a 1855. De haber concluido Prieto su segunda narración, en el mismo estilo que la primera, el eventual segundo tomo seguramente habría sido tan largo o más que el primero. Ni siquiera sabemos la fecha en que volvió a México su autor. Una vez más, es posible que la correspondencia de don Guillermo nos aclare muchas dudas sobre estas dos magníficas crónicas.

La "Introducción"

El libro, como ha llegado a nosotros, se abre con una larga *Introducción*, de unas cuarenta grandes páginas por lo menos, que es en sí misma una espléndida crónica de los sucesos políticos que precedieron al regreso de Santa Anna, a principios de 1853. Pero antes de la narración propiamente dicha, el autor, con aire de broma y chacota, se divierte un poco (y se cura en salud a la vez) pretendiendo disculparse por mezclar su obra, que juzga básicamente literaria, con la política:

"Cierto es que tuve prolijo cuidado en referirme lo menos posible a la política, y sin esfuerzo, porque ni para mis enemigos ha tenido hiel mi corazón jamás, olvidé las cucamonas de los unos y los golpes de teatro de los otros; pero la situación era tal que por más que quisiera Fidelillo desentenderse, el fuego estaba muy cerca y a su pesar le ofendía, entonces ¡zas! un resbalón político, de esos que ahora todo lo desconcierta y le han hecho arrojar el manuscrito (sobre los *Viajes*, FLC) con disgusto más de una vez recordando uno de sus desencantos amorosos que le han quedado más presentes, y va de cuento".

Después de amplias reflexiones sobre las relaciones entre la política (que "encierra la solución de todos los problemas sociales") y la literatura, y sobre la necesidad de que los escritores y poetas, en quienes "se supone instrucción, sensibilidad y talento", se ocupen de la sociedad en que viven, Fidel nos explica cuál ha sido el fondo político de sus crónicas de viaje y el objeto de su introducción a ellas:

"Aunque superficialmente tocada la política, sus acontecimientos forman un hilo casi imperceptible de la unidad de mis viajes, hilo en que se sostienen y engarzan descomunales descripciones, raptos sentimentales y charlas al por mayor; así es que en la introducción que confecciono, trato nada menos de hallar punta a la hebra, y para

esto es preciso en tres brochazos y un santiamén, dar a conocer cómo por el golpe de estado que lleva el nombre del señor Ceballos, y cómo por la venida del señor don Antonio López de Santa Anna, se puso en tren de viaje el autor de esta tan cierta como verdadera historia".

Y viene entonces la animadísima, amena y bien documentada narración de los sucesos que depusieron al presidente Arista (del que Prieto había sido ministro de Hacienda unos meses), y plantaron como monigote del poder a Juan Bautista Ceballos sólo como una forma de preparar el regreso de Santa Anna. Pasan por el relato, en amena sucesión de hechos, las sesiones de las dos cámaras, el juego abierto u oculto de las acciones y las corrientes políticas, los correteos de diputados y senadores de un lugar a otro, la entrada en escena del famoso señor Lagarde, jefe de la policía, haciendo primero advertencias a los legisladores, después comunicándoles la prohibición de reunirse y finalmente aprehendiendo a varios de los padres conscriptos que en un "receso" se habían quedado en casa de Olaguíbel a comentar la situación y fumar algún cigarrillo.

Desfilan en el relato de Prieto, como en una galería de notables, los políticos más importantes de entonces: Teodosio Lares, Haro, José María Tornel, Lucas Alamán, Santiago Blanco, Bonilla y otros más del partido conservador; y por los liberales de diversos matices Ezequiel Montes, León Guzmán, José M. Lacunza, García Torres (el editor), Olaguíbel, Lafragua y algunos más de igual talante. Hasta Manuel Payno, que fue siempre ajonjolí de todos los moles, aparece colaborando con el general Lombardini, quien por los convenios del 6 de febrero de ese año recibe el encargo del poder en una parodia de gobierno que Prieto califica de "dictadura de prólogo, que parecía de chanza".

"Lombardini, nos dice Fidel, era el balcón por donde se veía venir a Santa Anna, y como no se sabía cómo ven-

dría, qué opinaría, a quiénes desdeñaría el proscrito, la expectativa y la duda eran los solos caracteres dominantes de la sociedad sobresaltada...Pero el señor que venía era el dueño de la casa, y todo se refería a halagarle y monopolizar su afecto".

Mientras llega Santa Anna, don Guillermo se solaza bastante describiéndonos no sólo las peripecias de diputados, senadores y políticos en general (sin olvidar a los militares) por el golpe palaciego de Ceballos, sino también hablando en detalle de los protagonistas, de sus rasgos y características personales, dejándonos retratos que llegarían a alcanzar los mismos niveles literarios e históricos de sus cuadros de costumbres. Fidel fue un espléndido retratista, y tal vez su galería de personajes en esta introducción, sea uno de los capítulos más interesantes de sus *Viajes de Orden Suprema*.

Transforma a los políticos en verdaderos personajes de teatro o de novela, buenos, malos y medianos, pintándolos según su aspecto físico, su carácter, sus cualidades o debilidades, su manera de hablar, el timbre de su voz, su forma de gesticular, el manejo de sus manos, sus orígenes familiares, su educación y hasta anécdotas de su biografía personal. Todo ello en unas cuantas líneas, a lo sumo en un párrafo o dos. Pero trata de ser honesto y objetivo siempre, incluso con aquellos que son o han sido sus enemigos o le producen cierto desprecio por su conducta.

A Lucas Alamán, por ejemplo, ministro de Relaciones y cerebro de la última dictadura de Santa Anna, le dedica Fidel casi tres páginas, en un amplio reconocimiento personal de su figura, pero que le sirve a la vez como un análisis de su pensamiento y su actuación en la vida pública de México. Vale la pena recoger aquí algunas de las apreciaciones sobre un personaje tan controvertido en nuestra historia, tal como lo vió Fidel a unos cuantos meses de su muerte:

"A pesar de las prevenciones que engendraron contra este hombre los odios de partido; a pesar de que lo considerábamos como el más implacable de los enemigos de un sistema porque éramos apasionados, la superioridad de Alamán era tan incontestable, que se hacía respetar y estimar de cuantos le trataban.

"De cuerpo mediano, cargado de hombros aunque con la cabeza erguida, con un andar de ánade, y las puntas de los pies hacia fuera, la fisonomía coloreada de la sangre, sus labios delgados, su mirada indagadora y maliciosa, su frente ancha inclinada hacia atrás y coronada por una aureola de cabellos canos que cerraban en el óvalo de su barba cana también, Alamán, a pesar de su respiración fatigosa y de su edad, no parecía un hombre de más de cincuenta años (...)

"En Alamán todo era consecuente; quería para el comercio prohibiciones, para la imprenta censura, para el pueblo de que se burlaba, soldados; para la conciencia espías, para los ladrones tribunal de la Acordada. Y no lo quería porque fuese servil (conservador, FLC), ni porque no fuese amante de su país, que es una calumnia indigna, sino porque para él era una convicción imprescindible, que no había régimen posible fuera del virreinal(...) En sus costumbres vivía en el siglo pasado".⁸

Fidel, vecino de Santa Anna, sale al destierro

Concluye Fidel la *Introducción* a sus Viajes con una alegre descripción de lo que ocurría diariamente en la Casa del Arzobispado, en Tacubaya, donde se había instalado Santa Anna. En la subida al lugar estaba precisamente la "casuca" de don Guillermo, frente a la cual pasaban al subir o bajar los visitantes (funcionarios, amigos, aduladores, chambistas, y en fin la peor calaña que había en México en esa época). La casa de Prieto era un buen puesto de observación para

⁸ Fidel, *op.cit*, pp. 97,98,99.

detectar el cobre y las ambiciones de aquella cauda de trepadores que subían al Arzobispado pidiendo favores:

"Los delatores magnates, los enemigos partidarios, y los hombres de arraigo y de intereses, comprando la conservación y el aumento de su fortuna, chanceando con ayudantes y con criados, incensando faldas, terciando amores, recibiendo pullas con faz contenta, y saliendo envilecidos y estrujados a dominar a su vez, intolerantes y tiránicos, a las propias víctimas de su corrompida rapacidad...La vuelta era de verse: era la salida de los tahures de la casa de Birján".⁹

Pero no le habría de durar mucho el gusto de estar situado en ese inesperado palco teatral, desde el cual resultaba un espectador privilegiado de la nueva comedia política y también un merodeador no invitado que figoneaba a todas horas lo que ocurría en la corte de Su Alteza Serenísimas. Entre las carcajadas por la divertida pantomima que se desarrollaba frente a su casuca y los lamentos humorísticos que inventa por estar en la banca, como hoy diríamos, se le acabó de pronto la función al bueno de Fidel:

"En esto, como cuando menos se piensa salta la liebre, y de la fuerza del sino ni se escapa el hombre ni el pollino, con rostro amante y sonrisa de almibar, se me presenta llovido de las vigas, uno de estos halcones muy ejercitados en la presa de gente subversiva, y puso un papelito en mis manos. Era una invitación de viajar entre soldados, hasta la villa de Cadereyta...

--¿Pero cuál es mi culpa?

--Chitón, señor. Sí...Marchad.

--¿Y mi causa?

--¿Qué más causa si no que es usted liberal?'

⁹ *Ibid.*, pp. 101,102.

- Hombre; pero liberal manso, gatico doméstico,
gorjeador en las tinieblas como las ranas
- Señor, hay hombres a quienes no les gusta usted'
- Tienen excelente gusto.
- Pues, señor, una declaración...
- Esas sólo quedan vigentes en el catecismo".¹⁰

Y sin mayores trámites, diciendo y haciendo, como él dice, empacado como un fardo y "declarado baúl con mercancía ilegítima", empiezan las aventuras y andanzas de don Guillermo "camino de Tierradentro, entregado a mi propia fortuna y sin otro compañero que un amigo de colegio, tan bueno para un barrido como para un fregado, ágil de lengua, expedito en coyunturas y alegre y decidor como él solo". Y empiezan también los misterios en la narración de Prieto. Nos ha dicho primero que la orden era "viajar entre soldados, hasta la villa de Cadereyta". Pero a la página siguiente dichos soldados desaparecen y surge de pronto un extraño personaje, "amigo de colegio", que lo acompañará, lo atenderá, lo cuidará, le servirá de confidente y hasta de cómplice, sin que el autor nos diga con precisión quién era en realidad.

Sí nos aclara Fidel, en cambio, al relatarnos su primera noche en Cuautitlán, donde desdeñó a la Posada de rigor y se fue a dormir a la hacienda de un amigo (con todo y su extraño acompañante), que no llevaba escolta porque viajaba bajo su palabra. Esto le permite cambiar de carruaje cuando el anterior le resulta incómodo o inadecuado, hacer visitas y trabar curiosas amistades en la diligencia, con personajes extraños y divertidos, con nombres a veces estrambóticos (Zuriburri y Coz, Facundo Guitarrilla, Zurutuza).

¹⁰ *Ibid.*, pp.102,103

Y empieza también la sabrosa narración de sus aventuras y accidentes de viaje, los lugares por los que pasa, las historias que ocurren por doquier, sobre todo en las diligencias, en las posadas y mesones, donde abundan las escenas chuscas y los diálogos jocosos, sin duda emanados del caletre imaginario de Fidel; las minuciosas descripciones de pueblos, ciudades, monumentos, iglesias, calles, edificios, plazas, mercados, posadas, mesones, baños, costumbres locales y regionales, festividades, en fin, de todo lo habido y por haber; y al mismo tiempo, entreverada en todo ello, la aparición intermitente de personajes mayores y menores, amigos cariñosos, admiradores, adversarios, funcionarios, sacerdotes, hacendados, comerciantes, boticarios, vendedores ambulantes, y decenas más de tipos humanos que no escapan a la mirada sagaz y los "apuntamientos" de Fidel.

Fue precisamente el relajiento de Facundo Guitarrilla ("un fandango viviente; ríe y carcajea sin cesar") quien le puso los pelos de punta a don Guillermo describiéndole el lugar al que iba desterrado:

"---¿Adónde está usted confinado?

--- A Cadereyta --- le respondí.

--Cadereyta, ja, ja, ja; lo propio que si lo condenaran a usted a muerte; lo conozco como a mis manos, casi a la boca de la Sierra. Figúrese usted que es un lugar en que el agua se masca. ¡Vaya un chasco! ¿Usted a Cadereyta?

--¿Sin agua?

--Sí señor, cuando la hay es la que se exprime en los lodazales más infectos; se suscitan tumultos populares disputándose un jarrillo..."¹¹

¹¹ *Ibid.*, p. 118.

Y para allá iba Fidel, a tratar de sobrevivir unos meses, con todo y su misterioso acompañante. Pero aun esta visión desagradable de su destino no logró deprimirlo hasta el grado de suspender sus "apuntamientos" o apuntes, como diríamos hoy, ni mucho menos le disminuyó un ápice su febril curiosidad por todo lo que le rodeaba. La primera parte de su viaje, cuando pernocta en Cuautitlán, cruza por Tepeji del Río y se detiene en San Juan del Río, le ofrece personajes, incidentes y tropezones suficientes para armar una serie de historias en el más puro estilo de la picaresca.

La estancia en Querétaro, que se prolonga varios días y donde tiene muchos amigos y admiradores, entre correlegionarios y lectores de sus publicaciones, lo serena un poco, lo tranquiliza después del violento ajetreo del viaje y le da ánimos para visitar lo más interesante de la ciudad y algunos de sus parajes aledaños, que describirá más tarde con una notable escrupulosidad en los detalles.

La crónica de Querétaro, con numerosas descripciones minuciosas e historias reales e inventadas, ocupa más de ciento veinte páginas de los *Viajes* (de la edición original), y después de leerlas le queda a uno la impresión de que el autor debe haber pasado por lo menos un par de meses en la hermosa ciudad. Y sin embargo, todo lo que Prieto relata (sin muchos poemas, por cierto) ha ocurrido en unos pocos días. Va a todas partes, se interesa por todo: edificios, palacios, iglesias, plazas, el teatro, las costumbres de pobres y ricos. Y sostiene largas pláticas y discusiones con las personalidades más entendidas de la ciudad, que le sugieren reflexiones sobre todo tipo de cuestiones relacionadas con el país.

Los indios

Pero hay un problema que le preocupa profundamente y al que le dedica incluso toda una sección de su relato, titulada simplemente *Indios*, que se extiende a lo largo de siete apretadas páginas. Como existe la idea de que nuestros liberales del siglo pasado no mostraron mucho interés por el problema de la población india de México,¹² es útil destacar el pensamiento de Guillermo Prieto sobre este asunto, más grave entonces que hoy:

"La existencia de cuatro millones de hombres en la república que serán en sus días de rencor más temibles que los mismos salvajes, que en su vida ordinaria son objeto de la calculada explotación de la simonía clerical y de la

¹² El profesor norteamericano Charles A. Hale, uno de los contados historiadores de su país interesados seriamente en el siglo XIX mexicano, en su muy interesante y bien documentado libro *El liberalismo mexicano en la época de Mora, 1821-1853* (México, Siglo XXI editores, 1972), dedica todo un capítulo ("El liberalismo y el indio") a investigar el papel que pueda haber tenido el tema del indio en el pensamiento de los grandes liberales de la época que estudia y concluye que ese papel fue nulo. Sus resultados se apoyan también en las obras de algunos investigadores mexicanos que podían haber aclarado algo al respecto, pero no lo hacen: "López Cámara llega a la conclusión de que 'el indigenismo reivindicador se funde con los ideales del liberalismo como uno de sus elementos sociales' (*La génesis de la conciencia liberal en México*, p.271). Así, pues, nos quedamos con la implicación de que los preceptos liberales y el indigenismo se fusionaron en el pensamiento de la posindependencia; pero, por desgracia, el libro de López Cámara no va más allá de 1821. El tratamiento filosófico de *Los grandes momentos del indigenismo en México* de Luis Villoro nos lleva desde las ideas del padre Mier (1813-1821) hasta las de Manuel Orozco y Berra (1880) sin decir palabra del periodo intermedio. Jesús Reyes Heróles ha dedicado tres tomos a *El liberalismo mexicano* desde 1808 hasta 1867, sin llegar a tocar directamente el problema indio. Todo esto sugiere lo obvio, a saber, que a los liberales de la prereforma no les preocupaba el indio, que el indigenismo no era una característica del periodo (pp.221-222)...Cualquiera que haya sido el grado de indigenismo o de neozatequismo presentes en las declaraciones antiespañolas de la era de la Independencia, éste desapareció de la escena en 1821" (p.223). Es muy posible, pues las teorías indigenistas de Guillermo Prieto, aunque se supone escritas en 1853 no se publicaron sino hasta 1857, época de la Reforma que ya no alcanzó a estudiar Charles A. Hale.

codicia del blanco, que para los objetos todos de la comunidad forman constantemente crueles excepciones que los convierten en más amenazadores y terribles, ¿no ha dicho nada jamás a nuestros gobiernos? ¿No, a nuestros políticos? ¿No, a nuestros economistas educados con la lectura de los autores europeos en que se consideran tan vitales las cuestiones de libertad mercantil, de trabajo y de salarios..?

"El indio se ha considerado como perezoso, y no hay una existencia más activa, lo mismo entre la lluvia y las nieves perpetuas de nuestras sierras que entre las ardientes arenas de nuestras costas. Se ha visto como inerte, y sin su auxilio ¿qué sería de nuestro pequeño comercio? ¿Quién se ha dedicado como él, a abastecer nuestras más urgentes necesidades? La labranza, que es fuente permanente de bien, mina virgen, raíz de vida para los pueblos, ¿qué fuera entre nosotros sin el indio? Y en cambio, ¿qué hemos hecho por él.

"El partido de la libertad es el que ha proclamado su reivindicación, es el que por la propiedad, por la educación, por la expulsión del agio, por el aniquilamiento del privilegio, por la restitución del Evangelio a su carácter primitivo y sagrado, pugna porque para el indio la redención no sea una fábula, ni una ironía sangrienta la democracia".¹³

Palabras de un sorprendente indigenismo liberal que siguen siendo vigentes aún en nuestros días. Por la referencia al "partido de la libertad" es probable que Prieto haga alusión a la manera de pensar de muchos de sus amigos liberales, puros o moderados, con los que comparte esa preocupación indigenista y a los cuales se uniría pronto de alguna manera. Mientras tanto, gracias a sus buenos amigos de la región, las autoridades de Querétaro le habían autorizado a permanecer más tiempo del necesario, y aun le permitieron una breve residencia en el pueblo de Tequisquiapan,

¹³ *Ibid.*, pp. 218,219.

ahora en compañía del señor Manso Ceballos, que también era un desterrado.

"Esta despedida de Querétaro resulta importante porque nuestro autor y su colega de infortunio deciden pernoctar en la casa de diligencias para salir temprano a San Juan del Río y de allí seguir a Tequisquiapan, "siempre, para mi desdicha, camino de Cadereyta". Esa noche se le ilumina la cabeza: para distraer sus penas, como él dice, allí le brotó la idea de los *Viajes de Orden Suprema*, que de inmediato, gracias al insomnio, empezó a escribir en los sobres de cartas que llevaba, empezando esta vez con una poesía: el famoso *Romance de Cadereyta*, "que se refiere al día 29 de junio de 1853, día nefasto, día de San Pedro, es decir de calvas y de lloros...". Era la fecha del triste día en que fue obligado a salir de México en calidad de desterrado y con destino a ese lugar infernal, que después ya no lo sería tanto, "según por mi ventura me dio a conocer la experiencia...".

Debo recordar, antes de seguir adelante, que en la narración de este viaje rumbo a Cadereyta Fidel ya se muestra muy interesado, entre las mil cosas que atraen su atención, en los datos estadísticos sobre los lugares por los que pasa: extensión o tamaño, población, localización geográfica, negocios y oficios, costo de las obras, etcétera. Su obra, ahora sí, está inundada de datos a cada rato. La razón de ello, nos dice, es evitar el tedio y el aburrimiento: "la estadística es lo más eficaz para sustituir al cloroformo". Después del *Romance de Cadereyta*, supera sus probables reticencias o recobra su vena poética, pues inicia su inagotable filón de poemas con largos romances y redondillas escritos en Tequisquiapan, al tiempo que se entretiene con sus numerosos amigos y conocidos (que en todas partes encuentra el ya famoso Fidel), con los cuales intercambia ideas, relatos, descripciones, pequeñas historias, sin faltar las leyendas de hechicería, de lloronas nocturnas y chivos negros.

La Marcha de los Cangrejos

Por una circunstancia que se ha vuelto legendaria e histórica, nos enteramos que don Guillermo todavía andaba por Tequisquiapan a mediados de septiembre, con alguna ilusión de que el día de la patria habría un indulto de Su Alteza como parte de la celebración. En vez de ello, que aparentemente era sólo un rumor sin ningún fundamento, sí hubo la "orden suprema" para que el ministerio de Fomento convocara a un concurso con objeto de componer una marcha de celebración patriótica. "¡Qué chusca suprema orden!", exclama Fidel. Sin embargo, para no ser menos entre los vates de su propia ralea, escribió los versos de una "marchita" y la envió al concurso "teniendo cuidado, por modestia (!), de disfrazar la letra y tomar todas las precauciones para que el autor no se descubriera". No ganó, por supuesto, pero su después ultrafamosa *Marcha de los Cangrejos* se convertiría en himno de batalla de los ejércitos liberales en la Guerra de Reforma y durante la Intervención y el Imperio.

"Todavía en octubre andaba Fidel de perezoso en Tequisquiapan, a juzgar por la fecha de la primera carta anónima que recibió en ese lugar: "En el Limbo, a 12 de octubre de 1853". Las demás las recibió ya en Cadereyta. Eran las supuestas cartas de otro confinado en el lugar de la fecha, y por el tono chusco, las gracejadas y el lenguaje humorista y burlón no dejan duda de que eran otra de las invenciones literarias de nuestro autor, que encontraba así una forma más de criticar y pitorrearse de todo lo que estaba ocurriendo en México. El misterioso amigo de Fidel le confiesa que había pensado ponerle un título general a los "apuntamientos" que le envía: *Memorias de un embustero*. Estas cartas de algún amigo fiel a Fidel se cuentan entre los trozos más satíricos, graciosos y divertidos de todo el libro.

Pero a fines de octubre Prieto recibe órdenes terminantes de trasladarse por fin a Cadereyta, verdadero destino de su viaje, al que había estado evitando durante cuatro meses gracias a sus numerosos amigos y admiradores con buenas relaciones e influencia en la política local. Y ya entrado en onda, narra entonces su desventura en un largo *Segundo Romance de Cadereyta*. Sin embargo, su estancia en ese lugar, como ya nos había contado antes, le fue quitando poco a poco el susto que llevaba por las descripciones terroríficas e infernales que le habían hecho sobre el inmundo pueblo. Se dedica entonces a acumular el mayor número posible de datos, incluso estadísticos, sobre Cadereyta y sus alrededores.

Allí reaparece, una vez más, su extraño compañero de viaje, el que sale a escena en ocasiones y luego desaparece en las sombras del relato, esa figura opaca y borrosa a la que Fidel trata de referirse lo menos posible a lo largo de la narración. Es la otra parte del plural que utiliza a menudo en la historia de sus andanzas, pero no sabemos nada, ni siquiera su nombre. En Cadereyta ya tiene al menos un apodo, cariñoso, que refleja la estimación de Fidel: "Torbellín, mi leal compañero..."

"Y es también en Cadereyta donde Prieto vuelve a reflexionar airadamente y con verdadero enojo sobre la condición de los indios en México. Pero esta vez le indigna también el trato a los negros, que le muestra la falsa abolición de la esclavitud en el país. Sobre "los sufrimientos de las dos razas mártires", como las llama, su látigo oratorio se vuelve denuncia:

"Al negro se le pregona en los mercados públicos, se sujetan a una revisión sacrílega sus formas, se inventarían sus músculos, se regatea sobre sus nervios y su sangre. El mercado del jornalero indio es secreto, se llama deuda la esclavitud, se transmite por herencia al comprador y éste se hace apellidar el amo y el padre de los infelices".

Su indignación se vuelve enojo irreprimible, ira, rabia colérica que lo induce a despotricar violentamente contra todo y contra todos en el país, sin exceptuar incluso a su propio partido. Don Guillermo abandona por un momento su crítica festiva o su humor satírico para desahogar su profunda irritación:

"¡Oh humillación, oh paralelo de vergüenza para la sociedad en que vivimos! Esa barbarie mansa de la clase indígena, ese sacrificio perpetuo de toda una raza, ¿cómo se quiere que no falsee toda reforma, que no nulifique todo sistema, que no desmienta todo proyecto de bienestar futuro...? Los dos partidos que luchan en el país, alternativamente hipócritas, alternativamente incapaces para el bien, alternativamente impostores, debieron haber sido francos, debieron siquiera, al aspirar al poder absoluto, fijar el término de sus aspiraciones...¡Poder omnímodo para no hallar qué hacer con él, para embarazarse y poner en evidencia la irresolución!.. es el poder de Santa Anna; déspota... la lanza de Aquiles no blandida sino arrastrada con trabajo por un pigmeo! Dejemos estas observaciones... dejémoslas... puros o moderados, exaltados o serviles, pero...¡Consecuencia! ¡Verdad!".¹⁴

Nueva reflexión sobre los indios

Pasado el coraje, Fidel prosigue su narración alegre y burlesca, así como sus historias, historietas y diálogos jocosos. Vuelve por supuesto a los versos. Y le resulta muy satisfactorio enterarse de que su buen amigo y correligionario, Ezequiel Montes, lo había recomendado ampliamente en Cadereyta sin decirle una palabra al desterrado. Ello aligera bastante y vuelve interesante su estancia, sobre todo ahora que ya tiene en la cabeza (y en su pila de apuntes) el gran proyecto de sus *Viajes de Orden Suprema*. Rebosa de buen

¹⁴ Ibid., pp.354, 355. En realidad, los liberales a los que censura y escarnece Prieto eran aquellos que calificaron de "benéfica" la llegada de Santa Anna.

humor, improvisa coplas, redondillas y romances a placer; y hasta inserta en la narración, nuevamente, unas supuestas "apuntaciones" sobre la situación de los indios (el tema parecía obsesionar de verdad a don Guillermo) que le pidió a un supuesto amigo, el "doctor Villa", "apuntaciones con las que por mi parte se dieron todos los motivos posibles para que saliesen incorrectísimas, y las que sin embargo, veo como un adorno y una gala de mis pobres Viajes de Orden Suprema".

Esas veintitantas páginas del libro constituyen un soberbio ensayo sobre la situación social y las costumbres de los indios en aquellos años, adornado con relatos históricos, leyendas y multitud de datos antropológicos y étnicos, con un sorprendente estilo de narración.

Por su erudición, su enfoque crítico y su fondo ideológico, además del lenguaje cuidadoso y elegante, y sobre todo el elevado nivel del razonamiento, es obvio que el escrito original, no obstante el revestimiento en que a veces se ve la mano de Guillermo Prieto, proviene de una cabeza brillante y bien formada, como la de un conocido y famoso amigo suyo. Sin ninguna prueba, por supuesto, estoy convencido de que el tal "doctor Villa" no era otro que Ignacio Ramírez, *El Nigromante*, que solía asociarse a las empresas literarias de Fidel a veces con su nombre o en ocasiones en forma anónima. Más adelante, en otra narración de viaje, veremos nuevamente la colaboración del Nigromante en las crónicas de Fidel.

Regreso a México

El ensayo sobre los indios anuncia ya los últimos días de Prieto en Cadereyta. Todavía tiene tiempo de hacer un poco de historia, retratar algún notable enemigo de Santa Anna, hacer chungas del nuevo gabinete de Su Alteza Serenísima,

ensartar varios romances sobre pastorcitas y placeres campestres y, por fin, recibir otra larga y graciosa carta de su amigo anónimo desterrado en el Limbo, que Fidel, divertidísimo, rotula ya, en lenguaje de folletón, *Continúan las memorias de un embustero*. Al fin que ya se iba... ¿Cómo se entera de su inminente indulto? Nada menos que por una carta de su viejo conocido de la diligencia cuando salió de México: el gran Zurriburri y Coz, que de paso le solicita "unos versillos para su Alteza".

El 19 de diciembre llega la carta para el prefecto de la ciudad con la orden de liberar a don Guillermo Prieto y por tanto a Torbellín, su sirviente, perdón, su leal compañero de infortunios. Con esa carta llega otra de sus familiares en la que le advierten que de no apresurar el regreso tal vez no encuentre ya con vida a su amada María. Sale, pues, de su cárcel infernal: "Nunca descubrí más belleza en el tendido valle de Cadereyta".

Pero su regreso, a pesar de las presiones familiares, no es nada rápido. Todavía tendrá tiempo de relatarnos su pausado regreso y estancia de varios días en Querétaro, donde nos describirá con toda calma y el mayor detalle festividades navideñas, procesiones religiosas, misas de gallo, edificios, fuentes, iglesias, panteones y sucesos históricos, sin faltar su buen rosario de romances de alegría y despedida. Sale de Querétaro el 23 de diciembre, y después de un viaje de dos o tres días, "que fue un vuelo", entra finalmente por el camino real de Tacubaya y colorín colorado, este cuento se ha...pero no, no acaba aún, nos dice Fidel: "aquí termina la primera parte de los Viajes de Orden Suprema. Hasta la vista".



SEGUNDO DESTIERRO

¿Vida nueva?

La segunda parte o segundo viaje de destierro por orden suprema la publica García Torres como si fuese un volumen aparte, con igual portada, salvo la indicación *Segunda Parte*, no obstante saber que era una narración incompleta. Sin embargo, la paginación continúa la del tomo anterior. En vez de *Introducción*, esta vez abre el relato un largo capítulo con el título tranquilizador de *Vida Nueva*, de recato enclaustrado en Tacubaya, pero "con todas las tentaciones de político derrotado". En ese obligado reposo hogareño, don Guillermo inicia, nos dice, sus "primeros ensayos de marido caserito". Pero también le sirve el ocio para emprender una nueva narración viajera, adobada en un principio con una notable crónica de esa época, satírica, mordaz, humorística, violentamente crítica, fulminante por sus apreciaciones y su lenguaje, y amena en grado superlativo por su interés histórico y su vigoroso esfuerzo literario.

Es sin duda la parte más interesante de este libro inconcluso y mutilado. Nuevamente las historias, los relatos inventados y las anécdotas llueven sobre el texto; otra vez aparecen personajes extraños y graciosos que sólo conocía el autor. Pero la exaltación que le van produciendo los sainetes, las caricaturas, los titiriteros, los payasos, las abyecciones y en general todos los engaños, las farsas, las perfidias, las simulaciones, los fraudes, las mascaradas y fantochadas de la última dictadura de Santa Anna, en vez de encolerizarlo le estimulan la vena analítica y crítica para aplicarla en forma lapidaria sobre partidos, grupos de interés, pseudo intelectuales, políticos de pacotilla. Prieto atribuye gran parte de esta degradación política a la muerte de Alamán, por el que

tuvo siempre un particular aprecio a pesar de sus convicciones "virreynales":

"A las atrevidas concepciones que tenía sin duda y podía llevar a cabo el señor Alamán, se sustituyeron los juegos de manos del inepto gabinete; de la energía, se tomó la delación y las persecuciones, de las cuestiones financieras el agio, de las militares su aprobación a los informes, de las diplomáticas las comidas y los bailes de casaca mágica. Pata de Cabra, oficial que puso al gobierno en el ridículo; en fin, la monarquía de *vaudeville*, y la resurrección del minuet de los muñecos palaciegos, ¡fueron la grande obra del ministerio!"¹⁵

La diatriba de Fidel es infinita y se extiende a muchos aspectos de la última época de Santa Anna y su figura grotesca y bastarda. Pero su buena información le permite seguir la ramificación de los turbios negocios que se transaban a la sombra del dictador y aun a sus espaldas, sin olvidar las intrigas de lo que llama el partido santannista, excluido del festín, y que pululan por todo el Palacio Nacional inventando tropezones y zancadillas para lograr el favor de su desleal Alteza. "En la mesa, en el solaz, en las tertulias íntimas y hasta en el lecho, lo seguía esta oposición que espiaba todas las coyunturas para monopolizar al general Santa Anna".

¿Hasta en el lecho..? No se malinterpreten las palabras de Fidel, siempre un caballero y galán respetuoso con las damas. Lo que nos informa es el desenfreno a que habían llegado los abyectos aduladores del tirano que no se detenían incluso ante el recato familiar y las finezas de la esposa de Santa Anna, tratando de halagarla, obtener de alguna manera su complicidad e intrigando contra su cónyuge, "mientras el general conversaba con alguna princesa seductora, pretendiendo hacerse amar de orden suprema". Pero la dama, por sus virtudes, no perdía la cabeza ni la compostura. En labios

¹⁵ *Ibid.*, p.469.

de crítico tan virulento como Prieto, que detestó como pocos a Santa Anna, no dejan de ser muy interesantes sus apreciaciones sobre la poco conocida esposa del nefasto dictador:

"En medio de esa gusanera aristócrata, de esta lepra, cubierta con las flores y el brillo del poder, descansaba el espíritu y se complacía el corazón de la señora Tosta. Joven y hermosa, cuando podía haberla desvanecido el tránsito súbito del destierro al solio, cuando podía haberla desvanecido el incienso de la más exagerada adulación, entonces aparecía como un angel interpuesto entre los rencores del ministerio y la desdicha de los vencidos. Con el talento de la bondad, con la gracia de la modestia, hacía olvidar a su propio marido, y se hizo amar de los desgraciados, pedía con sus generosas inspiraciones como disculpa de su involuntaria elevación. Era la primera de las víctimas del ministerio, y en la presidencia ya se le anticipaba la compasión a la inocente compañera del tirano de su país. Me complaceré de que venga un día en que sea la que fuere la suerte que me depare la fortuna, (pueda yo) rendir un público homenaje a esta señora, a quien no conozco, a quien jamás me he dirigido, cuyo favor nunca solicité, y sin embargo a quien debo mil atenciones delicadas".¹⁶

Los partidos políticos

Con una sorprendente capacidad analítica poco apreciada en su carácter de cronista de viajes o de costumbres, don Guillermo escribe páginas brillantes y muy incisivas sobre algunas características de los partidos en la era final de Santa Anna. Desde luego, unas palabras acerca del partido liberal, escindido en dos "por la naturaleza de las aspiraciones que lo fraccionaban": moderados y exaltados o puros.

¹⁶ *Ibid.*, pp.470-471. Ignoramos (yo al menos) cuáles fueron esas "atenciones delicadas" que le brindó a Prieto la esposa de Santa Anna.

El moderado, según él, "había desaparecido", a pesar de lo cual hace un suculento análisis de sus amalgamas personales, funciones históricas y debilidades. Era, nos dice, un partido compuesto de conservadores tímidos y de exaltados cobardes que temblaban ante las personalidades del partido puro y lo que consideraban demagogia.

Aunque en sus filas contaban siempre con muchos de los oradores y escritores más destacados del país, integraba por ello mismo una diluida composición política, sin ninguna verdadera unidad interna, pero que operaba como salsa de todos los caldos y guisos políticos en los momentos de elevada efervescencia y confusión. Era el típico partido de la adulación, la transacción y el arribismo de los que sólo buscaban posiciones y empleos que aseguraran su porvenir. Era, diríamos hoy, el partido de los acomodaticios y trepadores políticos sin ninguna verdadera convicción:

"Así el partido moderado, temible en la oposición, irresistible para derribar a un gobierno, en la derrota o en el triunfo desaparece porque se tocan los extremos, y porque partido de miedo y de palabras, se esconde cuando la acción decide y los hechos determinan las cuestiones(...) Pero esta entidad intermedia que ni concede ni niega, que se reviste con el prestigio de la prudencia, este se llama moderado, y no es sino la ausencia de partido, la ilustración del egoísmo o el delirio de la concordia(...) Así es que el partido moderado murió en la propia tumba que le abrió a Arista para resucitar con la ley que asesine a su Alteza".¹⁷

¿Palabras premonitorias o indicios ya comprobados? Dependerá del verdadero momento en que Prieto haya escrito

¹⁷ *Ibid.*, pp.472, 473. Recuérdese que Guillermo Prieto siempre tuvo profunda estimación por el presidente Arista, en cuyo gobierno se estrenó como ministro de Hacienda, y cuya caída atribuyó siempre a la corrupción, las veleidades y el oportunismo de los "moderados", como lo narra deliciosamente en la *Introducción* de la primera parte de sus *Viajes...*

estos análisis y crónicas. Si lo hizo, como creo, en 1856, cuando alternaba la redacción y publicación de sus relatos de viajes con su misión como diputado constituyente por Jalisco, en un Congreso donde había logrado colarse nuevamente una mayoría de "moderados" ilustres, sabía sin duda que al aprobarse la Constitución de 1857, con el voto medroso y reticente de estos resurrectos miembros de aquel "fantasma de partido", como lo llama Prieto, se cavaría la sepultura política de Santa Anna.

En cuanto al partido liberal "puro", Prieto es plenamente consciente de lo que han sido en el pasado sus torpezas, sus debilidades y falsas manipulaciones, así como sus deslizamientos hacia el resentimiento y la corrupción. Pero para él, su partido de siempre había sufrido cambios profundos en su composición, sus bases sociales y su verdadera función. El partido liberal puro era la base no condensada aún, carente todavía de articulación, de la verdadera revolución que requería el país. Era el auténtico partido de la oposición a la dictadura de Santa Anna (recuérdese que se supone que Prieto está redactando esta crónica a principios de 1855, durante su "nueva vida" hogareña y ociosa que le impuso su calidad de desempleado, antes de emprender otra marcha de confinado).

"En el partido puro habían acaecido cambios de importancia que es necesario no olvidar. Los hombre sin fe y sin símbolos gastados en las anteriores revoluciones, conspiradores por despecho de que Arista no los colocaba, patriotas de oficio, impíos de profesión, víctimas adrede para comer el pan de la holganza, esos puros, con sus uniformes, con sus cruces, con sus sueldos pingües, aplaudían al poder fuerte y desertaron del partido que mancharon y envilecieron siempre. La fracción sana del partido puro desafió sin recursos, sin antemural, sin garantía a la fuerza del nuevo poder arbitrario. Pero ese partido puro, no era ya de frailes relajados ni de calave-

ras desvergonzados de café que confundían el populacho con el pueblo ni la impiedad con la tolerancia, de los restos del partido moderado, de los pequeños propietarios de la clase media inteligente y laboriosa...ese partido era la revolución, pero en gérmenes, diseminado en fragmentos, sin trabazón, en una palabra; era el material para una revolución que no existía y se agotaba en esfuerzos tan peligrosos como estériles..."¹⁸

Pero en el panorama político de su época no se le escapan a Fidel otros activos grupúsculos cuyos componentes, además de irritarle profundamente le provocan hilaridad y desdén. Quedaban, por ejemplo, nos dice, "dos entidades igualmente cómicas y abundantes en personajes graciosísimos". Uno sería lo que llama el partido de los descontentos, de los militares frustrados que quedaron con un palmo de narices, verdaderos "hojalateros políticos" que trataron de subirse al carro santannista durante la agonía del gobierno de Arista y fueron simplemente descartados por el gabinete conservador del dictador. Prieto disfruta y se solaza alegremente con la descripción de estos ambiciosos "descontentos" que quedaron colgados de la brocha.

"Titiriteros políticos, traficantes de embustes, caballeros de industria, palaciegos, no se atrevían a oponerse al gobierno... Esos baladrones de tertulia, esos que se alzan en la calle el pantalón para mostrar en la pierna una cicatriz que sin duda no les dejó Marte... gente ociosa y villana, tela para esbirros, madera de traidores, langosta del erario, causa muy influyente de las inquietudes perpetuas del país...Canes hambrientos (que) se hacen entre sí guerra encarnizada, y ven como adversario al que obtiene primero de ellos un favor...

¡Qué gentes!, mugrosos, con la copa al lado, el periódico al frente, sacando de todos los bolsillos comprobantes de sus servicios, valentones, fingidores y lenguaraces, aperos de

¹⁸ *Ibid.*, pp.473-474.

café, parásitos sociales, salteadores de portal, recaudadores sin título, mendigos en tafílete...¿Cómo no tiene México un Figaro que os saque a la vergüenza ni un Bretón que os inmortalice?"¹⁹

Eran justamente toda esa cauda de farsantes y corruptos de su época a la que Guillermo Prieto detesta como a nadie y a la que denomina con frecuencia el "partido santannista". Y quedaba, en fin, la otra pandilla, la de los pretendidos conspiradores de opereta y "de entremés", la más despreciable y divertida *troupee* de actorzuelos de esos años, que nuestro buen Fidel deja para el final de su cuadro de caracteres políticos, como él mismo dice, reservada para los postes. Son intesantes y curiosos los diversos nombres que se les aplicaban entonces y que Prieto recoge para nosotros:

En primer término, los *junteros* ("personas que pían por una reunicioncita para ponerse de acuerdo...Siempre andan a caza de planes, inquietan noticias para escribir a los suyos, y cuando ya se hizo la revolución entran a la capital empolvados y triunfantes con los jefes que mandan las fuerzas colectivas de un pueblo desconocido"). Siguen después los *picos*:

"Esta clasificación puntiaguda, mucho me dio en qué pensar, es de una etimología imposible; *pico* quiere decir en el *argot* de clubes, un hombre sutil, veterano, que saca partido de todo sin comprometerse; también es un dicterio para decir bribón. Los *picos* son los hombres de la *invectiva* y del talento, dan instrucciones para escribir con tintas simpáticas...interceptan cartas, se ofrecen de correos, espían mientras otros escriben, y son activísimos para propagar noticias".²⁰

Vienen ahora los *valientes*, grupo de farsantillos que pululan también por las calles de México. Pero el *valiente*, nos

¹⁹ *Ibid.*, pp.474,475.

²⁰ *Ibid.*, p.476. Como en varias de las citas del libro de Prieto, los subrayados y algunos puntos suspensivos son del propio autor.

dice Fidel al oído, "no habla, quiere de luego a luego meter mano". Son seres de gran temple y decisión, dispuestos a todo. Son impresionantes:

"Andan despacio, son patiabiertos y de mascada amarrada, comen la comida medio fría, se mojan aunque no haya necesidad, y cuando se dan un raspón dejan que corra la sangre porque al fin son hombres. Odian la discusión y avisan que sólo les hablen a la hora de los mates, a cuya hora suele no hallárseles ni por un ojo de la cara..."²¹

Y aparecen, en fin, los que más desprecio y repugnancia le producen a don Guillermo: los *biliosos*, los cautos de mil variedades, entre los que sobresalen los correveidiles de baja estofa ("especie de telégrafos submarinos, transmiten las noticias debajo del agua y suelen prestar servicios importantes"), y su "clase bastarda", los especuladores, que equivaldrían de algún modo a los sonsacadores sablistas de nuestros días.

Sobre los *biliosos*, los ultra revolucionarios impacientes y de orejas calientes, el autor mantiene muchas reservas y desconfianzas: "son las teas incendiarias de la revolución, se agitan y se tiran los cabellos, patean, se interrumpen, y quieren batirse a cada dos minutos...Estos energúmenos que todo lo tergiversan, comprometedores y turbulentos, son los entes con más pretensiones y más nulos en todos los partidos". Para caracterizarlos con mayor amplitud y tono literario, Fidel inventa una supuesta noveleta (cuentecillo sería más propio) de varias páginas, atribuida a su "maestro", "cierto licenciado ilustre y uno de los hombres de más talento y gracia que he tratado en mi vida".

Y entonces desfilan en el relato todos esos personajes disfrazados con nombres estrambóticos y humorísticos que

²¹ *Ibid.*, pp.476-477.

tanto fascinaba crear la imaginación risueña del autor: Pancracio Jaletina, Julio Banderilla, don Mauricio Maraña y Oscuras, Epitacio Estira, Pepa la Bruja, Perico la Rana, Pancho el Zopilote, Doroteo Golondrino, para concluir en un desenlace ridículo que fue acogido con "una carcajada universal..." Esa era la última estancia de Santa Anna en el Trono: abyección, cobardía, desconfianza, degradación "epidémica", contagiosa, que sólo podía soportarse con la sátira y la risa. Pero después de la comedia y el sainete vienen el melodrama y el verdadero drama personal: la represión, la venganza, el rencor, el odio y la ruindad:

"El general Santa Anna, a quien se ha pintado generoso, venía sediento de venganzas, y sus aduladores lisonjeaban su propensión, buscándole víctimas, empeorando la situación de éstas, exhumando odios, reviviendo recuerdos atroces, y haciendo expiar a las personas más inofensivas, faltas o actos que tenían diez y siete o diez y ocho años de fecha...Para que nada faltara en este cuadro de asquerosa abyección, de miseria inverosímil, de miedo ruin, esos enjambres de malandrines condecorados; de tahures de alfanje, de ebrios de oficio, impura borra del ejército que había depurado la mano inteligente del señor Arista (con ayuda de su ministro de Hacienda Guillermo Prieto, FLC), volvía triunfante, y volvía viendo un enemigo en cada paisano y un objeto de odio en cada licenciado".²²

De nuevo en chirona

Uno entre muchos de esos "paisanos" que disgustaban a Santa Anna era precisamente Prieto, que no tardó mucho en volver a caer en desgracia, nuevamente "por orden suprema", y fue depositado en el cuartel de policía. Fue una noche siniestra, "cuando menos embebido me solazaba en la contemplación de estas bellezas (los sainetes y operetas de

²² *Ibid.*, pp.486, 489.

Su Alteza Serenísima, FLC), cuando menos lo pensaba...cuando más contrito veía la cosa pública y más sinceramente escarmentado, ni movía pie, ni dirigía mirada que pudiese interpretarse como pecado venial; en una de estas noches digo..."

Era miércoles santo. Conducido como fardo al cuartel de la policía situado junto a la Acordada, sin aviso ni formalidades, sólo por "el irresistible lo mando...del que tiene la fuerza", nuestro buen Fidel apenas ha disfrutado de su "vida nueva" unos pocos meses después de su anterior confinamiento. Eran las once de la noche cuando quedó preso en calidad de incomunicado. Comenta con sorna: "Heme segunda vez héroe de *orden suprema*". ¿Estaba ya pensando en una nueva narración de desterrado político? Sin duda, pues regresa al estilo burlón, irónico, humorístico, costumbrista, desordenado y desaliñado de su relato anterior.

Pero, nuevamente, en vez de decirnos con claridad la causa de su arresto y su segundo destierro, incluso una mera hipótesis, deja en el misterio las verdaderas razones políticas de su desgracia, aunque las haya sugerido de alguna manera páginas atrás, al hablar de los odios y deseos de venganza de

²³ Se sabe que este nuevo arresto y destierro de Guillermo Prieto obedeció a que Santa Anna, incapaz de leer un libro, fue informado de los famosos *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*, publicado en 1848, en los que se denuncia el siniestro papel de Santa Anna en ese conflicto. Montó en tal cólera, que de inmediato expidió una "suprema orden" (sic), fechada en México el 10. de febrero de 1854 y hecha pública mediante bando del secretario de Gobernación del 11 del mismo mes, por la cual, "S(u).A(teza). manda, para escarmiento de quienes así se permitieron un infame desahogo de sus pasiones...que sean desde luego destituidos de todo cargo o empleo que obtengan en la administración pública y queden sus nombres entregados al desprecio de sus conciudadanos". Se ordena asimismo requisar y quemar todos los ejemplares que existan. La "suprema orden" mencionaba los nombres de los quince autores, entre los cuales estaba naturalmente el de don Guillermo Prieto (documento incluido en la edición facsimilar de los *Apuntes* de Siglo XXI Editores, 1a. ed., México, 1970).

Santa Anna, y mencione ahora, como de pasada, el "irresistible mando...del que tiene la fuerza".²³

Después de describir como siempre los personajes, situaciones y diálogos grotescos ("una farsa indescriptible") de que es testigo en esa cárcel inmunda en que lo mantienen, Fidel sólo nos habla de "ese suplicio de conjeturas que me taladraba las sienes" y regresa continuamente al relato de incidentes, charlas que escucha, diálogos interminables, amigos que encuentra en la cárcel y sus tormentosas o jocosas historias personales (que por supuesto nos resume).

Y así, en esta larga y agitada introducción a la segunda parte de sus *Viajes de Orden Suprema*, nos cuenta que sus amigos y favorecedores decían saber que los ministros del dictador juzgaban a Prieto "completamente inocente; pero que estaba así ordenado". Sigue, pues, la narración, y entre bromas, chismes y diálogos de gracia y desplante, Prieto hace por fin una mención sesgada a su participación en los *Apuntes...* de 1848 y el probable motivo de su infortunio. Pero sólo de pasada y como una reflexión no exenta de humor.

"Después de mil afanes, previa una fianza tan ilegal como disparatada, diéronme por libre, sin tomarme declaración, sin nada, y habiéndome hecho sufrir toda clase de vejaciones y crueldades, heme dado la luz y levantándome para volver a caer de nuevo...Mis amigos íntimos, esto es, aquellos que temían que me les volviera censo irredimible, o préstamo forozoso, dieron en descubrirme instintos pastoriles y campestres, que en la pícara vida me han pasado por la imaginación...Varios conservadores mis amigos me decían que me quitase de liberal, como quien le dice a uno que se quite de ebrio o de comer tierra...Mí anatema como *Rennepport* y por consi-

²⁴ Ibid., pp.518, 519. Lo de *Rennepport* alude al seudónimo utilizado por los quince autores de los *Apuntes*, como lo explica con mayor amplitud el maestro Boris Rosen en la nota de pie de página de la edición del CNCA.

guiente uno de los autores de los apuntes para la la historia de la guerra (1848), mandada recoger y quemar, daba el último toque a mi fortuna, que a ser menos mala, me habría conducido al suicidio mil veces".²⁴

Por esos días, principios de mayo, Santa Anna desaparece de México sin que se supiera muy bien dónde andaba con sus huestes. El relato de Fidel, como siempre, es una crónica de lo ocurrido con vibrante sabor picaresco. Salvo una persona, de sus mejores simpatías: "Lolita" (esposa de Santa Anna), como la llama ya el confianzado don Guillermo, que quedó casi sola, enmedio de las intrigas y jugarretas palaciegas, y a quien (siempre galante y caballeroso con ella, por su juventud y belleza) dedica parrafones de conmiseración y elogio, "porque ella amaba a su vez la libertad y temía la juzgasen cómplice de la opresión".

La "pobre niña" hubo de refugiarse en el círculo de amigos íntimos, protegida por los parientes pobres, entre ellos su hermano liberal, "casi puro", y "entusiasta de la República". Nadie sabía nada del dictador y sus valientes guerreros. Su hogar, escribe Fidel, "ya era casi una casa mortuoria, (y) las atenciones a la familia se iban pareciendo a los honores póstumos". Pero un buen día llegan las noticias: Su Alteza había salido en persecución de los insurrectos de Ayutla, y después de aplastar a sus enemigos se había detenido en Chilpancingo, antes de regresar triunfante a México, para visitar, inflamado de ternura, la tumba del general Nicolás Bravo, héroe de todas las batallas. La mofa de Prieto es virulenta:

"¡Qué espectáculo! Dos prodigios: Napoleón y las pirámides. ¡César inclinado sobre la tumba de sus mayores! ¡La memoria nacional recordaba el innoble resentimiento que presentó ridículo y cobarde el general Bravo, escondido en una zanja en la guerra americana!..¡Pobre don Antonio! ¡Pobre cómico, sin escuela, sin sentimiento...Por fin llegó el Mesías...No volvió más satisfecho

Napoleón a París después de las batallas de Italia que lo que volvía nuestro héroe. Cuando bajo el arco excelso de cotense, se inclinó como agobiado por los lauros el Wellington del Peregrino, se debieron percer de risa los diablos, de ver la estupenda desfachatez del hombre de nuestra época".²⁵

Poco le iba a durar la risa a Fidel. Una noche, 18 de mayo de 1854, "como por trampa y de resorte" aparece en la sala de su casa un oficial de la plaza para prenderlo nuevamente y llevarlo al cuartel de Cazadores. Allí lo entrega y lo "embodegan" en un cuartucho detestable lleno de colchones. Es su nueva prisión. Allí recomienzan también el desfile de personajes grotescos, los diálogos de gracia política, los nuevos conocidos y sus historias jocosas. Y también desde allí, no obstante las prohibiciones, una mañana espléndida de junio le llama la atención un raro objeto: "era el arco triunfal derribado, la estatua de yeso del héroe hecha tierra, las efigies de los ministros restituidas al polvo de un soplo". Y a pesar de que la policía no dejaba acercarse a nadie, Fidel no sólo husmea de cerca "semejante catástrofe", sino incluso puede leer y copiar varios epigramas a los que sin duda él mismo "enriquece" de su peculio, frotándose las manos y muerto de risa:

"Esa es una adulación.
Mientes, sátira cruel;
Para glorias de oropel
Monumentos de cartón.
Pero es mejor la que encuentra junto a la estatua caída:
Aquí cayó sin sonrojo
Esta contrahecha figura,
¿Pero quién le mete a un cojo
Elevarse a tanta altura?"

²⁵ *Ibid.*, pp.522, 526.

Después de refocilarse sin recato con el espectáculo, vuelve al cuarto de oficiales y después al cuartel de granaderos, cuyo jefe había sido siempre buen amigo de don Guillermo y donde encuentra mayores consideraciones, mejor acomodo y hasta puede por fin comunicarse con su familia. Vuelve a divertirse un poco con el teatro de comedia que le rodea y que lo distrae mucho de su situación de preso. Y recibe la visita de sus buenos amigos, puede abrazar a su esposa, despedirse de su madre y se prepara para su partida, que era al día siguiente. Tampoco en esta ocasión nos explica el motivo de su arresto y destierro. Incluso dice ignorarlo. Nos relata su salida de la ciudad y vuelve a introducir a ese extraño personaje que lo acompaña siempre, como sombra protectora, y del cual se rehusa siempre a proporcionar mayor información.

"Llegó por postre con la nueva aurora, el instante fiero, y en buena tertulia, con una patrulla de caballería, mi oficial cerrero, mi andante filosófico e indiferente, mi capa a los tientos por todo equipo, y *mi antiguo amigo de correrías* (¿"Torbellín"?). Hice por el frente de palacio y calles que llevan a San Lázaro, mi segunda salida de la capital, poniendo mi alma en Dios, y de nuevo entregándome al ciego impulso del capricho ajeno".²⁶

La narración de este segundo viaje por orden suprema de Fidel, desgraciadamente no terminada por el autor y además mutilada por las torpezas de los impresores, vuelve al estilo de la primera crónica, escrita en el estilo costumbrista, observador, minucioso, satírico, malhumorado a veces y bromista siempre, pletórico de pequeñas anécdotas y datos

²⁶ *Ibid.*, p.532. Mi subrayado. El personaje que lo acompaña es sin duda nuestro conocido "Torbellín", su doméstico familiar a quien le permitían ir con don Guillermo Prieto por consideración a su personalidad política y literaria, pero al que éste quiere ocultar de alguna manera porque obviamente le avergüenza un tanto reconocerle públicamente su calidad de "criado", que era el nombre usual de la época.

estadísticos, siempre con la obra de Humboldt muy a la mano, y, en fin, sus breves noticias históricas sobre lugares, personas y hechos.

El relato nos lleva esta vez por el estado de Puebla: San Martín Texmelucan, Cholula, y la propia ciudad de Puebla, donde hace recuerdos y recoge anécdotas, especialmente una, apócrifa, que sin embargo circuló en la ciudad como si fuera cierta la historia y que Fidel se dispone a contar tal como la oyó:

"Por aquellos días había aparecido un pasquín con una pintura que representaba al general Santa Anna pariendo un rey, servía de tenedor el general Pérez y desempeñaba el papel de comadrona, Mendoza. La desvergonzada caricatura hirió en lo más vivo el amor propio del señor prefecto (el tal Mendoza), quien a fuerza de rastrear, de husmeo y de astucias, vino a fijar su atención en un desdichado barberillo, amante oculto del arte de Apeles".²⁷

Así empieza una sabrosa anécdota que no conoceremos ya, pues el relato se interrumpe líneas más abajo, junto con el libro.

²⁷ *Ibid.*, p.561.



PRIMEROS VIAJES Y EXCURSIONES CORTAS

"Lo que podríamos llamar "crónicas" menores de los viajes de Guillermo Prieto son aquellas en que narra sus primeros viajes y "paseos" por el país (Zacatecas, Cuernavaca y Puebla), en la década de los cuarenta, y más tarde el relato de una "excursión" a Jalapa, en 1875, publicado bajo la forma de cartas a su gran amigo Ignacio Ramírez, el famoso *Nigromante*. Con excepción de esta última narración, las demás crónicas son incompletas, en esta ocasión sin más explicación que el desorden, los devaneos políticos y los constantes trotes en que andaba siempre nuestro querido Fidel. Se le aprecia también a nuestro autor, como una narración de viaje imaginario, las supuestas impresiones de un zuavo encontradas en su mochila después de las acciones de guerra en Barranca Seca, en 1862 ("impresiones" inventadas por Prieto y dos colegas suyos, Schiafino y Chavero). Es interesante comentar todos estos trabajos.

El interminable viaje a Zacatecas

En 1842, cuando andaba apenas por los veinticuatro o veinticinco años de edad, casado y con un pequeño hijo, Prieto es nombrado supervisor de tabacos en Zacatecas. Emprende el viaje acompañado de su familia, y siendo ya un joven escritor y periodista de cierto renombre, decide contar sus peripecias de viaje en forma de artículos breves publicados en *El Siglo XIX* entre el 19 de noviembre y el 26 de diciembre de ese mismo año. Todos firmados ya con el seudónimo de Fidel. Y al igual que le ocurrirá a menudo en sus crónicas de viaje, ésta nunca logra terminarla.

Del mismo modo, como será su costumbre en todas sus narraciones futuras, no nos explica la causa de este primer

viaje por el interior del país, *Tierradentro*, como se decía en la época. "El por qué emprendí este viaje estupendo, artístico, sentimental, no es mi objeto ni de este lugar...". Tal vez le avergüenza un poco lo de la chamba que ha aceptado y no desea entrar en detalles. El "secreto" lo volverá después un inquietante misterio literario (o político) de sus relatos de viajero.

La narración comienza como una auténtica crónica de viajes en el estilo costumbrista y lleno de humor crítico de sus autores favoritos en esa época, a los que reconoce y reclama con orgullo en su primera entrega periodística: Chateaubriand, Labruyère, Mesonero Romanos, Paul de Kock, Alejandro Dumas, Jovellanos, Iriarte y Bretón de los Herberos, entre otros. Sin embargo, a medida que se le van enredando hechos, personajes, incidentes, ideas, teorías, datos históricos, recuerdos personales y mil cosas más, el relato se vuelve un verdadero galimatías del que no sabe cómo salir después.

Con desplantes juveniles de escritor de garra, Fidel se lanza a diestra y siniestra con la pluma en ristre, cortando cabezas por aquí, refunfuñando por allá, refutando autores y corrientes literarias (en esos años critica al romanticismo y a Víctor Hugo), soltando denuestos por todas partes y hasta contándonos su noveleta frustrada por la repugnancia que le produjo el tema prehispánico que le proponían para su trama: la historia de Xochitl, la del pulque y el honor ultrajado en la corte del rey de los toltecas. Era la época en que a Prieto le molestaba mucho la ignorancia y la lejanía histórica de las antiguas culturas mexicanas, pero sobre todo sus lamentables vestigios humanos, que le enfurecían por su miseria y abyección:

"Difícil nos es a nosotros, extranjeros en nuestra patria, con el esqueleto de la realidad delante de los ojos, país sin historia y sin monumentos antiguos (excepto las rui-

nas del Palenque, Quemada, Cholula y otras), generación que pugna por aparecer bastarda, antes que entregarse a la indagación de su origen. Difícil nos es esa raza abyecta y envilecida que llamamos indios, con sus goces y sus ejercicios casi brutales, con sus chozas de tierra y con su idioma inentendible para nosotros; difícil nos es, repito, buscar entre esa escoria los restos de los opulentos señores de México".²⁸

No llegaba aún Fidel a sus reflexiones indigenistas que expondría diez años después en sus *Viajes de Orden Suprema* y que mucho sospecho se fueron gestando probablemente gracias a la influencia racionalista y erudita de su entrañable amigo, el indio Ignacio Ramírez, *El Nigromante*. Pero a los veinticinco años, el "blanco" Guillermo Prieto, descendiente de "gachupines", miembro al fin y al cabo de la élite intelectual citadina y al margen por completo de aquel *neoaztequismo* de los primeros liberales anónimos de la Guerra de Independencia, no obstante sus visibles contradicciones y ambigüedades ya no se chupa el dedo en esta espinosa materia. Tiene su propia explicación sobre esa ignorancia y distorsión de nuestra historia prehispánica, a pesar de que no llegue todavía a explicarse, como lo hará diez años más tarde, las verdaderas razones sociales, políticas y mentales de la inicua explotación y postración de los indios mexicanos.

"Los historiadores y los poetas han visto aquella época entre la nube del desprecio, bajo las preocupaciones de nuestros dominadores. ¡Alianza pérfida, vínculos frágiles, silencio criminal! La han visto, y a la luz de nuestra material filosofía y del refinamiento del siglo XIX, han presentado a nuestros indios como una especie diferente; robaron a sus tradiciones la poesía; recargaron de absurdos su historia, y nosotros para ocultar nuestra ignoran-

²⁸ *Apuntes de Fidel en un viaje a Zacatecas en agosto de 1842*. En *Crónicas de viajes 2 (Obras Completas V)*. México, CNCA, 1993. p.27.

cia, volvemos ridícula su gloria e irrisorias sus proezas y sus nombres. ¡Con un Homero y un Dionisio de Halicarnaso, fueran nuestros indios lo que los primitivos griegos y romanos!"²⁹

Ya era al menos un buen embrión de sus futuras tendencias indigenistas. Alamán y sus corifeos reaccionarios son sin duda los arquetipos de ese tipo de historiadores hispanistas sobre los que descarga su ira; pero tal vez no anden muy alejados de su réproche grandes liberales ilustrados, como Mora, Zavala, Bustamante y otros, que poco o nada hicieron en sus libros por rescatar y exaltar los trabajos y los días de nuestras gestas primigenias. Ya se ocupará de ellos más adelante.

En el último de sus artículos, después de contarnos la llegada a Querétaro y describirnos algo de la ciudad, divaga nuevamente hacia el pasado histórico de México, despotrica contra la antigüedad prehispánica, se embrolla con Mora, Zavala y Bustamante y termina contando la triste historia personal de su amigo el malogrado poeta Ignacio Rodríguez Galván, muerto prematuramente en La Habana (no serán pocas las veces que lo recordará después) y se suspende allí su primera crónica de viaje. En lo que es tal vez una metáfora al estilo del propio Fidel, Malcolm D. MacLean nos proporciona una explicación de la ruptura del relato:

"Los artículos empezaron a publicarse en El Siglo XIX en el otoño de 1842. Narraban las aventuras de Prieto por Tlalnepantla, Cuautitlán, Tula, San Miguelito, Arroyozarco y Querétaro. El Gobierno mexicano suspendió entonces el periódico. Lector y autor se quedaron plantados en la última ciudad. La interrupción duró dos años, pero en 1844 se reanudó el relato y Prieto llegó a Zacatecas".³⁰

²⁹ *Ibid.*, p.27.

³⁰ *Op.cit.*, p.92.

Es posible, pero, en todo caso, de haber tenido Prieto la intención de terminar su crónica y de haber escrito más artículos sobre el asunto, no los hubiera dejado de publicar en alguna otra parte ni habría reanudado sus relatos sobre Zacatecas hasta dos años después, en *El Museo Mexicano*, ya con mayor enjundia literaria, aunque con el desorden temático de siempre y sin hablarnos realmente de su estancia en Zacatecas como empleado de tabacos.

Todavía en 1849, es decir, siete años después de su viaje, volvemos a ver su persistente fijación periodística por el tema de Zacatecas, esta vez como "recuerdos" de aquel viaje y una descripción casi estadística sobre el famoso mineral de aquella ciudad, *Veta Grande*, (ignorando del todo la gran huelga de sus trabajadores en 1826). Pero en esta ocasión ya ni su nombre aparece en los dos articulitos publicados en *El Album Mexicano*, aunque por su contenido no hay ninguna duda que son suyos. De hecho, la más completa narración de ese (literariamente hablando) tomentoso y prolongado viaje a Zacatecas y su breve estancia en la ciudad del mismo nombre, al lado de Manuel Payno, Fernando Calderón, Lares y otros personajes de la época, sólo logró escribirla don Guillermo cincuenta años después, como parte de sus *Memorias*.³¹

El "paseo" a Cuernavaca en 1845

A fines de septiembre o principios de octubre de 1845, Fidel emprende un viaje a Cuernavaca, que después relata en una docena de artículos publicados en la *Revista Científica y Literaria de México*, nombre que adoptó ese año *El Museo Mexicano*, del que era asiduo colaborador nuestro autor. Como siempre, don Guillermo deja en la sombra del miste-

³¹ V. *Memorias de mis tiempos*, op.cit., T.I, pp.82-116.

rio el motivo real de su viaje: ¿Era invitado de alguien? ¿Lo pagaba de su peculio? ¿Tan boyante estaba en esos días agitados? ¿Más de un mes? ¿Y por qué a Cuernavaca, que no parece gustarle mucho según el "preámbulo" de su narración? Otro misterio: ¿Con quién iba? No dice nada con claridad. Pero algo suelta en un diálogo imaginario, también en ese "preámbulo", si tal es la función de los párrafos iniciales: "No voy con poca familia", le informa al supuesto interlocutor.

Bueno, quizás en esta ocasión se trate de un verdadero paseo con la familia, ayudado probablemente por algún pago adelantado de la nueva revista por su crónicas e informaciones. Era algo así como un *corresponsal*, un enviado de prensa, en términos actuales, aunque tal vez para él era una ocasión única, deseada, incluso soñada de viajar con cargo a su pluma y con toda la familia. Sus primeras frases lo delatan: "¡Ilusión de oro de mis primeros años! ¡Tierna aspiración de mi aprendizaje de literato! ¡Te realizaste al fin!..Toma, Lazarillo, cómprate una cartera (como se le llamaba entonces a los cuadernos de notas)".

Y no obstante que iba a un lugar temible por su calor infernal y los insectos venenosos que allí abundaban, según le contaban sus amigos temerosos ("Aquello es un facsímil del infierno. Cuernavaca es la antesala del purgatorio"), Fidel estaba feliz del encargo literario:

"Todo esto halagaba mi orgullo: aquel propio temor de mis amigos, a mí me sonreía, y al revolver mi *desk* (sic) y mis enseres de viaje me respetaba a mí mismo; al verme al soslayo en el espejo de mi cuarto, decía entre mí como a mis excusas... ¡Es un viajero! Agucé mi lápiz; mi imaginación ardía, me anticipaban mis sensaciones todas; y con sólo querer, me conceptuaba tan apto para escribir un viaje como el propio Humboldt en cuerpo y alma...En fin, obedecí a la inspira-

ción y puse los títulos a los que iban a ser capítulos de mi viaje..."³².

Los "títulos" de estos capítulos, en su versión inicial, pretenden ser escalofriantes y exagerados, destinados a asombrar a sus lectores, haciéndolos reír y divertirse con buen humor. Por ejemplo: "*La llegada como una Viuda, por lo desfallecido, y como un Adán por lo desnudo... Alacranes que pican. Idem Vinagrillos. Idem Culebras de Cascabel, eficaces para producir muertes repentinas. Calor a los 77 grados. Bistec producido por la reverberación del sol. Papas fritas en la azotea*". Pero estos son sólo algunos "títulos" de su primer capítulo, puestos allí para abrir boca. Después se le olvidan a Fidel sus bríos de narrador hiperbólico, y aunque no pierde nunca el humor (y el mal humor por las incomodidades del viaje y la estancia en Cuernavaca), inicia una interesante y amena descripción de la ciudad y sus alrededores, no exenta en ocasiones de vigorosos cuadros costumbristas y relatos de cierto "realismo mágico" que, no conociendo a su autor, podrían atribuírseles a ciertos autores de este siglo.

Para empezar, el siempre quejumbroso Fidel, que no cesa de lamentar incomodidades y molestias, no vuelve a mencionar nunca a su familia después de contarnos desde el principio el disgusto que le produjo abandonar a su amada ciudad de México: "y al atravesar con mi familia las desier-

³² *Ojeada a varios lugares de la República. Un paseo a Cuernavaca, por Fidel, el mes de septiembre de 1845. Crónicas de viajes 2 (Obras Completas, T.V) México, CNCA, 1993 pp. 83-84. Hay un posible error en la fecha que le atribuye el título, pues, de acuerdo a la propia narración, todavía en noviembre andaba por los alrededores de Cuernavaca: por ejemplo, pasa el día de muertos en Atlacomulco (p.106) y apenas va a la mitad del relato. Además, al salir de México en la diligencia describe el clima que lo despidió: "La aurora perezosa del invierno parecía pálida entre la espesa bruma del oriente; a su luz indecisa nos empaquetamos en el carruaje..." (p.85). ¿Es septiembre en la Ciudad de México "la aurora perezosa del invierno"?*

tas calles de México la hermosa, con dirección a las Diligencias, más tenía pintado en el semblante la amargura de la partida, que la inquietud curiosa de un paseo". Pero ya en Cuernavaca, parece que se olvidó de esa familia o la envió de regreso a México. Salvo a la llegada, no vuelve a mencionarla para nada. Pero hay alguna pista sobre lo ocurrido.

Lo que sí nos cuenta, en cambio, en su segundo "capítulo", ya sin más título que *Primeras impresiones*, es la terrible llegada a la casa en que iba a instalarse, después del espeluznante viaje de México a Cuernavaca: "Magullado de golpes y vaivenes, seguido de mi chillante prole, mareado y fuera de mí, dirígeme a la casa en que debía posar; iba cayendo y levantando porque la desigualdad del piso es extraordinaria... Subir aquellas cuestas con un chico en los brazos, es el trabajo de Sísifo, poco más o menos". No, definitivamente no empezaba bien el "paseo" de Fidel a Cuernavaca. Tenía un humor de los mil diablos. Nada le gustaba ni le parecía bien, incluso en perspectiva: "El aspecto de la ciudad es desagradable, extiéndose de norte a sur entre dos barrancas, larga y angosta como alma de vizcaíno".

No pudo dormir por las pesadillas y el miedo a los alaranes, con un sutil silbido que nuestro autor percibía claramente en la noche, así como sentía en su piel el roce áspero de la "tarántula homicida". Desesperado, descolgó una hamaca y pasó suspendido en el aire el resto de la noche. "Para no cansar al lector, a las tres de la mañana estaba en camino para la Casa de las Diligencias, dejando a su consideración, cuál sería mi concepto de la puerta deliciosa de la feraz tierra caliente".

Lo que ocurrió entonces podemos quizás imaginarlo (una mera suposición, por supuesto) por lo que nos cuenta en las páginas siguientes: se instaló en esa famosa Casa de las Diligencias, al lado del Jardín Borda, para tener en mejores condiciones a su familia y cumplir con el compromiso de

enviar a la recién creada *Revista Científica y Literaria* las amenas crónicas de su "paseo" por Cuernavaca. Por eso comienza su tercer *capítulo*, que no llega ya ni a "título", con palabras amargas y tristes: "Circunstancias bien dolorosas me hicieron cambiar de propósito (¿habría decidido regresar-se a México?), resolví pasear a oscuras por las calles mientras amanecía, para regresar a mi habitación". El calor y la ausencia lo agobiaban. ¡Qué pena, Fidelillo, qué gran fiasco lo del "paseo" a Cuernavaca! Pero hay que cumplir con la obligación literaria de cronista de viaje. Siempre de pésimo humor y echando pestes por cualquier cosa, nuestro improvisado *corresponsal* busca afanosamente defenderse del terrible calor:

"El sitio público, único a propósito para tomar fresco, me pareció el cementerio; a la incierta luz del crepúsculo lo recorrí, no sin notar ciertas desigualdades repugnantes... Con la luz vi que eran los bolsillos del cura, o mejor dicho, los sepulcros de varios fieles (...). Si yo, hijo del país, y fanático por cuanto a él pertenece, diese a luz mis superficiales observaciones, sin comentario alguno, ¿qué cuadro no ofrecerían por sí mismas? ¡Qué cuadro, Dios mío!"³³

Pero algo bueno ocurre, pues de pronto don Guillermo recobra el humor y la visión optimista de las cosas. Empieza a reconciliarse con Cuernavaca. Quiere ya a su gente, "con espíritu más sosegado e imparcial"; admira la "noble franqueza de sus habitantes sinceros y humanos", y sabe apreciar sus mejoras materiales, su lucha obstinada por imponerse a un terreno ingrato y renuente. "Como el peregrino de Alejandría, he vencido mi repugnancia para atravesar el quicio de una casa, y he hallado tesoros de bondad y hermosura". Ha resurgido el buen Fidel, el gran observador, objetivo, curioso, meticoloso, interesado por todo y por todos; el narra-

³³ *Ibid.*, p.93.

dor amable y galante, que remata su recuperación de ánimo con una confesión sentimental y otra profesional:

"Hoy que pienso en mi separación de este pueblo con tristeza, por mil sinceras afecciones que voy dejando en él, y que a su clima está debiendo una persona muy amada de mi corazón, su existencia; hoy veo avergonzado mi cartera ridícula de improvisado viajero, y desafiando preocupaciones que acaso harán desagradable mi recuerdo, quiero que los que aman este país imparcialmente, quiero que los que vigilan por su progreso, entrevean en mi escrito frívolo y fugaz, las inspiraciones de un corazón agradecido, que quiere comprar con su trabajo (hoy acaso estéril) el aprecio de la gente pensadora e ilustrada".³⁴

Ahora sabemos probablemente la causa del repentino entusiasmo de Fidel y su agradecimiento a Cuernavaca y su benéfico clima: la recuperación de la salud de su esposa o de alguno de sus hijos.³⁵ A partir de ese momento, le quita las comillas a su paseo y vuelve a sus crónicas de viajero inquieto, meticulado, versátil, informado, interesado en todo; en una palabra: *humboldtiano*, de buena cepa, con intenciones más o menos "enciclopédicas", pero con ribetes de humorista e inventor de historias, personajes y relatos científicos de autores anónimos. Aunque siempre con serena modestia: "Mis talentos no presentarán estudios sólidos, pero mi débil huella será la meta que indique al viajero y al sabio, el camino por donde de una manera instintiva sospeche tesoros que puede explorar con fruto la verdadera sabiduría".

³⁴ *Ibid.*, p.94.

³⁵ Es probable que esta recuperación de su familiar enfermo también nos resuelva algo del enigma de su viaje a Cuernavaca. Es sólo una hipótesis, pero vale la pena plantearla: ¿Emprendió el "paseo" a Cuernavaca por motivos de salud de alguno de sus familiares cercanos (su esposa o uno de sus hijos), alentado al mismo tiempo por el ofrecimiento de cubrirle algo de sus gastos de viaje a cambio de sus crónicas en la revista recién creada?

Para empezar, guiado ya por esas sabias reflexiones, con motivo de una ocasional visita a una capilla donde se dice la misa de seis, decide hacer de pasada una breve comparación entre Cuernavaca y su amada Ciudad de México. El resultado es sorprendente:

"El aspecto de la ínfima clase de Cuernavaca, es mil veces menos desagradable que la de México; casi toda está regularmente vestida; y gracias a la policía, ni la embriaguez, ni la prostitución femenil, ni el ardor bélico, se dan en vergonzoso espectáculo, como en ese México, receptáculo nacional de vicios asquerosos. Los soldados mismos que adquieren celebridad funesta por su licencia, no importunan al vecindario, ni tienen desmanes amorosos, terror de los padres y maridos".³⁶

³⁶ *Ibid.*, p.94. Los vínculos afectivos de Guillermo Prieto con Cuernavaca y su agradecimiento por haber salvado tal vez la vida a esa persona amada durarían a lo largo de toda su vida. Tuvo la profunda satisfacción de vivir allí nuevamente en 1855, cuando al triunfo de la revolución de Ayutla fue designado ministro del presidente provisional Juan Alvarez, al lado de Juárez, Ocampo y Comonfort. Además, durante los debates del Congreso Constituyente de 1856-57, al discutirse la petición de los diputados de Guerrero de ser anexados a este estado los distritos de Cuautla y Cuernavaca (que entonces pertenecían al Estado de México), como una forma de resarcir los esfuerzos y gastos que había causado la revolución de Ayutla, Guillermo Prieto propuso que dichos distritos constituyeran un nuevo estado de la República. En su discurso, publicado en *El Siglo XIX*, habló de ponerle al nuevo estado el nombre de Morelos, en homenaje al gran héroe de la Independencia. Aunque su propuesta fue desechada entonces, más tarde se creó en efecto el actual estado de Morelos. (Véase el prólogo de Valentín López González a la edición del relato de Prieto *Un paseo a Cuernavaca. 1845*, Suma Morelense, 1982, pp.1-4). Por último, poco antes de su muerte don Guillermo decidió pasar una temporada de descanso en Cuernavaca, en diciembre de 1896 y parte de enero de 1897, de donde regresó a México muy afectado por el fallecimiento de su hijo Francisco Guillermo (Cf. Miguel Salinas, *Historias y paisajes morelenses*, "El romancero Guillermo Prieto en Cuernavaca", México, 1981. pp.277-284). Debo todos estos datos sobre Guillermo Prieto y Cuernavaca a la gentileza del licenciado Valentín López González, Cronista de Morelos desde la época de Hernán Cortés (no por su edad, naturalmente, pues se trata de un joven historiador y antropólogo que apenas pasa de los sesenta años, sino por su increíble información enciclopédica sobre las cosas de su estado desde la llegada de los conquistadores españoles y aun desde antes).

Ya con ese renovado buen humor y curiosidad por conocerlo todo, impulsado por su "viajomanía" (este "mal que irrita en extremo la curiosidad y lo hace audaz y entrometido"), nos describe, nos explica, nos cuenta todo lo que visita, ve, oye, aprende o le transmiten personas conocidas o anónimas en animadas y fructíferas conversaciones sobre Cuernavaca y sus lugares aledaños. Sus artículos son más tranquilos y hasta recuperan algunos "títulos": el Jardín Borda, el Hospital, la Cárcel, el "Estado Intelectual", la Policía, los proyectos educativos, etcétera. Sólo le repugnan los baños públicos y su desnuda promiscuidad: "Las Evas y (los) Adanes sólo pueden pasear en el paraíso..."

Sale a pasear por los alrededores de Cuernavaca y pasa el Día de Muertos en Atlacomulco (allí nos enteramos por un diálogo ocasional que, como digno miembro de la clase media ilustrada de la época, don Guillermo viaja con su "criado", ese acompañante misterioso, siempre en las sombras del relato, al que no volverá a llamarle con ese nombre infamante: simplemente su "compañero de viaje", "su antiguo amigo de la escuela" o, a lo sumo, cuando no hay remedio, el famoso Torbellín que lo atiende y lo ayuda durante su primer destierro "de orden suprema" en el confinamiento de Cadereyta, ocho años después.

Nos habla (sin haberla visitado propiamente) sobre la extraña comunidad indígena de Cuentepec, al sudoeste del valle de Cuernavaca, constituida desde épocas remotas, cuyas costumbres, leyes tradicionales, libertades y ritos llamaron tanto la atención a los viajeros extranjeros que pasaron por Cuernavaca. El supuesto interlocutor que en una "charla benéfica" le describe los detalles de este poblado de indios, con una gran erudición, un atractivo estilo narrativo y una notable capacidad analítica, llama a esta extraña y aislada

comunidad "una especie de república aristocrática" por su sistema político.³⁷

Nos relata asimismo sus morrocotudas aventuras en las cascadas de San Antón (la grande y la chica), donde no sólo salva la vida milagrosamente y pasa grandes sustos e intensas emociones, sino saca el lápiz y además de improvisarle un largo romance al famoso Salto tiene aún tiempo de hacerle un dibujo que, nos dice, "ilustra este capítulo, (y) da una idea bastante fiel de la cascada".

Los dos últimos capítulos de la narración, el XI y el XII, están dedicados a una minuciosa y bien documentada descripción del cultivo y producción del azúcar, que Fidel nos confiesa con toda honestidad que se trata de un "curioso trabajo" que solicitó a sus amigos D.M.A. y V.Y.L. Y nos revela algo significativo: "Resígnese el lector porque el cuento es largo; pero he querido explayarme en él acaso por ser el único sustancial que se encuentra en tan estupendo viaje". El "cuento" -que realmente es largo- va desde la preparación de las tierras para sembrar la caña hasta el almacenamiento y la clasificación de los panes de azúcar. Un interesantísimo relato sobre los procedimientos y las técnicas de aquella época para la elaboración de este importante producto en los ingenios del hoy estado de Morelos.

Y como siempre, la narración queda una vez más trunca e incompleta. Desde su tercer capítulo, cuando cambia de humor y se reconcilia con el clima de Cuernavaca, nos anuncia unos "recuerdos históricos, con que pienso terminar este

³⁷ En una nota de pie de página a la versión castellana del libro de Branz Mayer, *México, lo que fue y lo que es*, en que el autor se refiere también a esta comunidad, el historiador Juan A. Ortega y Medina formula esta posible explicación sobre su origen: "Seguramente (era) lo que quedaba de una de aquellas viejas 'repúblicas de indios' que contra viento y marea las Leyes de Indias y la Iglesia novohispana habían podido salvar de la rapacidad de los hombres blancos, mestizos y negros".

viaje". No existen tales "recuerdos". Lo más probable es que al regresar a México, a principios de noviembre de 1845, haya dedicado todo su tiempo a la inminente publicación de su famosa revista *Don Simplicio*, que salió a la luz pública unas semanas después, en diciembre de ese mismo año.

El raro viaje a Puebla

A principios de 1849, siendo diputado por primera vez, realiza Fidel una visita de ocho días a la ciudad de Puebla. Como ya es habitual en él, no habla del motivo del viaje y ni siquiera sabemos con precisión las fechas en que lo hizo. Exalta el paseo como un sueño largamente acariciado y sólo justifica su obligación de narrarlo por su papel de periodista.

"¿Viaje tenemos? Un hombre de mi calaña, que se pasea sin decir oste ni moste al público respetable, sería insufrible; sería una anomalía estupenda. Eso de arrojarse a escribir a la francesa, decidiendo en ocho días sobre el carácter, las costumbres, y todo lo relativo a un pueblo que apenas se conoce, que se ha visto como pasan las figuras de una linterna mágica, ¿para quién se deja, si no lo emprende un periodista? Este viaje a Puebla, así como el que tengo de hacer, si no me faltare vida, a mi amada Veracruz, fue por luengos años el sueño de oro de mi charla insaciable (...); El bosque, los ladrones, la venta, la aventura de amor, de amor de diligencia. ¡Oh, cuánta inspiración! ¡Cuánto embeleso!"³⁸

Prieto ha cumplido ya los treinta años de edad, y sus lecturas de aventuras folletinescas le han calentado la cabeza.

³⁸ *Ocho días en Puebla. Impresiones profundas, de un viaje arquitectónico, sentimental, científico y estrambótico* de Fidel (1849). En *Crónicas de viajes 2*, *Op.Cit.* p.157. La publicación por entregas en el famoso periódico de México de esa época (*El Siglo XIX*) se hizo en forma muy irregular entre julio y noviembre de 1849. Aunque Prieto anunció que publicaría ocho crónicas (una por cada día de su estancia en Puebla), diseñadas incluso para narrar sus "aventuras" en las mañanas y en las tardes, sólo aparecieron cinco y en forma muy irregular.

Le inquietan y excitan, como a muchos viajeros arrojados que iban a Puebla o Veracruz, los legendarios ladrones de los bosques de Río Frío, los sobresaltos, incidentes y sorpresas románticas de las famosas Diligencias, los hermosos paisajes de la zona, la vista de los volcanes, la extraña pirámide de Cholula, sus numerosas iglesias y por fin la hermosa llegada a esa ciudad fascinante que ha sido siempre Puebla.

Pero recuérdese que nuestro autor ya anda metido seriamente en la política. En tres años será incluso ministro de Hacienda. Sus desplazamientos por el país, aunque fueran cercanos a la capital, no podía ser ya por simple placer turístico y periodístico. Es probable que haya habido una invitación de por medio, con fines o al menos ciertos ribetes políticos. Pero de todo ello, si algo hubo en verdad, Fidel no suelta prenda en su relato. En vez de ello, se nos muestra como un inquieto investigador de cuanta cosa podía tener interés en Puebla. Se sorprende de que no existan estadísticas sobre la ciudad, aunque recuerda la relación hecha por Humboldt y aprovechada por Manuel Payno en su viaje a Veracruz (aquellas cartas que éste le habría enviado a don Guillermo a fines de 1843, publicadas meses después en *El Museo Mexicano*).

De todos modos, inicia su segundo artículo glosando detalladamente un trabajo de José Manzo publicado en 1833, cuyos datos se consideraban todavía vigentes en la visita de Prieto. Y a partir de allí, nuestro buen Fidel se lanza con decisión a describirnos las calles, edificios, iglesias, conventos (sobre los cuales nos proporciona por cierto un amplio cuadro estadístico), escuelas, bibliotecas, pinturas, esculturas, artesanías, sin olvidarse por supuesto de adornar sus narraciones con diálogos cultos o chispeantes, personajes interesantes o curiosos, cuadros de costumbres, tipos de gente y hasta unos "Apuntes sobre la instrucción pública en el estado de Puebla", que redactó con datos proporcionados por ami-

gos poblanos y que nos transcribe en la penúltima de sus "charlas periodísticas" (la del jueves en la mañana). En varias de sus descripciones se apoya en los relatos de Payno mencionados antes.

Desgraciadamente, con la "charla" del jueves (por la tarde) se trunca, una vez más, la narración de Fidel, a pesar de ofrecerse al final que continuaría. Como este último artículo es en realidad mucho más breve que los anteriores, debe suponerse que la vida inquieta, sobresaltada y errabunda de Guillermo Prieto no le dejó ya tiempo de cumplir con el ofrecimiento a sus lectores. Un posible "extravío" de las tres últimas entregas en la imprenta del diario me parecería una "explicación" bastante jalada de los pelos.

El diario de un invasor francés que nunca existió

Brinquémonos toda la década de los cincuenta, tal vez la época de mayor agitación en la tormentosa y excitante vida política de nuestro admirado Fidel. Dejemos atrás sus encarcelamientos y destierros por "órdenes supremas", así como su vinculación definitiva, orgánica al partido liberal *puro*, como ministro de Juan Alvarez, como infatigable tribuno en la Asamblea Constituyente del 56, y finalmente como miembro descollante y leal del gabinete del presidente Juárez, al que siguió, con todo y familia, en su largo peregrinar durante la Guerra de Reforma. Sólo nos saltamos trece años.

En 1862, Guillermo Prieto y sus amigos Francisco Schiafino y Alfredo Chavero, colaboradores todos ellos de la revista liberal *La Chinaca*, inventan un supuesto diario encontrado en la mochila de un soldado zuavo muerto en Barranca Seca. No es, pues, un verdadero relato de viaje de Fidel ni un escrito estrictamente suyo, sino un producto imaginario de carácter colectivo. En alguna parte se sugirió incluso que el único autor del diario imaginario había sido en

realidad Schiafino.³⁹ Sin embargo, al leer el desordenado texto es fácil advertir los distintos niveles narrativos, los diferentes estilos y la contrastante amenidad o buen humor que le imprimen las diferentes manos que lo redactaron.

Fue un *divertimento* satírico contra la invasión francesa y una forma de exaltar el triunfo mexicano en la batalla del 5 de mayo en Puebla. A sus lectores habrá sorprendido mucho que un simple soldado, desdeñoso e ignorante de las cosas de México, tenga tantos bríos literarios y aun cierta buena cultura que se va entreverando en su diario a medida que pasan los días. El casi ignorante que empieza a escribir cartas desde que venía a México en el barco *Foudre*, va desarrollando después una chistosa y a veces grotesca forma de narración (sobre todo por sus confusiones lingüísticas con los nombres indígenas del país), que no le impiden, sin embargo, juicios lapidarios sobre personajes mexicanos considerados traidores por sus compatriotas. Y no le falta desde luego su ingenua, pero genuina dosis de buen humor:

"Enero 25. Suena el rapel (llamado), el 99 toma las armas, el general Lagravière se ha apoderado del 'elefante' príncipe Alberto, que conducían por aquí unos maromeros, para llevarnos al combate. Repentinamente escuchamos por todas partes una algarabía y gritos, rompiendo los vientos, que decían: 'Vivan los franceses'. No nos había engañado Almonte...eran nuestros aliados...¡pero

³⁹ El periódico *El Federalista*, en su edición del 25 de junio de 1875, además de atribuir *La Chinaca* a "la imaginación brillante de Guillermo Prieto", afirma que en "aquella diminuta hoja se leían al lado de un sesudo artículo de Ponciano Arriaga, un *relance* de Vicente Riva Palacio, una letrilla de Prieto, un chispeante 'Diario de un zuavo' de Pancho Schiafino, y mil pullas picantes a Saligny y a Almonte" (citado por Clementina Díaz y de Ovando, "El Romancero. Escritor político y satírico", en C. Díaz y de Ovando et al, *Guillermo Prieto. Tres semblanzas*, México, Cuadernos de Humanidades 7, UNAM, 1977, p.17). Téngase presente, no obstante, que el supuesto diario apareció en *La Chinaca* a lo largo de 17 artículos, lo que haría pensar que el autor de la crónica de *El Federalista* no se refería en realidad sino al primero de ellos.

qué aliados! Los pericos, las guacamayas y cotorras, a quienes las modistas de Veracruz, para obsequiarnos, habían enseñado este grito simpático..."⁴⁰

Y por allí prosigue su diario el zuavo de variada personalidad, cuya ingenuidad en el relato se combina con la descripción alegre, los graciosos juegos de palabras con el francés y el español, sus pequeñas citas literarias, sus recuerdos de Francia, sus burlas zaherientes contra ingleses y españoles, su continuo interés en las viandas y bebidas mexicanas (¡ay, recuerdos de los vinos y el champagne de Francia!) y sus desdén por la caricatura de monarca que promete el archiduque austriaco:

"Respecto de Maximiliano, *ventrebleu!*, mentarlo y provocar la risa de todo el mundo, todo es uno; su candidatura se compara a la de Bertrand el aceitero, los más dicen que es contra la higiene y ataca la garganta aprender alemán. Esto de los reyes se toma aquí por una chanza, sólo hacen formales a los de la baraja, a que son muy afectos nuestros oficiales. Sea lo que fuere, hemos pasado el Rubicon y vamos a la *recherche de l'inconnu*".⁴¹

En algún momento el estilo de la narración cambia. Aparecen los diálogos, las aventuras y hasta las bellas y nobles mexicanas que sorprenden y conmueven profundamente a nuestro zuavo. Mejora la descripción de los lugares y paisajes, y el relato es más ameno. El zuavo se torna inteligente y bien enterado de la política mexicana. Incluso se manifiesta violentamente crítico de los jefes mexicanos que los han medido en esa gusanera y de su falta de orden y control para mantener su precaria autoridad.

⁴⁰ Impresiones de viaje (1862). Traducción libre del diario de un zuavo, encontrado en su mochila, en la acción de Barranca Seca. En: *Crónicas de viajes 2*, op.cit. p.209.

⁴¹ *Ibid.*, p.218.

"La anarquía, la pereza y el desorden, reinan constantemente entre los mexicanos traidores que tenemos por aliados, y Almonte y Márquez, y toda la banda de generales como se llaman entre sí, tienen que tolerar estas faltas de disciplina y de moral, por no verse abandonados de sus hombres y quedarse solos en el desierto con la risueña perspectiva de ser ahorcados".⁴²

El ahora inteligente zuavo se revela como un buen narrador. Se vuelve cronista de pueblos y costumbres en el buen estilo de nuestro Fidel. No obstante sus obligaciones guerreras, tiene tiempo de anotar todo lo que ve y buscarle una explicación, incluso histórica o etnológica si se trata de hábitos indígenas. Si es preciso se remonta a la época de los "aztecas primitivos". Le interesan las procesiones religiosas y las describe. Los coros, los faroles, las vestimentas: todo le atrae. Tiene también sus desplantes literarios, casi poéticos: "Todo lo que nos rodea se reviste de un prisma de poesía misteriosa, que inflama la imaginación".

Insiste en su repudio a Almonte, a Márquez y a los otros jefes mexicanos que ya no baja de "traidores". La llegada al valle de Puebla es impresionante para nuestro zuavo y sus compañeros, algunos de los cuales, "guiados por los traidores", se desprenden para merodear. Su descripción de la llegada a Puebla es digna de un narrador de la talla poética de don Guillermo Prieto: "En un horizonte lejano, y como iluminado por los rayos dorados del sol que se pone, aparecen mil torres y cúpulas moriscas de esmalte de colores. ¡Es Puebla de los Angeles!... Todo este valle está cubierto de una poesía vaporosa".

La noche del 4 de mayo los franceses hicieron sus cuentas alegres para después del inminente triunfo y nuestro inteligente zuavo nos relata los sueños en que habían sucumbido

⁴² *Ibid.*, p.231.

sus compañeros de armas. Iban a conquistar el antiguo imperio de Moctezuma, con todas sus enormes riquezas; iban a llevar a la Francia húmeda, lluviosa y gris el sol y la luminosidad del país que se disponían a conquistar. "Necesitábamos el cielo azul de México, su sol de vida, las sombras de sus grandes soledades, sus ríos llenos de chispas, sus océanos espléndidos". Y así se repartirían, por ejemplo, según les aseguró un oficial, diez mil ciudades, pueblos y aldeas, en donde cada uno de estos nuevos conquistadores serían amos y señores.

"Todas estas conversaciones tenían exaltada nuestra imaginación hasta el delirio; y como si no fuera bastante, la proclama del general Laurence (¿Laurencez?) que leímos a la lumbre del campamento, nos dio a cada uno la fuerza de cuatrocientos caballos. "¡Soldados! Mañana daremos la batalla de la civilización contra la barbarie. Nuestros cañones demolerán el imperio de Juárez, y la nieve de esos volcanes se derretirá al fuego de vuestras miradas. Estos indios están en la infancia del arte de la guerra. Apenas encontraremos enemigos que combatir. ¡He aquí la tierra prometida!...¡Soldados! haced alguna hazaña que os inmortalice, y México es para nosotros".⁴³

Pero al día siguiente, 5 de Mayo, el zuavo cambia de registro. Antes de la batalla le da por describir la arquitectura de Puebla, la historia de su fundación ("que hemos encontrada grabada en una simple piedra"), con fechas, datos estadísticos, nombres de personajes y otras minucias. La narración de la batalla y la derrota final del ejército francés reclama ya otra mano de narrador. El zuavo está muy bien informado de lo ocurrido e incluso anota en su diario los nombres de los generales que comandaban el ejército mexicano (sin errores de ortografía): Zaragoza, Negrete, Berriozábal, Lamadrid,

⁴³ *Ibid.*, p.238.

Tapia, Buchoni, Alvarez, Porfirio Díaz, Mejía (el liberal, por supuesto), Espinosa y otros...

En medio del desastre de las tropas francesas, ahora a la defensiva, con "¡mil y tantos camaradas de menos!", y en víspera de un ataque mexicano que no llegó a efectuarse, todavía tiene humor y tiempo el buen zuavo para pitorrarse en grande de Almonte y sus corifeos mexicanos:

"El general Almonte, cuyo personaje nos proponemos describir más detalladamente, nos presentó una colección de sus compatriotas que aún no están clasificados entre las castas conocidas. Raza singular de que no ha hecho mención el naturalista Buffon. Eran de todos colores, negros, azules, verdes y marmóreos, rosados, lilas, algunos amarillos con manchas de amaranto, otros encarnados escarlata con pintas azules...Estos individuos son habitantes de la tierra caliente a quien llaman pintos, verdaderos mosaicos animados".⁴⁴

Los tres articulitos finales son ya el relato de la retirada francesa y los continuos reproches a los traidores mexicanos que los habían engañado, asegurándoles que los poblanos los recibirían con lluvias de flores y coronas de mirto. Las tropas mexicanas los acosan continuamente. El 8 de mayo llegan a Amozoc, sólo para hacer una bilis: "Mil plañideras indias alquiladas por el Padre Miranda salen a llorar nuestra derrota. Galantería estúpida de la parte de este monigote". Pero también aparece una joven india, llamada Malinche, a pedirles ayuda para sofocar el incendio de su choza. Momento de gran galantería para los franceses, de quienes, por cierto, nuestro imaginario cronista nos cuenta lo que hicieron para asegurarles a los naturales del lugar sus pacíficas intenciones: bailar un *caucau* (can-can) borrascoso. Tenían razón: "El conquistador que danza, es un conquistador poco temible. Atila y Theodorico no bailaban jamás".

⁴⁴ *Ibid.*, p.244.

Y siguen huyendo los franceses hasta el artículo final aparecido en *La Chinaca*. Los últimos movimientos son lamentables. Para disfrazar su debilidad y sintiendo próximas la disolución y la muerte, se les ocurre una brillante estratagema: capturar un buen número de monos, de los que abundan en la comarca, enseñarles a gritar con júbilo y alegría y montarlos sobre los hombros de los soldados franceses, silenciosos y deprimidos, para no revelar su estado de ánimo. Pero he aquí que el olorcito de aquellos changuitos ruidosos produjo a todos una irrefrenable necesidad de estornudar. "La marcha se convirtió en un catarro estrepitoso" que produjo gran desbandada en todas direcciones.

Sólo lograron reunirse nuevamente en la cañada de Ixtapa, y descansando bajo los árboles pidieron agua. Les fue llevada en "guajes", vasos de madera que según el autor del diario producen el efecto de que el agua que contienen atonta y embrutece: "Esta es la causa porque se llama en este país *guajes* a los tontos". El zuavo supone que era a causa de esta agua que Saligny había escrito al emperador su nota más *foudroyent* (sic, por *fulminante*).

Pero las desgracias de los franceses no terminan ahí, con el agua en "guajes" para *guajes*, y se le acaba el papel a nuestro zuavo. Dejemos entonces que sea él quien nos cuente cómo, en medio de tantos tropiezos y desventuras, se salvaron finalmente de la furia enemiga:

"En medio de ese atolondramiento (por el agua en guajes) fuimos asaltados por una nueva plaga: el suelo se pobló de unos pequeños animalitos que trajeron en su invasión los norteamericanos, y que llaman los naturales *garepait* (garrapatas), conservando su nombre inglés... La picadura de estos animalillos produce unas cosquillas extraordinarias, al extremo que hemos visto morir de risa al teniente de la compañía y al tambor mayor, que eran personas muy graves en mejores días. La risa fue comunicativa, y esto nos salvó, porque el enemigo se acercaba en

gran número sobre nosotros; pero al vernos reír, ellos también se contagiaron de esta enfermedad, y ya nos pareció muy duro pelear con hombres tan alegres, por unas cuantas cuscas de las Tullerías, y el bribón tuerto de Saligny que lloraba por su único ojo mientras nosotros reíamos. Los zuavos han dado a este paraje el nombre de la Carcajada (*éclat de rire*).⁴⁵

A pesar de que allí lo sorprende la muerte y queda trunco su diario, con una fresca sonrisa (o carcajada, según sea el caso), nos despedimos del zuavo anónimo que inventó, entre otros, el buen Fidel.

La "excursión" a Jalapa de 1875

Nos vamos a saltar ahora otros trece años desde la publicación del diario imaginario del zuavo de Fidel y compañía. Don Guillermo Prieto, vuelto a la política activa como diputado por el Distrito Federal, con cincuenta y siete años a cuestas, viudo y abuelo ya, famoso como periodista, escritor, poeta, parlamentario, pero sobre todo como un verdadero prócer de la Reforma, hace un viaje a Jalapa en diciembre de 1875. "Excursión", la llama él, narrada en 13 cartas enviadas a su gran amigo del alma, Ignacio Ramírez, *El Nigromante*, y publicadas en la *Revista Universal* como entregas con paginación continua, que afortunadamente en esta ocasión lo gran aparecer completas.

Aunque sólo estuvo un mes en Jalapa, su gran verborrea narrativa convierte esta crónica en un sólido libro de 359 páginas, en las que volvemos a encontrar al Fidel de las descripciones, de las historias, de los diálogos picantes y humorísticos, de los cuadros de costumbres, de las leyendas mágicas, pero también de los datos estadísticos, geográficos, demográficos, educacionales, económicos y muchos otros.

⁴⁵ *Ibid.*, p.165. Subrayados del original.

Si bien la duración de la visita a Jalapa es corta (lo que justifica plenamente su inclusión en la miscelánea de viajes menores), la pluma de don Guillermo es como siempre inquieta y acelerada. No parece detenerse nunca.

El voluminoso libro que surge de esa corta "excursión", escrito por primera vez quizás con calma y serenidad, vuelve a llenarse de romances, redondillas, coplas y cuanta forma poética persigue al autor. Pero es una narración sabrosa, divertida, alegre, ingeniosa, crítica, truculenta en ocasiones, incluso muy amena a pesar de su constante afán descriptivo, minucioso, pseudo enciclopédico y esta vez veladamente político.

Desde su salida de la Ciudad de México, primero por el ferrocarril, hasta Perote, donde debe cambiar de ruta y de transporte (ahora será en diligencia), empieza el relato de Fidel, entre quejumbroso y humorístico. Desde su primer traslado a Zacatecas, treinta y tantos años atrás, los ajetreados viajes en diligencia siempre le proporcionaron buenos motivos para inventar acciones chistosas, personajes estrambóticos, diálogos picantes y un sinfín de incidentes morrocotudos, incluso concupiscentes. A estas alturas de su vida, en plena madurez y con unas vacaciones tranquilas en Jalapa, nuestro autor suelta la pluma y empieza el culebrón. Y ello a pesar de que en el "empaquetamiento" de las horas pasadas en la diligencia su brazo había quedado semiparalizado: "Aquí suelto la pluma, Nigromante querido, porque mi brazo no está completamente listo, desde que vino aprensado (sic) durante tanto tiempo del modo que tengo explicado".

Como en el trayecto le había impresionado mucho la cuesta de San Miguel del Soldado, nada mejor para describir sus impresiones que enviarle a su amigo, en la siguiente carta, unas cuantas coplas que llenan con facilidad más de siete páginas. Y luego de instalarse cómodamente en la Casa de las Diligencias de Jalapa, llamada allí "Hotel Veracruzano",

comienza a recibir de inmediato numerosos visitantes, entre ellos el propio gobernador del estado. Don Guillermo es una figura política e intelectual conocida nacionalmente. Pero apenas logra zafarse de los compromisos oficiales, quiere ver a la ciudad y su gente desde la ventana de su cuarto. No fue muy buena su primera impresión general, aunque el ahora coqueto Fidel no le quita el ojo a las damas:

"Rabiaba por tener materiales para escribirte mis impresiones de viaje; coloqué el daguerrotipo de mis observaciones en mi ventana y ¡oh dolor! muy poco encontraba digno de contarte...Mujeres de enaguas de géneros lijeros (sic), hombres en mangas de camisa o chaquetas blancas; clase media con sus sacos rabones, personajes de levita y sorbete que indican su carácter oficial...Interrumpe esta monotonía la polla garbosa con su vestido de luenga cauda, su peinado lleno de listones y de flores y su garbo y sus ojos que para mí importaban una especie de alucinación".⁴⁶

La descripción de Jalapa es minuciosa, a veces con mucha alegría, otras no exenta de quejas y reproches, pero siempre buscando mantener el interés en su narración. Y luego sus numerosas reuniones o visitas, con diálogos alegres y chispeantes. Le interesan mucho los sistemas y métodos educacionales. Vuelve a la estadística: escuelas públicas, privadas, para hombres y para "hembras" (sic), etcétera. Al conocer mejor Jalapa, incluso con una topografía que amenaza constantemente su salud o tal vez su misma vida (según sus divertidas exageraciones), Fidel acaba extasiado con la belleza de la ciudad. No encuentra palabras, adjetivos, invocaciones, frases suficientes para expresar su desfalleciente amor por Jalapa. Echa mano de todos sus recursos poéticos o humorísticos, según sea el caso:

⁴⁶ Una excursión a Jalapa en 1875. Cartas al Nigromante. En: *Crónicas de viajes* 2, Segunda parte, *op.cit.* p.199.

"Es el jubileo de la luz, el escándalo de los colores, la efervescencia de los sonidos, la convulsión de los perfumes embriagadores. ¡Cuadro magnífico! ¡Epopéya de la hermosura! ¡Sensualidad incomprensible del infinito! Jalapa es el harem de los sentidos... Esa es Jalapa viva: Jalapa tras la niebla es una beldad que se sospecha existiendo envuelta en su mortaja".⁴⁷

Por ahora es el poeta declarando su amor. Después vienen el elogio a ciertas personas de su estimación, a la eficacia de sus empresas, negocios o fábricas. Algunos de esos amigos o conocidos tenían que detener abruptamente sus expresiones de efusividad, como el propio Prieto lo cuenta: "Cuando elogiaba yo con entusiasmo la fábrica del *Dique*. El don Severo aquel cejijunto y de mal modo me decía: ---Nada de arrebatos poéticos; ya verá usted la fábrica de Sá-yago; ya verá usted la de Landero..." El entusiasmo era por fábricas de la industria algodonera de Jalapa en esa época, a la cual dedica páginas enteras con datos estadísticos y anotaciones interesantes, como la de aquel ferrocarril de tracción animal que existía ya entre Jalapa y Veracruz.

Pero luego aparecen sus quejas y rezongos cuando debe trajinar por las calles empedradas y empinadas de Jalapa, el "harem de los sentidos": "Con equilibrios indescriptibles atravesamos la serranía hipócrita que ha dado esta población en llamar calles..." Sin embargo, se reconcilia con la ciudad cuando aparecen los viejos amigos que lo llevan a lugares afamados en esos días, como el "Casino" y sobre todo el famoso "Eden" jalapeño, que es en realidad un teatro de zarzuelas y comedias, pero también una institución de enseñanza en música y declamación, artes muy respetadas en la sociedad mexicana de ese siglo.

⁴⁷ *Ibid.*, p.214.

Bueno, en fin, una parte de la sociedad: la clase media, que tanto aprecia Prieto en el México de sus tiempos ("El 'Eden' es el paraíso de la clase media sin que le desdeñen personas de elevada clase"). Luego una visita improvisada a una casa española donde lo inquietan las bellas jóvenes cantantes y termina la larga velada en el "Casino", con sus billares, sus juegos de cartas y su gabinete de lectura. Esa noche, de tantas emociones imprevistas, don Guillermo no puede dormir y aprovecha para terminar el día y la carta al Nigromante componiendo una alegre "Canción Leperusca".

Los ojos y la pluma de Fidel no se detienen ante nada: edificios, iglesias, conventos, historia de Jalapa, muy ayudado por el libro de García Cubas; pero no deja pasar oportunidad para enaltecer la belleza de las jalapeñas, de cualquier clase o grupo social, cuidándose por supuesto de no parecer concupiscente. Viaja por los alrededores de Jalapa y también por la historia de la ciudad, gracias a un extraño personaje, Bonifacio Pampontata, que una noche lo despierta y lo invita a recorrer la ciudad, pero en la ciudad tal como era medio siglo antes.

Don Bonifacio lo lleva a una extraña reunión que se celebraba allá por los años 1825. Le presenta a sus primas Ana, María y Mariquita, y enseguida lo introduce con doña Pepa Antunes, doña Sabina Barlovento, don Lino del Virrete. "Cerca de quinientos años completábamos entre todos los concurrentes, divina tertulia, yo me sentía joven aligero (sic), casi seductor. D. Bonifacio quedó satisfecho del aplomo con que me incrustó en aquel cuadro de los tiempos que fueron".

Y después de describir brevemente a cada uno de estos personajes, empieza la verdadera sesión: una función de teatro en la antigua Jalapa, en la que además de los personajes anotados interviene también Fidel, muy conocido entre la concurrencia. Mediante el diálogo entre todos ellos le relatan

al personaje Fidel cómo eran la ciudad, los lugares famosos, las costumbres y aun la forma como vestían las mujeres. Ellas le interesan muchísimo, por ello pregunta: "¿Y las mujeres del pueblo bajo? (con hipócrita indiferencia)". Terminada la sesión, nuestro autor, a manera de contraste, nos transcribe un largo romance a Tomás Mesa, portero de la posada en que vivía. Y con dicho romance, también concluye la carta al *Nigromante*.

Pero el gran Fidel nos tiene guardadas dos sorpresas, una tal vez por descuido o por saber que su amigo al que le escribe está al corriente de lo que hay detrás de la "excursión" a Jalapa. Describiendo las calles y paisajes de la hermosa ciudad, de pronto, sin previo aviso, nos dice: "Otra vez visitaba con Iglesias la imprenta elegante y perfectamente ordenada de mi querido amigo Agustín Ruiz..." Nos enteramos así de que José María Iglesias, amigo íntimo de Guillermo Prieto desde la juventud, y Presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, andaba también (¿casualmente?) por Jalapa en esos días.

La otra sorpresa es una explicación que le hace su amigo y *cicerone* Joaquín Lezama, habitante de Jalapa, sobre dos casas juntas, con especial importancia en la historia de México:

"Fíjate bien en esas dos casas. Esta es la segunda calle principal; antes tenían todas esas ventanas sus barrotes negros, y sus celosías formaban una sola casa. Se verificó la división: una sigue con sus ventanas de palo, la otra con sus verjas elegantes de fierro. Donde están las ventanas de palo nació don Antonio López de Santa-Anna y acaso su hermano Angel, de quien es parecidísima la firma, como has visto. En la que hoy es sala de Landero, nació el Presidente de la República Lerdo de Tejada y varios de sus hermanos".⁴⁸

⁴⁸ *Ibid.*, p.304.

Fidel asiste a tertulias y fiestas donde por supuesto le piden leer sus composiciones poéticas, las cuales nos transcribe siempre, junto con la descripción de los lugares, las damas, los amigos, y todas esas pequeñas historias que le cuentan y que a veces llama "leyendas". Se interesa por los indios de Jalapa, a los cuales encuentra limpios, hacendosos, inteligentes. Los que más le interesan son los de Amatlán, Antigua, San Carlos, Actopan, Papantla y Misantla. Pero, por encima de los indios, lo que más parece gustar a don Guillermo son las mujeres, sobre todo las jóvenes bonitas que declaman y tocan el piano. Como él mismo nos dice: es ya un "viejo verde".

Dice que debe partir de regreso a México, pero sus amigos, especialmente el dueño de la posada en que habita, le insisten en que se quede al menos a la fiesta de Noche Buena. Acepta y la describe con todos sus personajes y detalles: caballeros, damas, vestimentas, bailes, sobre todo algunos de ellos que le impresionan mucho. Y las mujeres, que lo traen loco: "Algunos intervalos de baile los llenó como una maga, María Pérez Redondo, esa pícara muchacha que es mi perdición, haciendo desarrugar hasta la fisonomía de José María Iglesias, tan naturalmente grave e inmovible". ¿Ah, sí?, nos preguntamos todos: ¿Conque otra vez reaparece Iglesias al lado de Fidel? También de fiesta por supuesto. Pero llegaron los brindis y los discursos, y en esta ocasión Prieto ya no puede esconder a su amigo en el closet o en la sombra de la narración:

"Habló en medio del silencio universal José M. Iglesias. ¿Quién no conoce a Iglesias, y quién no admira a Iglesias cuando habla? Cuerpo regular, fisonomía pálida y enfermiza, encallejonada en tupidas patillas, no abultadas y entrecanas; frente notablemente abovedada, y de la que se enseñorean la inteligencia y la bondad; los anteojos roban la apacibilidad de su mirada; la boca grande deja ver una blanca y perfecta dentadura; al hablar sus labios

tiemblan, y el que está a su lado, percibe cierto ruido nasal resultado de una manía antiquísima...Habló Iglesias aprovechando la ocasión de manifestar su gratitud y sus simpatías por Jalapa".⁴⁹

Era la despedida de los políticos y amigos que debían regresar a México, como el propio Fidel, quien todavía tiene tiempo de contarnos un sueño en que se vuelve a hablar de la historia de Jalapa, de sus personajes distinguidos, entre ellos los familiares famosos del entonces presidente Sebastián Lerdo de Tejada. Curiosas las asociaciones oníricas de don Guillermo. Luego comentaremos algo relacionado a ellas.

Su última carta al *Nigromante* es en realidad toda una exaltación de lo que más le había fascinado de Jalapa: sus hermosas mujeres. Escuchémosle por última vez en este arrebató lírico, antes de que emprenda el regreso: "A la jalapeña es necesario verla y admirarla en Jalapa, como a la flor en su tallo, como al pez en el agua, como a la mariposa volando sobre las flores: la jalapeña en Jalapa, es la mirada de aquella luz vibrante y amorosa; es el perfume de aquel vergel inmenso; es la palpitación apasionada de aquella naturaleza exuberante; el rayo de luna de aquel éter; el serafín de aquellos cielos; la condensación y la forma de tanta embriagadora hermosura...Aisléme en efecto de todo el mundo; no quería se evaporase un acto de mis impresiones, hubiera querido que Jalapa se me hubiese aparecido en figura de labios de hermosa para devorarla a besos". Y remata, dolido de su vejez, con un divertido romance en el que relata porqué debido a su edad se ha salvado de intemperancias y bodas semanales...

⁴⁹ *Ibid.*, pp.426-427.

Prieto e Iglesias: ¿Excursionistas en Jalapa?

Pero decía yo al principio que su narración es "veladamente política". Como es ya su costumbre, hábito, estilo, truco o manía literaria, Fidel no explica en ningún momento la razón de su viaje a Jalapa. Pero a lo largo de sus cartas al *Nigromante*, y no obstante la discreción con la que se refiere a personajes políticos importantes de esa época que de pronto van apareciendo en el relato, es obvio que el paseo por la ciudad veracruzana tiene un fondo político que probablemente sólo esclarecen acontecimientos y documentos posteriores, entre ellos el propio viaje a los Estados Unidos que Fidel nos va a narrar en tres suculentos tomos de más de quinientas páginas cada uno.

Atemos algunos cabos que tal vez nos permitan formular aquí, brevemente, una tentativa hipótesis subyacente sobre esa "excursión" a Jalapa. Prieto era un viejo e íntimo amigo y correligionario de José María Iglesias, con quien compartía desde la guerra con los Estados Unidos y aquellos famosos *Apuntes* sobre ella, una cercana colaboración periodística y política. En 1875, siendo presidente de la república Sebastián Lerdo de Tejada e Iglesias presidente de la Suprema Corte de Justicia y vicepresidente de la república (de acuerdo con la Constitución de 1857), surgió entre ellos un creciente desacuerdo y hasta un conflicto de poderes que orilló a Iglesias a presentar su renuncia a la Corte, lo que habría afectado políticamente a Lerdo por ser el rango de Iglesias de nivel nacional y además de origen electoral, como el del propio presidente de la república.

Por insistentes presiones del presidente Lerdo, Iglesias retiró su renuncia pero subsistió la animadversión entre ambos. Se sabía que al concluir su mandato presidencial Lerdo buscaría su reelección a pesar de haber entonces gran desorden en numerosos estados del país. Las supuestas elecciones

se celebrarían a mediados de 1876. Iglesias y sus amigos eran antireeleccionistas, y empezaron a trabajar en contra de las maniobras de Lerdo. Su argumento principal era que no existían condiciones en el país para garantizar elecciones libres, legítimas y suficientemente representativas de la voluntad del pueblo mexicano.

Simular elecciones sin muchas bases legales equivalía a un fraude electoral. En caso de llegar a ese extremo, la Suprema Corte podría declarar ilegales dichas elecciones, lo que entonces haría operar lo establecido en la Constitución: asumiría la presidencia el vicepresidente legalmente electo como presidente de la Suprema Corte. En este caso sería entonces presidente de la república José María Iglesias.

Este era el ambiente político que agitaba a México a fines de 1875, y resulta sorprendente, a un lector enterado de esos sucesos, encontrar en la crónica de "excursionista" de Fidel, que en ciertos lugares o en tertulias, de pronto aparece "el señor Iglesias", como caído del cielo, y hasta dice un breve y aplaudido discurso, después de lo cual vuelve a la sombra de la narración. Pero así como una o dos veces nos enteramos que José María Iglesias también andaba "por casualidad" de visita en Jalapa, igualmente aparecen por allí, o se les menciona al menos, algunos otros personajes políticos, como Joaquín Alcalde, oriundo de aquella ciudad y también diputado como Prieto, y algunos otros políticos de la época que un año más tarde volveremos a ver formando parte del efímero e itinerante gobierno del presidente José María Iglesias.

La hipótesis parece ahora muy simple: a invitación de alguna familia pudiente de amigos políticos, o cubriendo personalmente sus gastos en la ciudad, se reúne en Jalapa un pequeño pero importante grupo de políticos antireeleccionistas, que indudablemente actúan ya en torno a Iglesias en previsión de los inminentes acontecimientos políticos. No es

casual (y Fidel no quiere o no puede evitar mencionarlo) que sea precisamente Iglesias el orador en la cena de Nochebuena, encargado de agradecer a los jalapeños las atenciones recibidas. Como Guillermo Prieto también ha sido expositor mimado en algunas reuniones de Jalapa, es probable que su encendido elogio a las capacidades oratorias de Iglesias sea una buena justificación de que haya sido él quien dijera el discurso de agradecimiento y despedida. Esta "excursión" a Jalapa (de ahí las comillas persistentes) resulta entonces precursora del viaje de exilio del gabinete de Iglesias, y su crónica escrita por Prieto se vincula así, como decía al principio, al *Viaje a los Estados Unidos* por Fidel, del que hablaremos enseguida.



EL VIAJE A LOS ESTADOS UNIDOS PRIMER VOLUMEN

La "Cajita de vidritos"

Una vez más, don Guillermo Prieto va a hacer de su viaje por los Estados Unidos, de enero a julio de 1877, un fabuloso relato de viajero, quien, sin embargo, como es ya costumbre en sus narraciones, no explica en ningún momento el motivo o la causa de esa prolongada estancia en el vecino país. Después de contarnos en su *Prólogo* ("¡Por vida del Prólogo!", dice simulando fastidio) los juegos de su infancia y su afición permanente a los caleidoscopios o "cajitas de vidritos" donde pueden verse todos los lugares del mundo soñados y apetecidos, nos advierte que su obra sobre el viaje a los Estados Unidos es sólo eso, una simple *cajita de vidritos*:

"¡Buen chasco se lleva quien busque en este libro observaciones profundas, estudios serios, animadas descripciones, sino en descolorida imitación los vidritos del cuento! Los míos han sido viajes al vapor, siempre con el pie en el estribo y cantando como el soldado de la zarzuela:

Siempre sin dormir,
siempre sin cenar;
qué vida tan perra
la del *melitar*.

Es decir, se trata de charla, y charla tendrán los que quieran comprar esta cajita de vidritos".⁵⁰

Inicia, pues, su "charla" con una remembranza histórica interesante, cuando en ese mismo puerto de Manzanillo,

⁵⁰Viaje a los Estados-Unidos, por Fidel. En: *Crónicas de viajes 3, (Obras Completas, VI)* México, CNCA, 1993, p.17.

veinte años atrás, en 1858, se embriagaba de luz con "la grande epopeya de la Reforma" y llegaba entonces a ese lugar con sus compañeros de la *Familia Enferma*, Juárez, Ocampo, León Guzmán, Manuel Ruiz, Francisco Cendejas, Matías Romero y otros. Nos cuenta incluso cómo, habiendo él llegado enfermo y con grandes deseos de ver la bahía, entre Juárez y Ocampo, haciendo silla con las manos, lo pasearon por la playa haciéndole sentir como si estuviese en el primer trono del mundo.

Pero no nos informa en modo alguno la causa de que veinte años después se encuentre en ese mismo lugar para embarcarse en el vapor "Granada" que habría de *llevarlos* a Mazatlán. El plural sólo se explica porque nos ha dicho que iba en compañía de Joaquín Alcalde, aquel jalapeño que apenas menciona de pasada en su "excursión" a Jalapa, en diciembre de 1875. Aunque don Guillermo no lo dice, sabemos que Alcalde era también diputado como él y firme partidario de José María Iglesias, en su pugna con el presidente Lerdo de Tejada.

Esta compañía nos hace ya sospechar del misterioso viaje que Guillermo Prieto va a iniciar y el cual nos relatará en una "charla" familiar de más de mil quinientas páginas, dividida en tres gruesos volúmenes. ¿Adónde, por qué y con quiénes va Prieto? Nunca suelta prenda nuestro autor; por su "charla", a lo sumo, nos enteramos paulatinamente de algunos compañeros de viaje que van apareciendo en la crónica, unos con más frecuencia y otros sólo en ocasiones. Y hay inclusive algunos otros, como su propio hijo y el de Iglesias, que aparecerán sorpresivamente cientos de páginas más adelante, al ir y regresar de las Cataratas del Niágara, sólo para despedirse días después de sus respectivos padres.

Es obvio que en este relato Fidel deliberadamente se torna un narrador sibilino, escurridizo, ultradiscreto y rodeado todo el tiempo de misterios y secretos, que tanto le han fas-

cinado siempre. Es muy probable que al preparar la publicación de sus tres volúmenes de viaje a los Estados Unidos sabía sin duda, tal vez en forma muy general, que su viejo amigo José María Iglesias, a cuyo lado había realizado ese viaje, había empezado a escribir un libro donde narraba, sin retrueques literarios, la historia del origen y las razones de ese periplo.

El libro de Iglesias, publicado hasta 1892, es decir, quince años después de escrito, es nada menos que *La cuestión presidencial en 1876*, que inspiraría unos pocos años más tarde los trabajos de Francisco I. Madero, entre otros el más famoso de todos: *La sucesión presidencial en 1910*, cuyos efectos políticos y de toda índole habrían de inaugurar el siglo XX en México. En nuestro caso, la obra de Iglesias, escrita en Nueva York entre mayo y septiembre de 1877, cuando andaba aún en el exilio con los últimos vestigios de su gobierno, es de primordial importancia para entender el lado oculto de la crónica de Prieto, su cara escondida o (llamémosle así) "secreta".

Al leer las dos obras, no obstante su enorme diferencia en extensión, estilo, propósitos, temas y significación histórica, queda uno tentado a calificar el libro de Prieto como la versión externa, visible y callejera (en el mejor y más sano de los sentidos) del trabajo de Iglesias; o a la inversa, si se quiere: considerar al libro de éste como el subsuelo escondido, la veta invisible de la gran crónica de Prieto.

En cualquier caso, creo que el relato de viaje de Fidel cobra una dimensión adicional y muy importante si al leerlo se tienen presentes algunos hechos centrales, de carácter político, que relata Iglesias. Un profesor exigente pediría que antes de zambullirse en los tres tomos de Fidel sobre su viaje a los Estados Unidos, debería leerse la obra de José María Iglesias.

La "cronica secreta" del viaje

No intentaré desde luego hacer un resumen del libro de Iglesias, pero sí creo que es útil enmarcar históricamente la crónica de don Guillermo con la ayuda de ciertos datos y acontecimientos que encontramos en aquella obra. Retomaremos, pues, el hilo político que dejamos suelto en la "excursión" de Fidel a Jalapa a fines de 1875. Recordemos que andaba por allí un grupo encabezado por José María Iglesias que no veía con buenos ojos una posible e ilegal reelección del presidente Lerdo.

Las elecciones presidenciales para reelegir a Lerdo de Tejada se celebraron en julio de 1876, como estaba previsto, no obstante que en por lo menos nueve estados de la república se vivía un enorme desorden político por diferentes cuestiones locales, pero agudizadas por la publicación en marzo de ese año del Plan de Tuxtepec en el que se desconocía al presidente Lerdo y se designaba a Porfirio Díaz como jefe del llamado Ejército Regenerador. El proyecto implicaba rechazar la validez de la reelección de Lerdo de Tejada, aplicar lo establecido en la Constitución, es decir, designar a Iglesias presidente sustituto, pero sobre la base de que aceptara reconocer el Plan de Tuxtepec, que otorgaba todo el poder real a Díaz.

Iglesias rechazó esta fórmula repetidas veces, pero también se dispuso a desconocer la validez de la reelección de Lerdo y asumir el cargo, como lo establecía la Constitución, al margen de las ofertas tuxtepecanas. Para actuar en esa forma, era indispensable esperar la declaración formal del Congreso, que no se ocupó del asunto sino hasta el 26 de octubre de ese año. Pero Iglesias, sabedor de que el gobierno lo vigilaba y tal vez lo encarcelaría con cualquier pretexto, se "escapó" de la capital el 10. de octubre mediante una huida rocambolesca cuya narración es divertida e interesante

por los personajes que intervinieron en ella y la ingenua y graciosa seriedad con que la describe Iglesias:

"Fijada mi salida para el 1o. de Octubre, se efectuó de la manera combinada. En la tarde de ese día, lluviosa y desapacible, fui en coche con la familia al Paseo de Bucareli, cuidando de pasar por las calles más concurridas. En el Paseo después de algunas vueltas para ser bien visto de mis conocidos, paró el coche al oscurecer en la glorieta contigua a la garita de Belem. Entrada ya la noche, llegó allí otro carruaje, que era el de D. Francisco G. Prieto, hijo de mi amigo Guillermo. Ese joven iba de cochero, para que el secreto se conservase mejor...Trasladándome violentamente de uno a otro coche, sin ser visto de nadie, el de Prieto tomó el camino de Tacubaya por la calzada Reforma...Llegados a Tacubaya, Garay (un diputado que iba como señuelo en el coche del joven Prieto, FLC) se volvió a México y yo me quedé a pasar la noche en la casa de mi amigo Guillermo Prieto. Allí se arregló la manera con que había de disfrazarme para mayor seguridad. Al día siguiente, acompañado de su hijo Manuel me dirigí al camino de Toluca".⁵¹

Iglesias llegó a la diligencia que saldría a Toluca, en cuyo interior ya lo esperaban el diputado Joaquín M. Alcalde y uno de sus hijos. Pocos días después, se les unieron Guillermo Prieto y su hijo Francisco "con la firme resolución de seguir mi suerte, cualquiera que fuese". Poco después se les unieron el general Berriozábal, ilustre juarista y respetado militar, así como otros políticos enemigos de la reelección y más aún del fraude electoral.

El 26 de octubre apareció el decreto del Congreso en que se declaraba la reelección de Lerdo de Tejada y el 28 del mismo mes se publicó el *Manifiesto a la Nación* de Iglesias, en su calidad de Presidente de la Suprema Corte, desconociendo la validez de esa reelección. Pero antes de publicar

⁵¹ José María Iglesias, *La cuestión presidencial en 1876*. México, Tip. Lit. de Filomeno Mata, 1892, pp.52-53.

dicho documento, Iglesias analiza detenidamente el decreto del Congreso en su libro, y en su calidad de abogado brillante va refutando uno por uno los argumentos en que se pretende sustentar dicho decreto, tanto en el derecho como en la historia. Su alegato es demoledor, pero destaca uno de los argumentos principales, que sin duda debe haber impresionado profundamente a don Francisco I. Madero:

"Por regla general puede sentarse, que las irregularidades o vicios de las elecciones, dependen de la falta de popularidad de la persona a quien se quiere elevar al poder. Cuando el entusiasmo popular se declara de una manera franca e inequívoca en favor de un determinado candidato, ninguna necesidad hay de ocurrir a medios ilícitos, para alcanzar un triunfo asegurado de antemano por un verdadero prestigio".⁵²

El *Manifiesto* de Iglesias fue un golpe mortal a las aspiraciones reeleccionistas de Lerdo, sobre todo porque su posición perdía cualquier base de legalidad que pretendiera oponer al movimiento insurreccional de Porfirio Díaz y su Plan de Tuxtepec. A pesar de todas las críticas y los reproches que le hicieron los partidarios de Lerdo, muchos de ellos viejos y prestigiosos amigos del propio Iglesias, el planteamiento jurídico y político de éste tuvo la plena aprobación de los hombres más ilustres y famosos de esa época. Entre otros, destacaban diputados, ministros de la Suprema Corte, políticos, militares y escritores como Manuel Alas, Joaquín M. Alcalde, Ignacio M. Altamirano, Alfredo Chavero, Eduardo Garay, Trinidad García de la Cadena, José García Ramírez, Francisco Gómez Palacio, León Guzmán, Jorge Hammeken, Alfonso Lancaster Jones, Agustín López de Nava, Rafael Martínez de la Torre, Ezequiel Montes, Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez, Vicente Riva Palacio, Joa-

⁵² *Ibid.*, p.63.

quín Ruiz, Manuel Sánchez Mármol, Justo Sierra, Ignacio L. Vallarta, José María Vigil, Eduardo Zárate, Julio Zárate y muchísimos más.

La posición oficial de Iglesias era ya otra: de acuerdo con la Constitución de 1857, vigente aún, dejaba de ser el presidente de la Suprema Corte para ocupar el cargo de Presidente interino constitucional de la República por ministerio de la ley, "a consecuencia de la acefalía en que había quedado la Nación desde el momento en que su primer Magistrado rompió los títulos de su legitimidad". El *Manifiesto* de Iglesias establecía varios "puntos capitales" de su gobierno, pero había uno que era indudablemente el fundamental: "Como necesidades de la actualidad, aparecían la de la no reelección, respecto de la cual se ofrecía que se iniciaría desde luego la correspondiente reforma constitucional". Este "punto capital" sería treinta y tres años después la causa y razón de un cambio colosal en todo el país.

Pero el nuevo Presidente de México, además de un programa de gobierno, necesitaba un gabinete de secretarios del despacho (o de "Estado", como se dice hoy). No le fue nada fácil por la situación turbulenta del país y su alejamiento de la capital, donde estaban varios de sus prospectos. Después de muchas pláticas, propuestas, defecciones y otros obstáculos, Iglesias pudo hacer finalmente algunos nombramientos: *Gobierno*, Guillermo Prieto (aunque volvió por algún tiempo a... ¡*Hacienda!* ; *Relaciones*, Francisco Gómez Palacio; *Guerra*, el general Berriozábal; *Hacienda*, Emilio Velasco (encargado del despacho); *Fomento*, Joaquín Alcalde; *Justicia*, Alfonso Lancaster Jones. Además, nombró a algunos oficiales mayores, como el licenciado Velasco, que entonces eran algo así como subsecretarios del despacho. El proceso duró desde el 28 o 29 de octubre hasta mediados de diciembre.

A fines de diciembre, la situación del gobierno de Iglesias era no sólo insostenible sino realmente desesperada. El

21 de diciembre, Iglesias se había entrevistado con Porfirio Díaz en la hacienda de la Capilla, sólo para hacer un papel lamentable y lastimoso: el caudillo militar lo humilló minimizando el interés de la entrevista e, incluso, se rehusó terminantemente a que Iglesias, el verdadero presidente constitucional del país, pasara la noche en la hacienda para evitar los riesgos del camino, pues había llegado casi sin protección militar.⁵³

En consecuencia, el 23 de ese mes, se celebró una importante reunión con una comitiva del Congreso de Guanajuato (uno de los dos estados de la república que apoyaban el gobierno de Iglesias), a la que asistieron los generales con mando de fuerza y cuatro de los ministros del itinerante gobierno. En dicha reunión, donde se hizo un balance completo de la situación, el ministro de Guerra, Berriozábal, propuso rendirse cuanto antes a Porfirio Díaz, sin ninguna condición y disponiéndose los integrantes del gobierno a sufrir todas las consecuencias de su conducta. Los otros tres ministros presentes se opusieron a esta decisión, pero es interesante oír lo que expuso entonces el gran Fidel: "El Sr. Prieto fue quien habló con mayor fuego, expresando que a su juicio el deber exigía no someterse, y que esta consideración debía sobreponerse a todas las demás, cualquiera que fuese su importancia".

Aunque la *débaçle* del efímero gobierno de Iglesias era inevitable, había tal voluntad en sus pocos miembros de se-

⁵³ "Ya al despedirse el Sr. Díaz, le pregunté si no habría inconveniente en que permaneciera aquel día en la hacienda de la Capilla para regresar el siguiente a Celaya, en razón de haber andado ya doce leguas el tiro del carruaje en que había yo ido y no ser fácil que volviera a andarlas de vuelta inmediatamente. El Sr. Díaz manifestó repugnancia a que me quedara, diciéndome que para la rápida campaña que había emprendido, necesitaba tener expedito su tiempo..." *Manifiesto del Presidente Interino Constitucional de la República sobre las nuevas negociaciones seguidas con el Sr. Don Porfirio Díaz, y los últimos acontecimientos*. En: J.M. Iglesias, *op.cit.* p.395.

guir adelante que allí empezó en realidad la penosa retirada hacia Guadalajara, primero, y luego a Manzanillo, en un trote sobresaltado que tanto debió recordarle a Guillermo Prieto aquel otro repliegue accidentado y casi fatal de la *Familia Enferma* (como él la llamó siempre) de 1858, en una marcha errabunda que también se había iniciado en Guanajuato. Habían pasado casi dos décadas. ¿Habrían ciertas repeticiones en la historia?

De Manzanillo a Mazatlán: La "cajita de vidrios" y la "crónica secreta"

Por lo pronto, volvamos al relato de Fidel. Lo habíamos dejado a punto de embarcarse, junto con Joaquín Alcalde, en el vapor *Granada*, con bandera de los Estados Unidos, rumbo a Mazatlán. ¿Por qué en ese barco y por qué hacia Mazatlán? Prieto sólo se solaza en describirnos el moderno barco en que viaja, sus dimensiones, corredores, camarotes, incluso el del capitán, y empieza a descubrir a las deliciosas *ladys* y sus encantos. Aparece de pronto Ramón Alcalde (¿hermano de Joaquín?) y conmueve a los pasajeros con su artístico manejo del piano y sus hermosas melodías, sobre todo la canción *La Paloma*, la famosa canción habanera y chinaca, "esa Paloma comprometedora e insurgente, que no puede escuchar con calma ningún ente de razón". Y nos describe, por fin, la llegada a Mazatlán, donde habían pensado descender y quedarse, aunque "los hados lo dispusieron de otra manera, y de un modo inesperado, instantáneo, nos encontramos con que debíamos seguir a California". ¿Qué pasó? ¿Por qué ese cambio repentino? Fidel nada dice y sigue adelante con su relato. Sólo menciona que en Mazatlán se completó la "desmembración" del grupo embarcado en Manzanillo. Y siguen los misterios de nuestro narrador...

La "crónica secreta" nos da otra versión más dramática y realista. José María Iglesias y los miembros de su gobierno habían llegado a Manzanillo perseguidos por las fuerzas de Díaz, pero esperanzados todavía en algunos acontecimientos políticos que podían aún cambiar la situación: varios gobiernos locales (Sonora, Sinaloa, Durango, Zacatecas, Guerrero) seguían en pie de lucha en defensa del gobierno constitucional. Contaba también el apoyo de la "flotilla" del Pacífico (unos cuantos vapores de guerra de la "Armada" mexicana) y algunos otros focos de resistencia al "ejército regenerador" de Porfirio Díaz.

Lerdo había abandonado la capital el 20 de noviembre, entregándole el mando a un connotado porfirista, Protasio Tagle, pero pidiéndole al jefe de la guarnición no admitir la presencia de ningún iglesista. Era muy profundo ya el rencor hacia su viejo amigo y correligionario, olvidando cuando ambos, igualmente leales e inteligentes, acompañaban a Juárez en Paso del Norte (hoy Ciudad Juárez), en su lucha contra el ejército "imperial" de Maximiliano. Lerdo trató de huir de las tropas de Porfirio Díaz por Toluca y Guerrero, pero fue aprehendido por un guerrillero menor y entregado al general Diego Alvarez, gobernador de Guerrero y partidario de Iglesias. Después de pensarlo un poco, Alvarez dejó en libertad a Lerdo y sus acompañantes, quienes, siguiendo la misma ruta de Juárez y la *Familia Enferma* en 1858, se embarcaron en Acapulco para Panamá y por el istmo cruzaron al otro océano y se dirigieron a Nueva York.

En tales condiciones del país, Iglesias y sus colaboradores pensaban trasladarse a Mazatlán en uno de los barcos de la Armada del Pacífico, pero el comandante Valle, encargado de recogerlos, había defecionado, por lo que el nuevo gobierno itinerante, después de pasar días de verdadero peligro en Manzanillo, logró tomar el vapor norteamericano *Granada* para trasladarse a Mazatlán.

Pero he aquí que al llegar al puerto sinaloense se enteraron con sorpresa que, por ese "espíritu de deslealtad, propio de la época", como dice Iglesias con amargura, la guarnición se había pasado al bando contrario y aun llegó a exigir al capitán del *Granada* la entrega del presidente Iglesias y sus acompañantes, cosa que fue rechazada sin ningún titubeo por el capitán Conolly, aduciendo con razón que se trataba de pasajeros bajo la protección de la bandera norteamericana. Incluso se tomaron providencias para el caso de que se intentara sacarlos por la fuerza. Sin embargo, los sucesos de Mazatlán tuvieron un impacto desastroso en la moral del gobierno republicano trashumante:

"La noticia del pronunciamiento de Mazatlán era de una gravedad inmensa. Para resolver lo que debiera hacerse en tan críticas circunstancias, se celebró una junta de Gabinete, *en la que casi llegó a decidirse que se entregara el Gobierno en poder de sus adversarios, para que estos dispusieran de la suerte del primer Magistrado de la Nación y de sus consejeros oficiales, como mejor les pareciera.* La falta de elementos de todo género para continuar la lucha emprendida, presentaba esta solución como el desenlace natural del abandono de la causa constitucionalista. Sin un soldado, sin un peso, sin elemento alguno de vida, parecía inevitable sucumbir, y sólo debía procurarse que fuera con dignidad y con decoro".⁵⁴

Esta terrible decisión, al parecer ya tomada, cambió cuando las autoridades de Mazatlán exigieron la entrega de Iglesias y sus acompañantes como si se tratara de rebeldes. También fue decisivo, como se insinúa tímidamente en la "crónica secreta", lo que había ocurrido en "anteriores experimentos": "la simple creencia de lo que había de pasar, por justificada que fuese, no garantizaba un procedimiento prematuro...había necesidad de esperar a que se convirtiesen en

⁵⁴ Iglesias, *La cuestión...*, pp.299-300. Mi subrayado.

hechos consumados los temores del porvenir". ¿Recuerdos de la *Familia Enferma*? ¿Reiterada presencia del espíritu de Juárez? ¿Eran esos los "hados" de Fidel que habían decidido repentinamente seguir hasta California?⁵⁵

Aunque una parte de los "empleados" del gobierno de Iglesias tuvo que quedarse en Mazatlán, por falta de fondos públicos y personales, lo que Fidel llama "la desmembración completa de la familia embarcada en el Manzanillo" (también descendieron allí el oficial mayor Manuel Sánchez Mármol y el licenciado Patricio Picoli, pero para desempeñar comisiones importantes del gobierno de Iglesias).⁵⁶ Antes de devolverle la palabra a nuestro autor es interesante saber por la "crónica secreta" quiénes continuaron en el viaje hasta San Francisco.

Desde luego, el presidente Iglesias, con su hijo mayor, sus hermanos y un ayudante; los cuatro ministros (Prieto, J. Alcalde, Gómez del Palacio, y Lancaster Jones) y los dos oficiales mayores del Gabinete: el de Gobernación, Antonio Gómez, y el Pagador General Francisco G. Prieto (hijo de don Guillermo), así como el empleado de Hacienda (y pianista, como sabemos) Ramón Alcalde, y algunos amigos

⁵⁵ Puede uno imaginarse de alguna manera lo que entonces habrá pasado por la mente y las determinaciones de Guillermo Prieto y José María Iglesias, ambos colaboradores estrechos en los momentos más críticos del primer gobierno constitucionalista y republicano itinerante: el de Benito Juárez, cuya voluntad inquebrantable fue siempre el modelo permanente de liberales patriotas y valerosos como lo eran precisamente Prieto e Iglesias.

⁵⁶ A Fidel le dolió muchísimo que hayan debido bajar en Mazatlán, en condiciones de gran peligro, aquellos colaboradores de Iglesias. Les dedica por ello un párrafo de gran aprecio y afecto: "Hombres heroicos, corazones nobles, caballeros sacrificados a la idea del deber, caían como náufragos en una playa que pudieran llamar extraña, sin recursos, sin arrimo, sin otra expectativa que la de la persecución y la miseria, y sin haber salvado otra cosa que la dignidad del hombre y las inspiraciones de la conciencia" (*op.cit.*, p.13). Por el libro de Iglesias sabemos que todos pudieron llegar a sus hogares.

personales que acompañaban al gobierno de Iglesias sin ningún cargo.

El oficial mayor de Gobernación, Antonio Gómez, se "desprendió" del *Granada* al pasar por el Cabo San Lucas para tratar de encontrar en La Paz o en Guaymas al comandante de la escurridiza Escuadrilla del Pacífico y trasmitirle "la orden" de dirigirse con los vapores a San Francisco, donde estaría esperándolo el gobierno constitucional. La idea era volver cuanto antes a algún puerto seguro de México. Nunca llegó a ocurrir nada.

Viaje y llegada a San Francisco

Allí comienzan en realidad los "apuntamientos" del viaje de Fidel a los Estados Unidos. A pesar de que probablemente no permanecerían mucho tiempo en aquel país, nuestro autor decide iniciar su charla de viajero contando todos los detalles pintorescos o chuscos del trayecto: la comida americana, el famoso *lunch*, que el buen tragón de Fidel (¿o era en realidad un aprendiz de *gourmet*?) acaba por detestar; pero también los pasajeros, los paseos por cubierta, las vistas al mar y, no faltaba más, por supuesto, un largo y hermoso romance *AL MAR* para abrir boca poética.

Y por fin, la llegada a San Francisco, la *Puerta de oro* del Pacífico, que hace estallar ruidos de excitación por todas partes en el barco. Y su aterrizaje final en el hotel Gaillard, "hotelito para la gente de mediana fortuna, pero en el que se comía a la francesa, recomendación poderosa para los que traíamos el estómago en un hilo a causa del *plan* o *sistema* americano". Algo muy bueno en verdad para el tragaldabas de Fidel.

También empiezan allí las mil y una aventuras de nuestro aventurero autor. Cae sin quererlo en un pequeño y extraño teatro, cuyo cuadro se ilumina con luz eléctrica,

mientras va disminuyendo el fulgor del gas, aparecen la cerveza y la champaña, que les cobran a precio de oro, y el espectáculo infernal, lleno de gracejadas obscenas, corretizas, puñetazos y patadas soeces, hasta que Fidel y sus acompañantes logran escapar del lóbrego lugar, para enterarse después de que habían estado en uno de esos teatros subterráneos donde asiste la peor calaña y son frecuentes las *razzias* policíacas...

Fidel entonces dobla la página y, vistiéndose de Humboldt mexicano, nos empieza a proporcionar todos los datos asequibles en su época acerca de San Francisco y sus alrededores. Describe a la ciudad, sus edificios, sus casas de madera ("jaulas de madera", "roperos habitados", "casas de chanza" y mil falsificaciones más), sus calles de día y de noche, sus carruajes, los *wagones* y los carros, y por supuesto...sus mujeres, cuya belleza afecta tanto a Fidel porque indefectiblemente le recuerda la edad a la que ha llegado ya:

"Por otra parte, aunque se dice que New York es el emporio de la hermosura americana, yo ni teniéndolo presente me imaginé jamás un conjunto de mujeres más bellas ni seductoras, que tienen derramados en sus formas tales visos de alegría y fiereza, y es tan suelto y desembarazado su porte, que no el vejete que esto escribe y está turbado y descolorido con cerca de sesenta duros a la espalda, sino la flor y nata de los primeros donceles del mundo, quedaría ante ellas con un palmo de nariz...La mujer está en posesión plena de su supremacía social; va apoyada en el inviolable respeto de toda la nación..."⁵⁷

Pero además de las mujeres, lo que atrae la atención de Fidel son los *wagones* y los carruajes. Le impresionan los de forma completamente esférica, tirados por un solo caballo y abiertos a todos los aires; los más originales son aquellos

⁵⁷ Fidel, *Op.cit.*, p.50.

que van por las calles de Clay y Sutter sin mulas, ni máquinas, ni cochero ni nada, pero subiendo y bajando con pasajeros a lo largo de dos millas de distancia. Están movidos por cadenas que giran sobre uñas en canales al lado de los rieles y tirados en sus extremos por máquinas de vapor. Fidel duda un poco de que puedan detenerse a discreción del conductor, según le han contado, pero promete ver con mayor atención estos extraños carruajes y contarnos después si es verdad.

Aunque en ningún momento ha explicado las razones que han llevado a la comitiva mexicana a San Francisco, sorprende que en algún momento, para poder explicar con decoro su relativa popularidad como poeta en esa ciudad, nos cuente muy quitado de la pena: "La prensa anunció con sus cien trompetas la llegada de los mexicanos, las autoridades locales visitaron al Sr. Iglesias, dándole testimonio de sincera simpatía y estimación. Algunas coplas habían llevado mi nombre por aquellas regiones, y a poco me encontré rodeado de personas generosísimas, que me colmaron de agasajos y finezas". Y así conoce a un antiguo general mexicano, también poeta, que le hace una larga exposición sobre la historia de San Francisco, que, por supuesto, Fidel nos transcribe con gran fruición.

La charla de don Guillermo prosigue interminable, infinita, eterna, página tras página, capítulo tras capítulo, llena de descripciones, nombres de personalidades, lugares, historias serias o chuscas, anécdotas, sustos, chascos, sorpresas. Siempre con esa capacidad de cronista de costumbres o de profesor, porque ahora nuestro buen Fidel parece adoptar en numerosos casos el papel de catedrático alegre que nos relata los orígenes de todo, su desarrollo, sus características, sus proporciones, su valor físico, moral, educativo, político. En una sucesión impresionante y amena, la pluma de Prieto no deja objeto sin escudriñar: hoteles, casas de huéspedes, comidas. Las casas norteamericanas le disgustan por no tener

patio interior, lo que obliga a los chiquillos a jugar siempre en la calle con todos los riesgos que ello implica. Esto le molesta mucho a Fidel y lo repite a la menor ocasión en su relato.

En el *Palace Hotel* conoce por primera vez -no sin cierto terror- lo que es un *elevador*:

"Por divertirse con mis impresiones, Iglesias y Gómez del Palacio me introdujeron en una *piecesita* perfectamente alfombrada y tapizada, con sus lámparas y sus cómodos asientos; yo creía que era alguna antesala y seguí hablando; de repente, poniéndome a la puerta de la *piecesita* me dijeron dando unos pasos afuera: *asómate... estuve al dar el grito de espanto: habíamos subido sin sospecharlo yo siquiera al último piso, más alto que el primer cuerpo de las torres de Catedral y me producía vértigo aquella altura. Aquel cuarto era un elevador*".⁵⁸

Repuesto de la terrible impresión, continúa su apasionante relato sobre el espléndido hotel, el mejor de San Francisco en esa época, los *bar-rooms*, los deliciosos restaurantes, las ostionerías, los salones de baile, con "ficheras" y cuartos aislados. Todo deja a Fidel boquiabierto y le proporciona datos, impresiones y estímulos para sus interesantes y muy a menudo graciosas narraciones. Visitas a familias mexicanas (en las que naturalmente lo esperan álbumes para estampar en ellos sus largos arrebatos de poeta famoso); pero no pierde ocasión para husmear por toda clase de edificios públicos, como la Casa de Moneda, bibliotecas, escuelas, el Correo, el cementerio, el zoológico y muchos más que pasan atropellados y minuciosos por sus páginas de charlista sin que apenas descubramos que hemos ya recorrido cientos de páginas de este delicioso relato.

Porque también hay sus lados ríspidos, semi-secretos y a veces "excitantes". Esto ocurre en las noches, cuando Fidel

⁵⁸ *Ibid.*, p.63. Subrayado del autor.

sale a recorrer los muelles, el barrio chino (que detesta y le fascina al mismo tiempo), las calles misteriosas, los parques oscuros, y se topa con ciertos personajes de la vida nocturna que le llaman la atención, como los "merolicos" de entonces y especialmente, no faltaba más, "ellas", las hetairas hermosas y elegantes. Don Guillermo se frota las manos y nos cuenta con alegre picardía:

"Pero la noche es el misterio y lo fantástico con que se complica admirablemente la luz artificial. En varias esquinas, en alto y a la luz de las antorchas, se miran los mil suertistas, embaucadores y charlatanes en que tanto abundan estos lugares (...) Pero donde se concentra una animación nocturna que sorprende al viajero es en la calle Dupont y sus alrededores. Esa sección de la ciudad, en una extensión como de tres millas y con muy contadas excepciones, se compone de estancias habitadas por elegantes sirenas, que atraen con sus cantos y sus hechizos a los frágiles mortales. Las bellas habitadoras de esas mansiones se exponen día y noche en las ventanas de sus habitaciones, cuyo interior se percibe desde afuera...Las hermosas en las noches suelen estar a la puerta de su negociación, vestidas de fantasía. Sultanas, sacerdotisas, griegas, Amazonas, divinidades olímpicas, alternan en todos los idiomas, invitando al viajero a tomar descanso y encareciendo las grandes recomendaciones de los establecimientos".⁵⁹

El tema de las prostitutas le interesa sobremanera a nuestro autor: le dedica muchas páginas a todo lo largo de su narración sobre los Estados Unidos. No sólo como objeto de relato escandaloso (aunque a veces se regodea bastante en la descripción), sino también como tema de reflexión social y aun de comparación con lo que ocurre en México.

⁵⁹ *Ibid.*, pp. 78-79.

La "crónica secreta" obliga a un paréntesis

Pero mientras el buen Fidel se pasea por las calles de San Francisco y nos habla largo y tendido de lo que ve, oye, siente, toca, prueba, piensa, bebe y escribe (sus inconclusos versos sobre el vino, las mujeres y la nostalgia patriótica rematan una parrandita decorosa con su presidente y colegas de gabinete), las noticias de México no son muy alentadoras, según la crónica secreta.

A pesar de los numerosos focos de resistencia a la asonada tuxtepecana, los informes son pesimistas y desoladores: "Así en todas partes -escribe Iglesias- fue desapareciendo poco a poco la defensa de orden constitucional en el terreno de las armas. Con exactitud puede decirse que se sucumbió, casi sin derramamiento de sangre, por haber reconocido o sometido al plan de Tuxtepec los militares que hubieran podido poner una resistencia formal a las tropas revolucionarias... Tal fue el motivo que impulsó al Gobierno a salir de San Francisco, a los treinta y ocho días de haber desembarcado allí, y a dirigirse a Nueva Orleáns".⁶⁰ La idea de trasladarse a esta ciudad era el considerarla un mejor centro de información sobre lo que ocurría en México y una vía más rápida y segura para internarse en nuestro país llegado el caso.

Pero mientras llega el momento de salir de San Francisco, Fidel se las arregla para visitar y hacer multitud de cosas y narrarlas en centenares de páginas. Se divierte en grande en las tertulias a las que son invitados él y sus compañeros de viaje. Pero hay una en especial que dejó una fuerte huella en la vida emocional del maduro poeta mexicano. Fue en la espléndida casa de la señora doña Concepción Ramírez, donde fue recibida con gran pompa y fiesta la comitiva mexicana. Fidel quedó prendado de la dueña: "Es la Sra. Ramí-

⁶⁰ Iglesias, *La cuestión...*, pp.311-312.

rez, de treinta años, morena, gentil y de una grandeza de alma y una inteligencia que como que iluminan su fisonomía, como el sol cuando deja caer sus rayos sobre la nube que lo medio oculta en Occidente". El efecto de doña "Conchita" (así la llamará en lo sucesivo) ha sido tan vibrante en nuestro autor, que lo regresa a sus viejos versos cursilones de su juventud romántica.

Fidel no lo explica con claridad, pero la famosa Conchita no sólo les organizó a los mexicanos recién llegados una fiesta inolvidable, con "las jóvenes más lindas de California", sino al parecer los acomodó en su casa en las mejores habitaciones, para pasar la noche. Piénsese lo que se quiera... El fiestón, que relata Prieto con creciente emoción, era sólo el principio de una larga historia: "No hay ni para qué decir que yo tuve que cargar mi cruz. Al día siguiente de la fiesta, más de treinta *albums* estaban esperando sobre mi mesa las caricias de mi pluma. Y ya que estamos en familia (en casa de Conchita, por supuesto, FLC), como por vía de sobremesa y entre sorbo y sorbo de café, para no dormirmos, platiquemos algo de esta preciosa mitad del género humano, que a pesar de mis años, como dice la zarzuela de la Gallina Ciega, repertorio el más rico de mi erudición, me hace tilin, tilin". Y la charla sobre las mujeres, una vez más, se desliza a lo largo de una larga serie de reflexiones, anécdotas chuscas, historias truculentas y bromas por todos lados. Pero ojo con la tal Conchita y Fidel.

Es ya casi el momento de partir, pero Fidel tiene todavía casi doscientas páginas para seguir contándonos sobre San Francisco. Muchas cosas lo han impresionado profundamente, pero ahora que se acerca la partida es bueno que se entere al menos de ciertos aspectos no tan positivos y envidiables de la sociedad norteamericana. Es lo que le dice uno de los muchos (y supuestos) interlocutores que encuentra por todos lados:

"Hasta ahora, Fidel, ha visto Ud. el anverso de la medalla; falta que examine ud. el reverso. Todavía no ha fijado Ud. bastante atención en lo que llamamos el *peso omnipotente*. La sed de dinero que impulsa y atormenta al yankee y que hace que todo lo posponga a la riqueza, es cierto que es el resorte de esta actividad asombrosa, de esas empresas inverosímiles, de esa superabundancia de fuerzas que levantan montañas y suprimen obstáculos. Pero eso mismo da, aún a sus cuestiones de honor, un colorido altamente repugnante para nosotros. En general, y con pocas excepciones, todo lo que se puede vender se vende; lo mismo el sufragio que la curul; lo mismo la vara de la justicia que la vigilancia aduanal... En la balanza del amor, ponga Ud. seducciones y adulterios, con tal que mantengan el equilibrio en el platillo opuesto, los billetes de banco".⁶¹

Por fin, ya a la altura de la página 324, sepultado bajo montañas de notas y apuntes, Fidel se entera de que se aproxima la salida de San Francisco: "Comenzábase a susurrar nuestra partida: nuestros compañeros la veían y la deseaban; yo no cesaba en mi acopio de apuntaciones, preguntando aquí, inquirendo allá, y formando un tal guirigay (sic) de notas, que no las he podido desenmarañar después". Es el momento de las coplas, los romances, las redondillas, los versos sueltos y el cortejo final, respetuoso y literario, a las bellas mujeres que ha conocido en la ciudad. A Clara, a Pepita, a Tulita, a María Pisis, a Emilia, a Carmelita. Pero, extrañamente, nada a Conchita, ni una referencia, ni siquiera la despedida. Ya la veremos reaparecer más tarde, discretamente sugerida, pero con más importancia sentimental para Fidel que cualquiera otra.

En la ronda de las despedidas, siempre cubierto hasta donde puede hacerlo con el manto de la discreción (política), no deja de tener cierta gracia la forma en que habla de los

⁶¹ *Fidel, op.cit.*, p.203. Subrayado del autor.

amigos que se separaron para ir a las cataratas del Niágara: "Como el pensamiento del Sr. Iglesias era partir directamente para Orléans, y eso implicaba para algunos el sacrificio de no visitar el Niágara, los que tuvieron medios de hacerlo emprendieron la marcha por ese camino; y estos amigos fueron Joaquín Alcalde, Francisco G.Prieto, Iglesias Calderón, Alvarez Rul y no recuerdo si algún otro". Aquí nos enteramos por primera vez que su "amigo" (e hijo mayor) Francisco G. Prieto andaba en el trote norteamericano...

El largo viaje por tren a Nueva Orléans

Después de las tristes despedidas en la estación, Fidel empieza a fisgonear los trenes y sus carros (de carga, de pasajeros, "de pullman", de primera y segunda clases), y desde luego nos los describe hasta en sus más mínimos detalles (el de aseo, el *Water Closet*, como lo llama, y el de fumar le llaman particularmente la atención). Y vuelve a ser víctima de las comidas norteamericanas: "En cuanto a las comidas, *plan* americano neto: maíces, papas, huevos, trozos de carne como para jaula de fieras, melaza, *cakes*, jamón, polvos y salsa de lumbre y aguarrás". ¡Pobre Fidel! Viajar así...

Pero no, no es tan mala la situación. Descubre, como siempre, dos viajeros que le llaman la atención: Mr. Gland, agradable y amable, a quien todo mundo quiere, y otro, extraño y misterioso: "un viajero realmente de leyenda". Un ser que se ocultaba con tapabocas y sombrero bajado hasta los ojos, y que va a ser una creciente obsesión para nuestro narrador. Este personaje aparece y desaparece en la prolongada charla de Fidel; pero su rara vestimenta y sus actitudes lo van transformando en verdadero personaje de novela para un frustrado novelista como don Guillermo. En medio de esas apariciones y desapariciones del escurridizo ser que viaja en el tren, Fidel tiene tiempo de sobra para hablarnos de todo y

de todos: Pueblos, estaciones, iglesias, edificios, restaurantes llenan páginas y páginas de su amena narración. Es un buen charlista, pero no olvidemos que también es poeta que a todo le canta. Se va al salón fumador y nos espeta un romance *ad hoc*, como le gusta decir: *El Tren de Vapor*.

Y por allí va animado nuestro amigo, de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, encontrándose de pronto con su misterioso personaje, que cada vez lo intriga más: ¿Quién podrá ser? ¿Por qué se oculta todo el tiempo? Pero van a pasar todavía muchas, muchísimas cosas por la plática de Fidel. Sin mucho orden, se habla de la historia de California, de los ferrocarriles, de las concesiones para su construcción, de la forma en que se tendieron las dos vías: la que venía del Este y la que llegaba del Oeste, para unir por fin al enorme territorio de los Estados Unidos.

La historia del impresionante momento en que se unen esas dos vías y la gran ceremonia que se celebró con ese motivo son pasajes impresionantes que nuestro narrador cuenta con admirable precisión y amenidad. Gracias a Mr. Gland y su buena amistad con Prieto sabemos mucho de esta historia de gran ingeniería ferrocarrilera.

Las prolongadas pláticas con Mr. Gland y de vez en cuando el par de tragos para soportar el viaje le levantan la moral y aprende historias y leyendas sorprendentes. Nos las cuenta. Y empieza a tener visiones: la nieve, la soledad infinita, el ciego con su barba blanca, la niña a su lado, "bella como un ángel", medio desnuda, etcétera. Y siguen los romances, ahora a los *Campos de Nieve*.

Más, de pronto, aquel misterioso personaje, de fuertes botas y cabellos de oro, reaparece e inquieta a Fidel. Lo espía, le parece a veces que es más bien una mujer, la sigue al salón fumador, la ve recargar sus naricitas en el cristal. "Era divina...Me pareció que murmuraba un canto; yo me colgaba por la parte exterior...Sí, cantaba...y podía yo seguir la medi-

da del canto...Pero la aparición se apercibió de mi presencia, sacó del bolsillo una enorme pipa...y yo no sé cómo escapó de mis labios esta exclamación: *Maldito yankee!*.." (Subrayado del charlista). Lo peor de todo fue que el hombre de la pipa esbozó una alegre sonrisa, que atenuó la mortificación de Fidel.

Al día siguiente, nuestro amigo, lleno de dudas e inquietudes, trata de hacerse simpático al desconocido que viaja de incógnito. Se va muy temprano al cuarto de fumar y se instala allí, en espera de ese ser inquietante, al que de pronto descubre que ya estaba allí, en un rincón semioculto, con *cachenéz* (tapabocas) y sombrero hasta los ojos. Es el momento, piensa Fidel:

"Yo, con la detestable e indómita voz que me ha valido ignominiosas expulsiones de los círculos musicales, comencé a tararear la canción que había escuchado la noche anterior, saqué mi libro de apuntes y comencé a escribir, recitando y cantando mis versos en el tono de la canción...por supuesto, fingiéndome distraído y en total independencia del de las botas fuertes...En uno de mis gorgoros desastrados, alcé la voz y ví a la del cabello de oro inclinada hacia mí con una expresión de inteligencia y de satisfacción indescriptible: entendía lo que yo escribía, sabía español, era...una beldad perseguida...era la heroína de una novela mexicana...*A pesar de mis años...*¿eh?...leí entonces, para mí solo, mis versos...Oiganlos Uds. ya que aquel patán los oyó como un zoquete, cruzando frente a mí sus patatas de a vara y su brusquedad de carretero...¡y yo que me había enternecido tan de veras!. *Maldito yankee!*"⁶²

Ya nos parecía raro que Fidel no hubiese encontrado mujeres bellas en su cercanía, pero ¡qué chasco en este caso! Por lo pronto, se olvida del extraño fantasma del tren y vuelve a su charla de viajero humboldtiano. El tren cruza el Ca-

⁶² *Ibid.*, p. 347. Subrayados del autor.

ñón del Diablo, se detiene un momento a orillas del *Lago Salado*, y entonces los pasajeros pueden ver a lo lejos los edificios de Utah, el país de los mormones. La charla de Fidel prosigue con la interesante narración de un francés que les (nos) describe Salt Lake City y Utah, y su visita al gran Tabernáculo o templo mormón.

Todos los pasajeros hablan entonces de los mormones, pero Fidel recuerda en ese momento que lleva consigo una eruditísima carta de su amigo y hermano Ignacio Ramírez precisamente sobre el origen y la historia de los mormones, y decide leérsela a todos, pasajeros y lectores, "aprovechando la ocasión de hacer pública mi gratitud a aquel cuyo talento admiro más cada día, y cuyas virtudes y patriotismo son honra de mi patria. Oigamos al ilustre *Nigromante*, mientras llegamos a Ogden".

Este ensayo de Ignacio Ramírez es realmente brillante en todos sentidos. Además de su notable información histórica, política, geográfica, ideológica, incluso teológica (¡un ateo como *El Nigromante!*), el análisis de Ramírez es divertido y demoledor. Incluso hoy sería de cáustica actualidad. En poco más de diez amenas páginas, desmenuza la verdadera historia de la secta y sus extraños principios, no sin hallarles su lado cómico, rascándole de paso el ombligo a su querido y entrañable amigo Fidel:

"En verdad te lo digo, hermano mío, la poligamia es un acto de barbarie. Esclavizarse toda la vida a una mujer por amor, se concibe y tiene su utilidad y su poesía; los pesares entonces son las espinas de la flor. Pero sólo por incontinencia alumbrar numerosos hogares, pagar numerosos caseros, luchar con innumerables suegros, fastidiarse en todos los lechos y sacrificar a las queridas la esposa, es pagar muy caro el vicio...Sin embargo, yo creo que las señoras *Mormonas* disfrutaban alguna compensación, supuesto que cuando en Utah algún pequeño afirma que conoce a su padre, todo el mundo

exclama: *¡Este niño es más sabio que su madre!..Yo te presento un mundo helado: animalo con el sol de tu inteligencia; sepan los *Mormones* algún día, que por el Lago Salado pasó el año de 1877 un poeta*".⁶³

Uno de los mejores documentos para concluir el primer tomo de esta extraordinaria narración de don Guillermo sobre los Estados Unidos.

Pero no; todavía nos falta saber en qué acabó la historia del extraño ser (hombre o mujer) que le ha robado la calma a Fidel. A pesar de que todavía habrán descripciones, pequeños relatos, reflexiones políticas y económicas (su dosis inevitable de geopolítica), romances y...repentinamente allí aparece, por fin, la noche anterior a la llegada a Omaha: "El personaje *común de dos* se encerró en el cuarto de fumar...yo penetré, en las altas horas de la noche, y permanecemos como dos estatuas". Sentados frente a frente, separados sólo por una mesita con una pequeña lámpara rojiza, cada uno con una ventanilla a su lado.

Fidel, arrojado e impaciente, insiste en mirarlo, en indagar su rostro, en descubrir su secreto. Nada. "A cada avance de mi mirada, a cada indagación, se sustraía el desconocido en la sombra, o bien pegaba el rostro al cristal del postigo: a mí a veces me parecía que sonreía mujer angélica; a veces que se disponía carretero feroz a descargarme un puñetazo". Entonces finge dormir; y poco después, creyendo a Fidel en brazos de Morfeo, el viajero fantasma empezó a cantar el *Adiós* de Schubert, "pero tan sentido, tan hondamente sentido, que me subyugó, me empujó a la región de mis recuerdos más dolorosos, y sentí lágrimas en mis ojos".

⁶³ *Ibid.*, pp.388-389. Es obvio que la tal carta del *Nigromante* fue en realidad un escrito preparado por el gran ensayista para ser incluido de alguna manera al publicarse la obra de Prieto. Ramírez incluso se refiere en esa "carta" al *Prólogo del Viaje a los Estados Unidos de Fidel*, como si el libro ya se hubiese publicado. Subrayados, por supuesto, de Ignacio Ramírez.

Entonces, Fidel, "como de costumbre", escribe y declama a toda voz, siguiendo como puede los compases de ese "Adiós" significativo, una sentida *Canción*, también de "adiós". A medida que lee (o declama más bien), el extraño ser, seguramente conmovido, empieza a descubrirse ante el autor, quitándose de la cara el *cachenéz* que la cubría, revelándole al fin su identidad: "ella había comprendido...casi era una revelación la que me hizo el *cachenéz*". Pero en ese momento se detiene el tren en la estación anterior a Omaha. Allí esperaban una diligencia y varios *bogues* (coches estilo francés). De uno de estos coches bajó un caballero arrogante, moreno, de pelo negro y bellos ojos también negros, que se dirigió al tren. Pero que sea el propio Fidel quien nos cuente el truculento final de la historia:

"Detúvose el tren, el joven saltó y se colocó al pié de la escalerilla del wagon. El viajero *común de dos*, con la velocidad del relámpago, recogió su saco de viaje y se precipitó fuera del coche; apenas salido, se lanzó a los brazos del dueño del *bogue*...al hacer este movimiento, se le cayó el sombrero y una catarata de rizos de oro inundó los hombros y el cuello del joven de los ojos negros...Yo había seguido maquinalmente al viajero y estaba estupefacto con la transformación...quise darme de cachetadas...cuando estaba suspendida en los brazos del viajero afortunado, se volvió a mí, y con una sonrisa angélica, me dijo: 'Adiós, Sr. Prieto!...Adiós! Tan linda!..Y sabe español...Soy un asno, soy un rinoceronte...¡pecador de mí!'"⁶⁴

Las exclamaciones no le impiden a Fidel, al llegar poco después a Omaha, hablarnos de la historia del lugar y enseñarnos buena cantidad de datos estadísticos. En San Luis Missouri, donde permanece un día con sus amigos, igual: historia y datos estadísticos, aparte de ciertas gracejadas y

⁶⁴ *Ibid.*, p.398. Subrayados del autor.

anécdotas. Pero es aquí donde se detiene un momento a meditar sobre el futuro de las relaciones entre los poderosos Estados Unidos y el pobre México. Aprovecha una breve plática con su colega y amigo Alfonso Lancaster Jones para exponer sus dudas (¿y temores?) sobre los peligros de una preponderancia norteamericana sobre México en materia comercial:

"Pero en estas relaciones mercantiles, en su modo espontáneo, y con total independencia de los gobiernos, es en donde yo creo ver, dije, el *quid* de nuestras difíciles cuestiones con los Estados Unidos...La adquisición de tierra, el fomento de las ideas de conquista, la intervención por la fuerza, en mi juicio no las intentará el Norte; pero no puede ser indiferente a la marcha de México ni a sus tendencias de libertad mercantil; así no le queda más recurso que influir en sus negocios, sea por medio de tratados, sea considerando a México como colonia o brindándole con un protectorado; pero esto mismo ofrece graves dificultades. El ideal de la gente ambiciosa del Norte, es hacer de México la India de los Estados Unidos".⁶⁵

Pero Fidel, además de visionario geopolítico, sigue charlando sin parar, hasta que la llegada a Nueva Orleans lo obliga a concluir el *Primer Tomo* de su morrocotudo viaje a los Estados Unidos.

⁶⁵ *Ibid.*, p.406.



SEGUNDO VOLUMEN

Las tribulaciones de Fidel en Nueva Orleáns

Desde las últimas páginas del Tomo I de su viaje, Prieto nos cuenta su lamentable llegada e instalación en Nueva Orleáns. Primero, caía un gran aguacero; luego, como no había cuartos en el Hotel Metropolitano, donde había pensado hospedarse la comitiva mexicana, tuvieron que resignarse a City Hotel, reconocido como uno de los más americanos y favorecidos en la ciudad: "En efecto, la afluencia de pasajeros es mucha, y el trajín insoportable".

Y mientras a todos sus compañeros les dieron habitaciones más o menos cómodas, el pobre de Fidel, que le simpatizó mucho a una bruja irlandesa (siempre la "irlandesa" que se prenda de don Guillermo...), fue a dar casi a la azotea del hotel: "Esta animala quiso encaramarme a un último piso, en que materialmente escuchaba los estornudos de los habitantes de la luna". Y muy disimuladamente, como no interesado en la cuestión, preguntó por la comida, y para su enorme consternación se enteró de que en ese hotel, muy americano, "se observaba el *plan americano* con inquebrantable rigidez". Triste, haciendo berrinches, y tendido a regañadientes en "un colchón que tenía perfecta semejanza con un globo al desinflarse", logró dormirse y empezar a soñar en el Tomo II de su inquietante viaje por los Estados Unidos.

Con tal malos augurios para su nueva visita a Nueva Orleáns, nuestro autor se levanta lleno de tristeza y de nostalgia. Había estado allí veinte años antes, en 1858, con aquel grupo brillante que realizaría la Reforma en México. Era entonces más joven, estaba en la plenitud de la vida y lleno de ardientes esperanzas, no obstante los sacrificios que le imponía la vida de exilado. Sus recuerdos lo llenan de melancolía

y lo inunda una cierta sensación de tiempos ya idos y lejanos:

"Y sin embargo, entonces la miseria nos guiaba, la incertidumbre del futuro hacia inseguros y peligrosos nuestros pasos; pero la estrella de Juárez reverberaba en nuestro horizonte con nítidos fulgores, y dentro de mi alma escuchaba yo en mis horas de abatimiento, los preludios del himno triunfal de la Reforma...¿Dónde están los actores de aquel drama de audacia, de sacrificio y de gloria? ¿dónde aquel ideal que todo lo embellecía cuando cruzaba sobre las alas blancas de la esperanza y se inclinaba para derramar flores en mi camino?..Todo había desaparecido".⁶⁶

Pero Fidel se ha propuesto narrarnos su nuevo viaje por los Estados Unidos y se sobrepone finalmente a la nostalgia y la tristeza, no sin antes quejarse amargamente de su penosa instalación en Nueva Orleans a su amigo de San Francisco, José Carrascosa, mediante largos romances. Y algo nos dice de la ciudad, a pesar de sus malos humores y sus mohínes. Por ejemplo, desde la covacha en que lo metieron, alcanza a ver las calles, las casas, las jazoteas! (recuérdese que él anda por las nubes), el gran río Mississipi, el lago Ponchartrain, y otros lugares amables: "Cuando desde una altura se abraza el conjunto de la ciudad semicircular, aparece con singular belleza".

Y más tarde, cuando deja de llover y logra salir del hotel de mejor talante, nos describe joyerías, almacenes de ropa, boticas (que siempre le fascinaron), *bar-rooms*, y el canal que pasa al lado de su hotel. Luego nos charlará bastante de los dos barrios importantes de Nueva Orleans: el francés y el americano. Pero la comida en el hotel, el inevitable "plan americano", le pone los pelos de punta y es cuando nuestro

⁶⁶ Viaje a los Estados Unidos, por Fidel (Guillermo Prieto). En: *Crónicas de viajes 3, op.cit.*, T.VII, p.15.

amigo empieza a ver las cosas por el peor de sus lados. Su pésimo humor recalca sobre todo en aquellos que le rodean: la irlandesa, los criados, pero sobre todo los empleados negros del servicio. Sobre estos pobres trabajadores domésticos descarga a veces toda su ira de blanco prepotente y semi-racista. Pero de todas maneras, dentro de su desorden emocional y mental, intenta hacer reflexiones más calmadas para entender su situación y su futuro:

"A la proclamación de la igualdad, los elementos que surgían de la nueva posición del negro, eran más bien nocivos al progreso y eficaces para el fomento de la anarquía. Les eran desconocidos el amor a la familia y del hogar; la propiedad, uno de los más grandes elementos de la moralización, le era desconocido también; la pereza había sido para él como una protesta contra la tiranía del amo y como una resistencia a la explotación; de la mentira había hecho su defensa; del disimulo su virtud; del robo casi un recurso, porque era como la restitución que hacían de lo que les robaban. Esto lo comprendió el Norte, y al convencimiento siguió inmediatamente la práctica de la doctrina de regeneración...Fue tan eficaz el impulso, que sacerdotes, preceptores, sabios, y útiles trabajadores, salieron de entre los negros, incorporándose a la masa común y resolviendo dificultades".⁶⁷

La llegada de los jóvenes que habían ido al Niágara, entre ellos su hijo Francisco, le cambia el humor y la visión de las cosas. ¡Qué distinto le parece ahora a Fidel su cuarto desvencijado y nebuloso! Por eso fue mas triste aún cuando estos jóvenes emprendieron el regreso a México algunos días después. Pero ahora la tristeza es además repudio a quienes lo han hecho expatriarse de su país. Don Guillermo, en el gran sentimiento de abandono y desolación en que lo deja la partida de su hijo, ya no mide mucho su discreción y a sa-

⁶⁷ *Ibid.*, p. 21.

biendas de que lo que escribe va a ser publicado en época porfiriana, no se contiene mucho y ataca veladamente a quiénes han sido la causa de su exilio político: "La vejez en el extranjero es la rama caída en la playa...Los envenenadores de las almas, que decretan la expatriación como medida clemente, son los verdugos de peor ralea (¿Porfirio Díaz?)...El primer día negro de mi residencia en la expatriación cayó sobre mí; la soledad se me apareció en el extranjero".

Más tranquilo después, Prieto continúa su charla viajera. Nos describe con el mayor detalle la procesión de San Patricio, gran fiesta irlandesa del 18 de marzo, en la que participa con alegría y regocijo. Y nos revela los tres propósitos que tenía al volver a Orléans, como él llama siempre a esta ciudad. Buscar y abrazar a su viejo amigo J.A.Quintero, visitar a la señora Ashley de Townsend, poetisa y escritora eminente, de seudónimo Xarifa, que Fidel conoció en México y con quien sostuvo una gran correspondencia. Y finalmente, *last but not least*, volver a ver, "con reverente ternura", los lugares en que vivió la adversidad al lado de Juárez, en 1858. Recuerda entonces don Guillermo, tal vez por primera y única vez (por lo menos en forma pública), aquel viaje a Nueva Orléans que nunca narró en calidad de cronista y el ínfimo lugar en que se hospedó el grupo:

"In illo tempore, otros compañeros y yo salimos del Manzanillo, atravesamos el Istmo de Panamá, desafiamos las tormentas del Cabo de San Antonio, vimos a vuelo de pájaro la Habana, respiramos sus auras perfumadas y recreándonos con su gentil hermosura, y en Abril, después de cortar las aguas barrosas y tranquilas del Mississipi, nos detuvimos en Orléans, los que fuimos conocidos en la República con el nombre de *la familia enferma*. El Sr. Juárez, por un sentimiento de gratitud, lo mismo que Ocampo, quisieron alojarse en la casa *Baranda Conty*, en un hotelito de mala muerte, donde en 1854,

cuando la persecución de Santa Anna y mis *viajes de órden suprema*, estuvieron alojados".⁶⁸

Prieto nos describe con cierto detalle dicho hotelito, el pésimo servicio, la formidable gordura de la patrona y la buhardilla que le tocó por cuarto. Pero eso era apenas un recuerdo de veinte años atrás. Más adelante nos contará cómo encontró el lugar veinte años después. Pero poco es en verdad lo que nos cuenta de Nueva Orleáns: los templos, el desagradable barrio francés, donde se va el grupo a vivir en cuanto puede, el disgusto que le produce ver los árboles recortados y adquiriendo figuras grotescas en el parque que adorna la catedral de San Francisco, el edificio de las aduanas, el del correo (siempre interesante para él, que como Director de Correos en México logró modernizar el servicio postal), la Bolsa del Algodón (de gran importancia entonces) y, en fin, el hipódromo.

Más importante es tal vez su larga relación de amistades (sobre todo las cubanas), tertulias, charlas de variada índole, reflexiones históricas, económicas, políticas, y hasta ciertos *flirts* frustrados, aunque de buenos resultados afectuosos, que le sirven a nuestro autor para relatarnos historias y anécdotas truculentas. Y en medio de todo ello, numerosos romances a su amigo Carrascosa, a Xarifa, así como poemas cariñosos regados por todos lados a las jóvenes que conocen su fama y su prestigio de locuaz improvisador.

Pero, en el fondo, Fidel no está de muy buen humor: se queja repetidamente, se enoja, se violenta a veces, reprocha muchas cosas, despotrica por aquí y por allá, y tiene en ocasiones días de tristeza cuando hay despedidas, como cuando viene la separación de Joaquín Alcalde, "de mi compañero, de uno de los que había tenido para conmigo las finezas de amigo, la ternura de hijo y la abnegación de favorecedor.

⁶⁸ *Ibid.*, p.27.

Una comisión nuestra, que para él era costoso sacrificio, le urgió a tocar en la Habana pasando después a México".

Y uno no se explica muy bien por qué en tal estado de animo, tan deprimido y pesimista por lo general, en vez de aceptar una visita al Conservatorio de Música de la ciudad ("no tenía grande interés en ver el Conservatorio, porque propiamente es un circo"), tramita con interés un recorrido por el hospital de ancianos que acabará por hundirlo en la mayor desolación, tristeza y angustia. Sus reflexiones son terribles, pero lo conducen a un pavoroso laberinto literario del que estas frases son apenas un remedo del infierno en que cayó nuestro buen Fidel:

"Aquel espectáculo me espantó verdaderamente: mujeres casi perdida la conciencia del ser, custodiando su cadáver, sin oído, con la vista nublada, la voz débil, el movimiento torpe... Yo no pude soportar...no pude...me salí al comedor, y pegué un frentazo a uno de aquellos aparadores, presa de una profunda emoción...¿Qué es la hermosura? ¿qué irrisión de vida es esta en que su prolongación es el escarmiento y como la expiación?...¡Qué fisonomías náufragas en mares de arrugas y frunzones! ¡qué partículas de dientes amarillos! ¡qué brazos como descoyuntados de la muñeca, con ramales de dedos hacia abajo! ¡y aquellas bocas deshuesadas, bolsudas, soplando una risa helada...! Esta infancia del cadáver...es espantosa, mucho más espantosa que la muerte...Ni el sueño del reo de muerte de Víctor Hugo; ni las brujas de Macbeth de Shakespeare, nada ha sido para mí como aquello: la danza de la muerte, la renuncia al no ser, el fraude al gusano...Horrible...! horrible...! yo viejo y sin arrimo, me veía y me sentía en aquella espantosa huelga de los habitantes de los sepulcros...¡Los muertos tenían los ojos abiertos y remedaban imperfectamente a los vivos!.⁶⁹

⁶⁹ *Ibid.*, pp.106-107.

Mal había hecho don Guillermo en ir a ese lugar impresionante, sobre todo en el peculiar abatimiento en que se encontraba desde que llegó a Nueva Orléans. ¿Qué le había ocurrido en esa ciudad? ¿Eran sólo los recuerdos y la nostalgia? Tal vez la "crónica secreta" nos ayude un poco a comprender lo que ocurría en el ánimo de Fidel.

Nueva Orléans en la "Crónica Secreta"

José María Iglesias y lo que aún quedaba de su "gobierno" llegaron a Nueva Orléans el 12 de marzo y, no obstante los tropiezos para su acomodo, recibieron de México noticias alentadoras, "en que se pintaba como desesperada la posición del Gobierno Tuxtepecano". Su vicio de origen y la torpeza en el manejo de las cuestiones públicas habían concitado en su contra a la opinión pública. Parecían advertirse síntomas de división entre sus partidarios; escaseaban los recursos; elecciones de diputados "fraudulentas y descaradas", al grado de no llegar a veinte los representantes "espúreos" que habían podido reunirse. El caudillo de la rebelión (Porfirio Díaz) se mostraba inquieto y desanimado, incluso enfermo. "En suma, se consideraba como muerta al nacer la administración tuxtepecana, y como tan fácil la reacción en su contra que bastaría el menor impulso para derribarla".

Pero las cosas no eran así: Porfirio Díaz y su gobierno estaban muy firmes en el suelo de México. "Los acontecimientos, escribe Iglesias, han probado después, que estas apreciaciones eran notoriamente exageradas. A pesar de contener mucho fondo de verdad, no era tan crítica la situación como se pintaba. El hecho es que esa administración, cuya caída se representaba como inminente, ha tenido larga duración". Pero Iglesias y su grupo no estaban dispuestos a rendirse: aún había ciertas esperanzas: "Por aventuradas que

fuesen las apreciaciones no confirmadas después, se presentaban con tal carácter de positivismo, que no era posible despreciarlas. Aun suponiéndolas erróneas, indicaba siempre la posibilidad de que el partido legalista pudiese levantarse de la postración que lo había agobiado. Y sobre todo, aparecía de nuevo como un deber para quien lo representaba, hacer un nuevo esfuerzo en pro de las instituciones, aun cuando no fuese más que para poner en claro el verdadero estado de la opinión pública".⁷⁰

Con esta ya muy endeble convicción, Iglesias expidió el 15 de marzo un nuevo Manifiesto a la Nación, hablando de la anarquía reinante en el país, el régimen tuxtepecano basado en las bayonetas, su inmenso desprestigio y calificando a ese gobierno como engendro híbrido. Se recordaba la presencia del gobierno legítimo en un país extranjero por no contar con ninguna parte del territorio mexicano donde establecerse y se alentaba a apoyarlo con la fuerza irresistible de la voluntad nacional.

Con ese motivo, Lerdo de Tejada, desde Nueva York, publicó también, con fecha supuesta del 24 de febrero, otro manifiesto cuyo contenido intenta Iglesias refutar en su libro, discusión que a nosotros no nos interesa aquí. Con el llamamiento de Iglesias a sus partidarios, era conveniente preparar un buen sistema de organización en caso de que aquellos respondieran. Se pensó en el nombramiento de un Directorio establecido en la Ciudad de México, con una lista, autorizaciones e instrucciones que era indispensable enviar a México con agentes de la mayor confianza. Iglesias confió los documentos a su hijo mayor, José Iglesias Calderón, que, como sabemos, partió de Nueva Orleans acompañado del hijo de Guillermo Prieto.

⁷⁰ J.M. Iglesias, *op.cit.*, pp.313-314.

Comprendemos ahora la angustia que empezó a atormentar a nuestro autor por el riesgoso viaje de su hijo y el estado de ánimo en que cayó ante un panorama político tan desolador e incierto para todos ellos. Aunque finalmente Francisco G. Prieto no parece haber sufrido ningún tipo de represalia por parte del gobierno de Díaz, el hecho es que la misión no tuvo ninguna repercusión: "El éxito no correspondió a las esperanzas concebidas sobre la reorganización del partido de la legalidad. Desde los primeros pasos se tropezó con dificultades de todo género, procedentes del desaliento general de los ánimos".

Desaliento que sin duda había empezado a invadir también al grupo de mexicanos distinguidos que esperaban en Nueva Orleáns, entre ellos, desde luego, el temperamental Guillermo Prieto. Ni siquiera la presencia en Nueva Orleáns de un militar tan prestigiado como el famoso general Sóstenes Rocha, que ya se encontraba allí antes de la llegada de Iglesias y su grupo, pudo devolver a nuestro autor su optimismo militante y su buen humor (aunque su vena satírica, aun colérica, no lo abandona nunca). Tal vez esta primera sensación de derrota y frustración, aunada a la soledad de la edad y del exilio, nos expliquen un poco muchos de los momentos malhumorados de Fidel, que habrían de agravarse al salir para México su mejor amigo y compañero en el destierro, Joaquín Alcalde, que Iglesias envía a México como un último intento para echar a andar el importante directorio. El gabinete de gobierno de Iglesias empezaba a desmoronarse, pero la misión de Alcalde era vital para el futuro de ese gobierno.

Remembranzas de Juárez

Son muchísimos los recuerdos que pasan por la narración de Fidel y que éste nos cuenta bajo diversas formas literarias: acontecimientos históricos, anécdotas, historias inventadas o

verídicas, diálogos al azar, falsos personajes, leyendas, antiguos duelos de honor, encuentros casuales, álbumes que le envían sus admiradoras, etcétera. También aparecen por allí personajes históricos de la época juarista, como Pedro Santacilia (yerno y secretario de Juárez), Uraga, Trías y otros. Pero la tristeza de Prieto se va haciendo mayor con tanto recuerdo y tantas reminiscencias. Desde mediados de marzo hasta principios de abril, antes de partir de Nueva Orleans, llena su cuaderno, su "Album de los tormentos de mi alma", con una larga serie de poemas y versificaciones con un título común, de suyo siniestro y oscuro: *Días Negros*. Y nos transcribe unos cuantos: *Desencanto, Soledad, Mi Alma, Desamparo, ¡¡Ayes!!* (sic), *Recuerdos de mi hogar, Lamentos*. Un buen retrato, en efecto, de cómo andaba ya, a esas alturas, el ánimo del buen Fidel.

Pero revive mucho al evocar los acontecimientos de 1858, cuando llegó a Nueva Orleans con Juárez y los otros miembros de la *familia enferma*. Dedicó muchas páginas a la descripción de lo que ocurrió entonces en el lugar, los amigos y personas que los recibieron y los acogieron con mucho afecto, casi todas ya desaparecidas, y hasta ciertas historias ocurridas o contadas entonces, muy ligadas a la lucha por la liberación de Cuba. Esta parte de la charla viajera de Fidel no sólo es una de las más interesantes y amenas de su relato, sino es también un testimonio único de una época muy importante en la historia de México.

"Mucho había hablado a mis compañeros (del viaje de 1877, desde luego, FLC) de mis recuerdos de Orleans. El aspecto de la ciudad había cambiado extraordinariamente, de 1858 a la fecha; los amigos que nos recibieron, y a quienes debimos favores y cariño, habían desaparecido. El entonces risueño barrio francés, joven, animado, rico y alegre, ahora se nos presentaba pálido, enfermo, lleno de harapos y como un mendigo; no era siquiera el esqueleto, eran los restos humanos en repug-

nante descomposición...Traté con placer vivísimo a Domingo Goicuría, héroe de la independencia cubana (cuya historia y muerte heroica nos cuenta Fidel)...Compañero inseparable de Goicuría, patriota esclarecido, escritor considerado, Pedro Santacilia fue para nosotros poderoso aliado; veía entonces a México como su segunda patria, y adquirió títulos preciosos para que le llamásemos nuestro los que militábamos en las banderas de la Reforma".⁷¹

Sin embargo, le fue muy difícil a Prieto encontrar aquella modesta *Baranda Conti*, donde se habían hospedado en 1858, de la cual nos ha hablado antes. Pero de pronto, "en una de las noches más sombrías en que nos retirábamos de la *Leveé* (sic), mustios y silenciosos", alguien torció por una callejuela oscura y siniestra, llena de ruinas, bodegones vacíos y animalejos nauseabundos, cuando, bajo unos tejados, se toparon sorpresivamente con un farolillo colgado, que por alguna corazonada incitó a don Guillermo a husmear por el lugar, cuando, sin esperarlo, aparecieron muy borradas ya la letras de *Baranda-House*: era la ruina del hotelito de mala muerte donde se había alojado la *familia enferma*. Fue tan fuerte y conmovedora la impresión del lóbrego y abandonado lugar, que inundaron a Fidel sus recuerdos de aquellos otros compañeros de infortunio y exilio. Llamó a sus amigos, que ya habían empezado a dudar de que existiese tal lugar, y les mostró los lugares donde habían estado el cuarto de Juárez, el de Ocampo, los de León Guzmán, Cendejas y él mismo, así como el rincón donde pasaba las horas Manuel Ruiz.

"Y estos recuerdos iluminaban mi alma y como que exigía mi voz cariño y homenaje a los hombres eminentes que en primera línea figuraron en la grande epopeya de la Reforma. Juárez, con toda su elevación, se imponía en mi memoria; su frente despejada y serena, sus ojos ne-

⁷¹ *Fidel, op.cit.*, pp. 137, 139.

gros llenos de dulzura, su impasibilidad de semblante, su cuerpo mediano, pero desembarazado y airoso, su cabello lacio y como de azabache, cayendo en abiertos hilos sobre su frente...todo quería se apareciese a los demás. Remedaba yo a Ocampo con su largo cabello cayendo hacia atrás, su faz redonda, su nariz chata, su boca grande, pero expresiva, su palabra dulcísima y sus manos elocuentes, porque accionaba de un modo, que las manos eran el complemento y la acentuación de la palabra".⁷²

Pero es la personalidad de Juárez la que más atrae su recuerdo. Le dedica varias páginas al Benemérito y relata incluso varias y muy sabrosas anécdotas suyas, incluso con animados diálogos, en las que participó el propio Prieto, ministro de Juárez.

"Juarez en el trato era dulcísimo, cultivaba los afectos íntimos, su placer era servir a los demás, cuidando de borrar el descontento hasta en el último sirviente; reía oportuno, estaba cuidadoso de que se atendiese a todo el mundo, promovía conversaciones joviales, y después de encender, callaba, disfrutando de la conversacion de los demás y siendo el primero en admirar a los otros, y en cuando a modestia, no he conocido a nadie que le fuera superior".⁷³

Y vienen entonces las curiosas anécdotas. Aunque lo más interesante e importante para nuestra memoria histórica es la narración de los hechos en que Guillermo Prieto salvó la vida a Juárez y a los otros miembros de su gobierno cuando la defección de Landa en Gualajara. Entre los amigos que lo acompañaban esa noche en las ruinas del antiguo hotelito Baranda Conti, oyendo fascinados los recuerdos de don Guillermo, un testigo de primera y el más calificado para narrarles aspectos sobresalientes del movimiento de Reforma, hubo peticiones para que les relatara lo ocurrido en Guadalajara.

⁷² *Ibid.*, p. 140.

⁷³ *Ibid.*, p.140.

"Uno de aquellos señores, para mí de mucho respeto (¿Iglesias?), me instó para que contase lo sucedido en Guadalajara cuando la revolución de Landa. Yo quise excusarme, porque figuré en aquella escena; jamás en veinte años había desplegado sobre ese particular mis labios, no obstante las mentiras que he visto estampadas en las biografías del Sr. Juárez". Acepta finalmente contar la historia, pero lo hace a su manera: desde el principio, con todo detalle en cuanto a las personas y las circunstancias. Comienza su narración histórica con un juicio global: "El año de 1858, fue para la historia de la Reforma el año novelesco por excelencia".

Y se remonta entonces hasta el momento en que Comonfort hunde su prestigio y su gloria en el autogolpe de Estado (tan frecuentes después, en el siglo XX, en Latinoamérica). Es una narración soberbia, amena, nada farragosa, detallada en las personas y los momentos decisivos, pero restringida a lo principal. Pasan por ella todos los acontecimientos que ocurrieron desde aquel lamentable error de Comonfort hasta la llegada de Juárez y su gobierno a Guadalajara. Vienen entonces los detalles sobre el levantamiento de Landa y el secuestro de Juárez y los miembros de su gobierno, con excepción de Prieto, que había salido a otra oficina a redactar un manifiesto, por sugerencia de Ocampo. Los hechos se precipitan, confusos y erráticos. Prieto, en vez de huir, como otros, decide volver donde Juárez y correr su misma suerte. Es el momento en que ya se ha decidido fusilarlos sin mayor trámite, pues se acercaban tropas liberales al mando de Santos Degollado y Díaz ("de Oaxaca"). Es impresionante el relato de don Guillermo y vale la pena transcribir sus párrafos más dramáticos y emotivos:

"En el patio la gritería era espantosa...Una voz tremenda salida de una cara que desapareció como una visión, dijo a la puerta del salón: 'vienen a fusilarlos'...El Sr. Juárez se avanzó a la puerta: yo estaba a su espalda. Los solda-

dos entraron al salón...arrollándolo todo...Aquella terrible columna, con sus armas cargadas, hizo alto frente a la puerta del cuarto...Y sin más espera, y sin saber quién daba las voces de mando, oímos distintamente: '¡Al hombro! ¡Presenten! ¡Preparen! ¡Apunten!...Como tengo dicho, el Sr. Juárez estaba en la puerta del cuarto: a la voz de 'apunten', se asió del pestillo de la puerta, hizo hacia atrás su cabeza y esperó...Los rostros feroces de los soldados, su ademán, la conmoción misma, lo que yo amaba a Juárez...yo no sé...se apoderó de mí algo de vértigo o de cosa de que no me puedo dar cuenta...rápido como el pensamiento, tomé al Sr. Juárez de la ropa, lo puse a mi espalda, lo cubrí con mi cuerpo...abrí mis brazos...y ahogando la voz de 'fuego' que tronaba en aquel instante, grité: '¡Levanten esas armas! ¡levanten esas armas! los valientes no asesinan...! y hablé, hablé yo no sé qué... Repito que yo hablaba, y no puedo darme cuenta de lo que dije...a medida que mi voz sonaba, la actitud de los soldados cambiaba...un viejo de barbas canas que tenía enfrente, y con quien me encaré diciéndole: '¿quieren sangre? ¡bébanse la mia...! alzó el fusil...los otros hicieron lo mismo...Entonces vitorée a Jalisco!...Juárez se abrazó de mí...mis compañeros me rodeaban, llamándome su salvador y salvador de la Reforma...mi corazón estalló en una tempestad de lágrimas...." ⁷⁴

Ralph Roeder, que siempre tuvo gran admiración y afecto por Guillermo Prieto y su obra, narra esta misma escena con todos sus detalles en su famoso libro *Juárez y su México*, sin indicar de dónde está transcrita (aunque sí incluye el *Viaje a los Estados Unidos* de Prieto, en la bibliografía fi-

⁷⁴ *Ibid.*, pp.147-148. De esta conmovedora y verídica escena, crucial en la historia de México, hemos leído desde la infancia numerosas versiones, por lo general contadas de diversas maneras y con diferentes propósitos. Se explican las incongruencias o exageraciones de las que fueron aprendidas y repetidas en forma oral, por testigos presentes en ella o por quienes se remitiéron a ellos como sus fuentes de información hasta antes de 1878, en que se publicó el tomo II del *Viaje a los Estados Unidos* de Fidel. Después de esa fecha se supone que debía dársele su crédito a la narración del propio Guillermo Prieto, lo cual no siempre ocurre.

nal). Por lo demás, es el estilo de Roeder: no señala nunca la fuente específica de sus citas. La hazaña de Prieto en Guadalajara, que Roeder describe con particular énfasis y elegancia narrativa, concluye con un párrafo que denota cierta decepción y tristeza en el gran historiador norteamericano: "La verbosidad del poeta prestó un servicio señalado a la causa liberal, no menos notable porque él resultó el héroe de esa hora histórica. Notable también por el contraste con esta efusión literaria era la nota breve y lacónica con que Juárez apuntó el dato histórico en su diario: 'El día 13 se sublevó la guardia del Palacio y fui hecho prisionero de orden de Landa, que encabezó el motín. El día 15 salí en libertad'. Y eso fue todo. De la intervención de Prieto, ni una palabra".⁷⁵

Con los recuerdos de Juárez y los otros hombres de la Reforma, el relato de los sucesos de Guadalajara y el viaje de Joaquín Alcalde, se despedía el grupo mexicano de Nueva Orleans, dispuesto a esperar todavía noticias esperanzadoras de México. Iglesias había dispuesto evitar la llegada del calor en Nueva Orleans y trasladarse a Nueva York con lo que quedaba de su gobierno, haciendo un pequeño rodeo para visitar las cataratas del Niágara. Pero nuestro poeta, que ha hecho un *flirt* amistoso con una dama encantadora, de nombre Julia, y establece lazos muy cordiales con su familia, no puede separarse de ella sin dedicarle una breve leyenda en verso de veintiséis páginas destinada a complacer a una niña enferma, hermana de Julia.

Alucinaciones místicas, amoríos y llegada a Nueva York

Mientras se dirigen a las cataratas del Niágara, Prieto vuelve a vestirse de Humboldt mexicano: descripciones geográficas,

⁷⁵ Ralph Roeder, *México y su tiempo*. México, F.C.E., 1972, Edición conmemorativa de Pemex en el primer Centenario del nacimiento de Benito Juárez. p. 253.

datos estadísticos, algo de historia, diálogos enjundiosos y visitas a lugares impresionantes en Cincinnati, Cleveland y finalmente Búffalo. Las cataratas lo deslumbran y cae incluso en alucinaciones místicas que le hacen llorar.

"Era un piélago inmenso que se tendía y colgaba en una extensión que me pareció incomensurable; sus gruesos pliegues como columnas de alabastro; sus derramados lienzos como cristal; sus encrespados tumbos como plata fundida; el polvo de las aguas como llama disuelta, como ráfagas de rubí, como partículas de oro...Dios, patria, humanidad, todo querían invocar o ensayaban maquinalmente mis labios; pero me llenaba el infinito...Dios hablaba...¿a qué el átomo?...¿qué tiene que ver con esa sublimidad la voz de la materia?...¡Mortal, mortal!...Siente a Dios... y adóralo!...No sé por qué mi cuerpo se sentía estremecido en todas sus fibras...me estaba ahogando el llanto...¿qué sucedió de mí? ¿qué sentí? ¿cuánto tiempo duró mi entrevista con Dios?...yo no lo sé..."⁷⁶

Temeroso y confundido, Fidel prefiere hacer historia, volver a las anécdotas y, por supuesto, a la poesía. *En el Niágara* se llama su primer romance al famoso lugar; *Al Niágara* es el segundo, escrito el 5 de mayo a las tres de la mañana. Con esa fecha patriótica en la cabeza, con la memoria de Juárez nuevamente, nuestro autor y sus compañeros prosiguen el viaje a Nueva York. Conmovido por la fecha, se esconde en el cuarto de fumar y compone una oda a la gesta histórica: *Patria.-5 de Mayo*.

Y de pronto, en la ciudad de Albany, capital del estado de Nueva York, donde la comitiva se aloja en un hotel, el buen Fidel vuelve a las andadas: coquetea con una hermosa irlandesa (¡otra "irlandesa"! de seductores ojos verdes y la cautiva hablándole de las maravillas que hay en México. La

⁷⁶ Fidel, *op.cit.*, pp. 201-202.

irlandesa decide irse con él a México y no hay modo de quitársela de encima.

"A la media hora de conversación, Emma estaba casi decidida a marchar a México: yo, al principio, le ofrecía toda clase de facilidades; pero confieso que su resolución me alarmó, y hablé algo de vómito y de lo riesgoso de la navegación. Pero Emma era una amiga que no quería abandonarme y que a su vez me procuraba todo género de facilidades. Confieso que no me divertía mucho eso de volver a México con la adquisición americana. ¡Oh, qué jolgorio para mis buenos amigos! ¡Oh, qué cosecha para la caricatura! ¡Oh, y qué despabilado viejecillo con la *lady* viajera llenando las calles! ¡Por vida del demonio! El flujo de la lengua me tenía en un apuro. En los ademanes, en los arranques, en aquella expedición de Emma, conocía, sin que me quedase ninguna duda, que aquella criatura me iba a manejar como un chiquillo... Sin ser visto, como un prófugo, como un ladrón, abandoné el hotel, seguro de que Francisco (Gómez Palacio) arreglaría todo, y me refugié en la estación, desde el alba hasta la hora de salida de los trenes para Nueva-York, siempre temiendo a la irlandesa convertida en toro".⁷⁷

La llegada a Nueva York es como el ingreso a un gigantesco carnaval de la modernidad técnica y social. El río Hudson, la inmensa estación ferroviaria, la Quinta Avenida, la ruidosa calle Broadway y el Columbia Opera House, todo llena la imaginación -y la pluma- de don Guillermo. Sus amigos y él mismo estaban contentos de haber llegado a la gran ciudad. Al día siguiente de su llegada comienza la gigantesca narración o "charla" sobre esta maravilla del progreso material y social, que se prolongará durante unas 567 páginas, según el riguroso conteo de Malcolm McLean.

A propósito de unos niños de buen humor que entran a su cuarto para despertarlo y llevarlo a ver un teatrito de segunda clase, Fidel hace su comentario: "Sabían mi propósito

⁷⁷ *Ibid.*, pp.234, 236.

de verlo todo para todo contarlo, de escabullirme en encrucijadas y vericuetos, regios salones y en *meetings* tempestuosos, de llevar mi daguerrotipo frente a la Aspacia y a la Lucrecia, lo mismo reproduciendo el palacio espléndido, mansión del opulento, que la oscura buhardilla, antro de la miseria". Y, naturalmente, siempre con su musa callejera...

Algo que lo sorprende mucho y en ocasiones lo aturde son los inmensos edificios que se elevaban dos o tres veces más que el Palacio de Iturbide o la Casa de los Azulejos. Son los famosos rascacielos, palabra que tal vez no se usaba aún en la época de la visita de Fidel a Nueva York, o al menos era todavía poco frecuente en el habla común. Le fascinan las tiendas de todo lo habido y por haber en esos años: joyas, lienzos, granos, vestidos, muñecos, etcétera, y sus enormes anuncios que sobresalen, "no obstante que no hay casa, ventana, ni quicio, que no tenga letrero". Le repugnan las escenas de box y las enojosas o deprimentes reflexiones a que conducen. Pero en cambio le seducen de inmediato, pues, este...obviamente, las mujeres de Nueva York. Oigamos al poeta:

"Donde se puede decir que reside lo característico de la concurrencia de esta ciudad, es en la mujer, que descuellosa libre y grandiosa, floreciendo como yo no había visto jamás...La mujer es alta, sus formas tan correctas y bien repartidas, que se adivina, al través del traje la perfección de líneas y contornos...El óvalo perfecto del rostro, sobre cuya frente, en cascadas de oro, tiemblan espumas de delicados rizos, tiene cierta elevada fiereza, que subyuga; cae sombreada su mirada por pestañas como aureola de luz, y de sus frescos labios se desprende el reflejo de su dentadura de marfil, como iluminando sus sonrisas. Son grandes las manos, pero artísticas...(¿y los pies, señor Fidel?) No hablo de los pies, porque esos pies no pertenecen al bello sexo".⁷⁸

⁷⁸ *Ibid.*, p.263.

Pero en Nueva York descubre don Guillermo que también hay a veces mujeres feas: "Por supuesto los ejemplares que sirven de contraste a esas beldades, son disparates en dos pies, blasfemias con chanclas, faltas a la vergüenza con pañolones, con chaquetas burdas, colgajos, arameles y nudos insultantes, piélagos de trapos de todos colores, entre los que naufraga una fisonomía llena de arrugas". Y para no seguir deprimiéndose con ese asunto, nos cambia la conversación súbitamente para decirnos que hemos llegado a la plaza de la Union (*Union Square*)...

Hay dos lugares sociales que le interesa investigar: los famosos *bar-rooms* y las dulcerías. Sobre los primeros hace profundas indagaciones, además de las descripciones directas, y descubre su genealogía y sus transformaciones. Incluso le dedica un decoroso romance al *bar-room*. No es un lugar que le guste, pues, por sus componentes, es sólo una "taberna de baja ralea". Pero el *bar-room* ha sufrido cierta evolución, y ya hay incluso algunos más elegantes donde se ofrecen helados o *ice-creams* a las ladies en un gabinete aparte en donde "no se fuma, sonríe el amor y tiembla el bolsillo".

Pero hay también algunos más empeñosos en la alegría y ofrecen entonces música con orquesta o con un órgano complicado llamado *orquestiva*, y donde tienen bailes y funciones teatrales. Existen ciertos de estos lugares, que parecen escandalizar un poco a nuestro autor, donde "corren en todos sentidos descotadas chicas, vestidas de modo que parecen desnudas, con la pierna acariciada directamente por el viento, y el viajero ignorante tiene sus primeras nociones de inglés por una especie de Olendorff práctico con el que muchos aprenden, y jamás se ha podido imprimir. Pero eso es como si dijéramos la desviación y el torcer rumbo". En cuanto a las dulcerías, con mesas de mármol, existen varias combinaciones, pero es básicamente un negocio individual

con mostrador, banquillos de casi un metro de altura y vasos, donde se consume de manera increíble dulces y pasteles. "La dulcería es el lazo que une a la mujer y al niño", concluye Fidel.

Se precipita la disolución del "gobierno" de Iglesias

Al llegar a Nueva York, en la perspectiva de la "crónica secreta", la situación parecía abrir rendijas importantes para poder abrigar esperanzas. A pesar de las impresiones desconsoladoras que había enviado Joaquín Alcalde sobre los resultados negativos de su misión y el mutismo casi completo de los partidarios de la legalidad, existía aún un grupo firme y decidido a no transigir con la rebelión de Tuxtepec y el gobierno ilegal de Díaz. Ya sólo acompañaban a Iglesias su hijo José, que había regresado a Nueva Orleáns, los tres ministros que aun quedaban en su compañía y el general Sóstenes Rocha. Pero la posición del "gobierno" constitucional era ya muy endeble.

"A fines de Mayo -escribe Iglesias- un relámpago de esperanza vino a iluminar tan abatida situación: algunos jefes de importancia y de resolución se manifestaban prontos a saltar a la arena sin pedir recursos. Otros ofrecían secundarlos, luego que se iniciara el movimiento legalista. Creíase contar con los tuxtepecanos descontentos...Esperábase que el General D.Diego Alvarez se sostuviese en el Estado de Guerrero, y que ocurrieran revoluciones locales en los Estados de México, Hidalgo y Veracruz...Coincidió con esta favorable perspectiva lo que comunicaba el Oficial mayor D. Manuel Sánchez Mármol acerca del éxito de su misión".⁷⁹

La verdad es que sólo eran buenos deseos de los más acelerados partidarios de Iglesias y del orden constitucional.

⁷⁹ Iglesias, *op.cit.*, p.329.

"Estos anuncios, estas ilusiones, estas esperanzas, desaparecieron en pocos días como el humo. Las noticias comunicadas en el mes de junio fueron en sentido diametralmente opuesto a las anteriores". Los supuestos jefes militares que parecían dispuestos a levantarse contra los tuxtepecanos (Iglesias casi nunca volvió a mencionar a Porfirio Díaz) se pasaban la pelota unos a otros; no hubo forma de publicar un periódico como órgano oficial del movimiento constitucionalista; se hablaba de que la causa ya había perdido su oportunidad, y que el deseo de paz se imponía a cualquier otra consideración. Las conclusiones de Iglesias no podían ser más desconsoladoras: "Sin acción, sin dinero, sin fuerza armada, sin elemento alguno de vida, solamente podía contarse con lo *imprevisto* para el buen éxito de la causa abandonada" (subrayado original).

La segunda *familia enferma* de don Guillermo Prieto estaba esta vez en auténtica agonía. La desbandada iba a empezar pronto, aunque no por defección, renuncia o traición. Perdida la causa, empezaron a imponerse los problemas personales, sobre todo los familiares. Llevaban ya más de nueve meses en el ajetreo político, las escapatorias, el riesgo personal y familiar, la falta de ingresos, el diario trote de exilados, la moral cada día más derrotada y el convencimiento de la inutilidad del sacrificio. "Quise, sin embargo, recibir nuevas e inequívocas informaciones de lo que estaba ya bien averiguado; quise prolongar todavía por algún tiempo mi permanencia en el extranjero, por inútil que pudiera ya considerarse". El "ministro" Lancaster Jones se vió obligado a regresar a México a fines de junio. A su buen juicio y autorizada opinión dejó Iglesias la evaluación definitiva de la situación en el país, para tomar una decisión final.

Un gran curioso en Nueva York

Fidel, sin embargo, al corriente de todo lo anterior, se hace de la vista gorda y acelera su visita callejera a Nueva York. Ante la inminencia de una decisión drástica, quiere ver todo y estar en todas partes. Acumula montañas de apuntamientos, describe todo lo que pasa por su vista, lo que oye, lo que le cuentan, lo que hay en las estadísticas oficiales, los programas de mano, los folletos turísticos, las guías de viajes, sin olvidar por supuesto las pequeñas narraciones de folletón que se le van ocurriendo en su calidad de cuentista o novelista frustrado. Y seguramente convencido de que se halla ya al final de su última jornada de "ministro", recupera su paso aventurero, su buen humor y su espíritu satírico, dispuesto a mostrar a sus compatriotas lo que es la gran civilización norteamericana concentrada en Nueva York.

Su curiosidad se detiene en muchísimas cosas, pero no se le escapa la importancia de los implementos técnicos de la vida moderna y en especial el uso del carruaje o del carrito en la organización del trabajo bien hecho y lo que hoy llamamos "la productividad".

"Si yo fuera capaz, escribía una obra que se titulara : 'Del carruaje y de su influencia en la sociedad americana'. La sustitución de la máquina al hombre, es decir, el ahorro del esfuerzo material sustituyéndolo con la máquina, es instintivo aquí, al parecer, desde las clases más embrutecidas. Al presentarse un obstáculo cualquiera, no se lucha directamente, se recurre a la palanca, a la garrucha, a la tenaza, al cordel, muy contrario de lo que hacemos nosotros, y no por pereza, no por debilidad, sino por amor al éxito; y así como a la navaja le llamo yo el sexto dedo del yankee, al carrito de mano le doy el nombre de su tercer brazo... Hay carros pequeños y grandes: constituyen la cuna del niño hecho carretelita, el caballo del muchacho como velocípedo, el esclavo del hombre para sus faenas, su mansión ambulante en el desierto, su pala-

cio en las ciudades, su alcoba y su ataúd..El panadero, la lechera, el cervecero, la verdulera, el jardinero, hacen acopio y distribución de sus frutos en el carro...Si después de considerar al carro como útil de trabajo, se le mira como asociado a la vida íntima, el carro arraiga al hombre en la familia, le facilita gozar en conjunto, se traslada con ella, niños y grandes recorren juntos la distancia, y van al mercado o a la fiesta".⁸⁰

No nos imaginábamos a don Guillermo tan buen aprendiz de sociólogo, pero la cita es sólo un fragmento de un largo análisis sobre la importancia del carro entre los estadounidenses de su época que incluso hoy podemos leer con placer y apreciar al mismo tiempo sus virtudes de atento observador. Y de los carritos pasa a las fiestas, a las historias, a las anécdotas, a los diálogos que tanto disfruta relatando; en fin, a las caricaturas y las bromas. Sus observaciones son a veces más bien producto de frustraciones físicas, que a pesar de su enojo o irritación también las describe con exabruptos jocosos. Son observaciones de importancia social e higiénica, como lo sabían ya los romanos desde la época de Vespasiano, cuando al parecer se inventaron tranquilizadores sociales construidos en las calles.

Pero al pobre Fidel, según nos cuenta, le fue como en feria, y no es sólo una frase. Agobiado por el calor de mayo y junio en Nueva York, sometido a sus andanzas callejeras, ¿qué podía hacer al alcanzarle la crisis? Por lo pronto, un raptó de enojo, pero también una sutil reflexión sobre las paradojas de la civilización. Hay que oírlo, al menos, en uno de sus momentos de ira, fecunda siempre (o casi siempre) en deliciosas parrafadas de buen humor literario:

"El hecho es espantoso; ¿pero qué se hace con respecto al excedente de los líquidos en un país en que marcha día a día como embodegado y en secciones un océano de

⁸⁰ *Fidel, op.cit.*, pp.281, 282, 283.

lager beer, y otro de soda? Se aguanta: ¿y si no se puede? Habrá acueductos subterráneos, habrá lo que se quiera; pero no se da a luz el remedio de la necesidad. Sobre que ni hay zaguanes, ni recodos, ni parapetos, ni abrigos en el interior de la ciudad, si no es que en una que otra plaza... Si la ausencia de consuelos nace de pulcritud, poco se logra; porque si es cierto que en las calles centrales no se advierten desmanes, en las calles apartadas es el asco y la inmundicia; no hay callejón, ni cerca, ni despoblado, que no tenga lagos, que no rastros, del contrabando espantoso de los líquidos. Como el *bar-room* es el recurso más obvio, he tenido que adicionar mi presupuesto".⁸¹

Y sigue así don Guillermo sus recorridos por la ciudad. No se le olvida la gran oficina de Correos, donde lo reciben con amabilidad y le muestran el sistema moderno, en el que tiene verdadero interés profesional nuestro autor. Tampoco su agitado ascenso a la Iglesia de la Trinidad. Lo impresiona mucho el tren elevado en la calle Greenwich y mil lugares más de Manhattan y sus alrededores. Conoce amigos o los inventa para transcribimos diálogos alegres o picantes. Pero también lo llevan a lugares interesantes, como el zoológico, donde pasa momentos muy agradables, excepto en un lugar: "La sección del Parque en que nos hallábamos contiene varias jaulas con aves preciosas. Hay una destinada a las águilas y buitres, frente a la que no me quise detener, porque no me encuentro bien frente al poder militar".

Desde mucho antes nos ha dicho que a William C. Bryant (1794-1878) lo considera el poeta más grande de su época, muy superior desde luego a Longfellow que muchos exaltan como el mejor de los Estados Unidos en esos años. Por ello lo entusiasma tanto la invitación de Bryant a pasar con él uno o dos días en su casa de campo, en Roslin, que Fidel relata ampliamente en una supuesta carta que le escri-

⁸¹ *Ibid.*, p.290. Subrayados del original.

be al único amigo cercano que le queda en Nueva York, Francisco Gómez Palacio. Fueron dos días inolvidables para Prieto, pues conoce la intimidad de alguien muy cercano a él en dos variantes fundamentales de su vida intelectual: la poesía y el periodismo. Además de transcribimos un fragmento de su famoso poema *Thanatopsis*, publicado en 1817, en traducción de su buen amigo Ignacio Mariscal en 1857, nos informa que Bryant ha sido siempre gran amigo y partidario de México.

"En sus relaciones con la vida pública, Bryant está persuadido en lo más íntimo de sus convicciones, de la misión augusta de la prensa. Cree que ésta es un sacerdocio de progreso y verdad, elevado sobre todas las miserias y sobre todas las pasiones, fijo en los principios de la civilización y de la confraternidad universal; así, en las luchas de México con los Estados Unidos, se ha alistado entre los enemigos de la usurpación, de la violencia y de ese destino manifiesto, que no es sino la brutal ostentación de la ley del más fuerte".⁸²

A su regreso de Roslin, hace una gran visita al edificio que aloja las oficinas e instalaciones centrales de la empresa telegráfica de mayor renombre en Nueva York: la *Western Union Telegraph Company*, que entusiasma la gran curiosidad tecnológica de Fidel. Nos hace una descripción minuciosa de sus sistemas y aparatos, que le han dejado con la boca abierta. "Ese espectáculo que se ve con el espíritu me hizo, yo no sé por qué, más impresión que el Niágara mismo". Las cifras estadísticas ruedan a borbotones por sus manos de cronista viajero.

Y por fin puede asistir a uno de sus espectáculos predilectos desde su juventud: el teatro. Aquí no es tanto el edificio lo que le impresiona sino la representación teatral a la que le toca en suerte asistir: la *Gran Duquesa*, de Offenbach,

⁸² *Ibid.*, p. 339.

"favorita del público de México, aquella caricatura de los grandes palacios y de la ridícula pompa de las cortes". Pero, además, había la gran actuación de la Aimée, actriz predilecta de nuestro autor. "¡Cómo me halagaron mis recuerdos! ¡cómo traía yo á mi memoria con orgullo la manera con que ha sido comprendida y ejecutada en México esa pieza!".

Pero nuestro pobre Fidel, fuera de esas grandes distracciones intelectuales o técnicas, empieza a ser una verdadera víctima del calor espantoso que se abate sobre Nueva York al avanzar el mes de mayo. Se desespera, se enfurece, pierde la calma, se le nubla la cabeza, no encuentra palabras para maldecir el tiempo y relatar los horrores que lo sofocan. Añora como nunca a su México amado:

"Por ahora todo sucumbe al calor. Un calor que agobia y mata la facultad de pensar; se siente como arena ardiente en las entrañas, nos baña el sudor, los ojos arden y la palabra se arrastra con sonido extraño en los labios secos. Toda la pompa, todas las grandezas, toda esa ostentación de civilización y de lujo que con justicia se admira en Nueva York, se cambiarían por un cuarto en el más pobre arrabal de México. Este es un horno, se masca el aire".⁸³

A pesar de achicharrarse en esa "sucursal de los infiernos", como llama Prieto a Nueva York en sus momentos de mayor enojo, trata de arrastrarse a librerías, bibliotecas, sobre las que nos proporciona cifras y cifras, pero le molesta no hallar en los atriles de periódicos y revistas ninguna publicación mexicana. Y también se las ingenia para visitar museos, escuelas y monumentos históricos. Todo ello le muestra la democratización de la ciencia y la cultura, al alcance de todos, ricos o pobres. Y vuelve a enojarse, ahora contra la exclusividad de la ciencia que prevalece en Mexico:

⁸³ *Ibid.*, p.355.

"En mi país, la ciencia es curiosidad, es tentativa; aquí es atmósfera. Nosotros tenemos tesoros de sabiduría que se encierran en los gabinetes, la ciencia cambia de templos; aquí anda en la calle y se confunde con la multitud. En mi patria, la ciencia y los grandes conocimientos son joyas que se ven al través de los cristales ó que ostenta un poderoso; aquí es como la corbata, como el calzado; es menos rica, pero está al alcance de todos".⁸⁴

Y continúa la prolongada charla de Fidel sobre la educación y la enseñanza gratuita en los Estados Unidos en comparación a la forma elitista que asume en México. Visita hoteles, estanques, plantas y hasta acuarios, donde nos enteramos que detesta profundamente a los pescados: "los pescados no son animales simpáticos para mí, y según me había observado Francisco (Gómez Palacio), tienen unas caras de estúpidos y unas analogías con la gente de sacristía, que me molestan". Y, sin embargo, se deja convencer por un gran dirigente norteamericano, de origen alemán, que preside la *Sociedad Americana para prevenir las crueldades contra los animales*. Después de la exposición del gran misionero, cuyas explicaciones han avergonzando mucho a nuestro autor, éste baja la cabeza y nos confiesa su bochorno: "Yo me sentí humillado...recordaba nuestra conducta con los animales; me veía tentado de pedir perdón, en nombre de mi país, al primer caballo que topase en la calle".

Pero existía otra razón para sentirse abochornado por la cuestión del trato a los animales: él mismo, según nos dice, se siente una verdadera bestia al intentar hablar inglés, a pesar de todos sus esfuerzos. Sus lamentos son de tenerse muy en cuenta al oír las historias por las que pasa con frecuencia:

"Estas serias meditaciones después de tratarse de animales, es porque me encuentro más animal que nunca en

⁸⁴ *Ibid.*, p. 369.

materia de inglés. Ya están al tanto mis lectores de mis primeras campañas de San Francisco...pues, señores, aquí, en esta gran ciudad, se ha agravado mi mal hasta hacerme creer a veces que estoy siendo presa de una seria afección mental. ¿En qué consiste que mientras más brutos sean los individuos aprendan mejor el inglés? Cualquiera de estos negros que merecen un bozal; cualquiera de estas arpías que vomita la Italia y que expele la Francia; cualquiera de estos chinos que parecen de masa cruda, en dos por tres se ponen al corriente y se incorporan a la humanidad: yo estoy cada vez más bruto, y cada día me siento más extranjero. Yo estudio, consulto, me rompo los cascos y nada me vale".⁸⁵

Y ya para cerrar su segundo volumen de viaje por los Estados Unidos, nos relata la anécdota de lo que le ocurrió con su lavandera por este defectito mental de no poder hablar el inglés. Sin camisas, sin ropa limpia por ausencia unos días de la tal lavandera inglesa, cuando ésta volvió Fidel le pide que vaya más seguido, que le lave más a menudo la ropa porque no puede andar desnudo. Intenta hacerlo ¡en inglés! La lavandera se indigna y empieza una ruidosa discusión: ella en inglés y él en castellano. "La reyerta, nos dice nuestro autor, era espantosa". Por fin apareció en la puerta Gómez Palacio, vecino de cuarto. Le pide a Prieto que le repita lo que le ha dicho a la mujer, pero al oírlo se suelta la carcajada: "¡Bárbaro! ¿sabes lo que le estás diciendo a esta mujer?...¡Cómo que lo sé!..Le estás diciendo que se quite su ropa, que se desnude...".

Con unas anécdotas más, una cana al aire oyendo nuevamente a la Aimée y recordando gracias a ella al teatro Arbeu de México y a la Patria, como siempre, Fidel nos invita a seguir escuchándolo en el *Tercer Tomo* de su crónica de viaje por los Estados Unidos.

⁸⁵ *Ibid.*, pp. 385-386.

TERCER VOLUMEN

Últimas semanas en Nueva York

Lo que nos relata Fidel en el tercer grueso tomo de sus crónicas de viaje son sus últimas andanzas en los Estados Unidos durante el caluroso mes de julio. Gracias a las cartas de presentación y recomendación, que le había extendido su amigo el poeta William C. Bryant, puede visitar todavía algunos lugares importantes que le interesaban, como el City Hall o Palacio Municipal, donde recibe permisos especiales para recorrer algunos lugares públicos de no fácil acceso, como las prisiones y algunos otros. Pero también desea conocer los mercados, acompañado esta vez por una amable compatriota, una tal Adela, que no sabemos de donde salió. Datos y más datos, cifras tras cifras, anécdotas y bromas, todo ello es motivo de regocijo para don Guillermo.

Luego entra a las grandes tiendas de ropa en Broadway y no olvida los establecimientos de ropa usada y los "ropa-vejeros", que también existían y eran populares en México. Merodea por el Cementerio de Greenwood, que le permite hacer con toda justicia un encendido elogio a los bomberos. Sale de paseo a Jersey, con Iglesias y los pocos amigos que quedan. Va a la Estatua de la Libertad y a la fábrica de los pianos Steinway. Finalmente, reposa un poco para reflexionar, ya con mayor información y tranquilidad, en los violentos contrastes que se dan entre la prosperidad de los Estados Unidos y el atraso de México. Algunas de sus apreciaciones son severas y no dejamos de percibir un sutil y filoso fondo político al recordar que las escribe para ser publicadas en México:

"En los gérmenes primitivos de este pueblo estaban encerrados sus elementos todos de grandeza: la libertad religiosa; porque en pos de ella habían atravesado los

mares de los primeros pobladores, y llegó con ella a estas playas la libertad civil, porque al constituirse, ejercieron sus derechos en la ancha base de las funciones municipales, miniatura del gobierno y la igualdad... No es, pues, la diferencia entre los Estados Unidos y nosotros, que a ellos los uniese y a nosotros nos desuniese la federación: la diferencia es, que ellos eran hombres y conocían y sabían ejercer sus derechos, y nosotros éramos poco menos que esclavos, enervados por una tutela de trescientos años".

Pero hay más: en los Estados Unidos la democracia se ha realizado con características muy distintas a las que les conocemos a ciertos pueblos que de tales sólo tienen el nombre. ¿Cuáles? Dedúzcanlo, contesta Fidel; y para ayudarnos en la deducción, nos da ciertas pistas:

"La categoría del cielo consagrando la perversión del espíritu en el secuestro de la conciencia; la categoría militar haciendo del asesinato una profesión y un taller de violencias el cuartel, haciendo de la disciplina un instrumento de asfixia; la categoría de la sangre, llevando a los destinos públicos la pereza, la ignorancia, la lujuria y el robo; la categoría del saber haciendo de las aulas estancos de la luz, cuando no oficinas falsificadoras de la verdad...¿Y las clases? ¿y la nobleza? ¿y toda la nomenclatura de saltimbanquis que son el azote de los pueblos?"⁸⁶

"En una palabra; nosotros, es decir, los pueblos hispanoamericanos...por nuestra tradición y a causa de nuestra propia independencia, presentamos constantemente el espectáculo del pueblo en su tendencia a elevarse; y las clases en su afán de deprimirlo: el pueblo, un instante levantado, pero sin cimientos, sin bases sólidas, sucumbiendo para volver a levantarse de nuevo; y en este vaivén, un corto número de ideas liberales, según la expresión feliz de Gómez del Palacio, luchando por hacer entrar en el carril del progreso social a los millones que

⁸⁶ *Ibid.*, *Crónicas de viajes 5*, *op.cit.* pp.41, 42-43.

tienen fuera de él los vicios de la educación, la abyección y la barbarie".⁸⁷

El futuro está, pues, en manos de los verdaderos liberales, como él mismo y amigos que lo acompañan. Pero interrumpen sus cavilaciones sobre nuestro futuro muchos acontecimientos que le están esperando en Nueva York: una visita cuidadosa a la Aduana, donde lo enfurece uno de los altos jefes al hablarle de la conveniencia de establecer un tratado comercial entre los Estados Unidos y México para "para estrechar los vínculos por medio de relaciones de igualdad...un tratado en que se concilien todas las ventajas, de una manera amiga..." Fidel resopla de rabia: "Yo no repliqué, porque sentía que mi asiento se hundía y que me faltaba la razón". ¿Cómo, un tratado arancelario entre Estados Unidos y México que nos sometería a su poder económico?

"Un sistema en que gozáramos todas las libertades por medio de un tratado como el de Zollverein, es nada menos que la pérdida de nuestra independencia; o así fué, o así lo comprendí: el caso es que abrevié mi visita y me propuse imponerme con alguna otra persona de la cuestión de aduanas, o no imponerme, que de cóleras estoy harto, y masco la bilis por estas calles de Dios. ¿Querer que México sea la India de esta Nueva Inglaterra? ¡Un demonio!".⁸⁸

⁸⁷ *Ibid.*, pp.44.

⁸⁸ *Ibid.*, p.47. Guillermo Prieto fue desde muy joven enemigo acérrimo de cualquier sistema arancelario y muy desconfiado de los tratados semejantes a los que existían entre Inglaterra y algunas de sus colonias de ultramar. Fue siempre un librecambista de pura cepa. Más adelante dice: "La Zona, un mercado en que no se tenga concurrencia para dar salida a los artículos que produce este suelo (el de los Estados Unidos, desde donde escribe); el proteccionismo que unos cuantos propagan en mi país, ciegos y obstinados, este será el cáncer que devore a México". La gran revolución para él sería una especie de sistema de libre comercio, pero abierto a todos los países. Una visión decimonónica que hoy resulta muy curiosa.

Al margen de todos estos corajes que le hace pasar el proteccionismo comercial, en los ya pocos días que le quedan en Nueva York, alcanza a ver, oír y sufrir a veces muchísimas cosas, lugares, personas, historias, conflictos, fiestas, etcétera. Además de sus obsesivas cuestiones aduanales o sus preocupaciones por el sistema educativo norteamericano, le toca asistir a la "gran orgía" del 4 de julio, día nacional en los Estados Unidos, temeroso de antemano por lo que había leído en libros de viajes, le habían contado amigos confiables y él mismo había imaginado al escuchar la víspera algunos "cohetes" y explosiones diversas que le infundieron temor: "Ibamos a tener la de Dios es Cristo":

"Hablando de las espontáneas demostraciones de semejante día, se hacían descripciones casi terribles. Hombres disparando al acaso sus armas, mujeres sin límite ni valladar, haciendo ostentación de sus encantos; y la orgía en toda su plenitud, se exponía como en caricatura para hacer el apoteosis de la emancipación del pueblo gigante. Infundados salieron mis temores y fallidas mis esperanzas, porque no he visto cosa más tristonera ni más sosa que el día que acaba de pasar".⁸⁹

Todo estaba desierto y las casas, tiendas, edificios y oficinas permanecían cerradas. Sí, ciertamente, había muchos borrachos en las calles y se escuchaban *cohetes* y *palomas*, pero en un marco de aburrida tristeza que deprime a *Fidel*: "Hay muchos borrachos: como suicidas, se emborrachan en un aislamiento que contrista. Así, había ayer personas que quemaban cohetes en unipersonal sombrío, como quien habla solo. A las diez de la noche, la ciudad estaba más quieta que en los días comunes".

No le va mejor cuando se le ocurre visitar el museo de cera, que no sólo le impresiona y lo asusta, sino le produce indignación al ver entre las figuras humanas personajes co-

⁸⁹ *Ibid.*, p.60.

nocidos de nuestra historia, y nada menos que los padres de la Patria: Hidalgo, Morelos, Bravo, Allende. Sale horrorizado del lugar y se dedica a recabar informaciones sobre hospitales...Pero lo que por fin le divierte un poco son ciertos aspectos de las entretelas políticas norteamericanas de entonces. Se distrae tratando de traducirnos lo que es el *humbug* (*¿chasco o borrego mexicanos?*), la *Plataforma* (programa de la futura "administración"), que se acredita mediante dos resortes: la *prensa* y el *Speech*. "En el primer órgano se apiñan los noticieros, los politicastos y la gente de turbulencia sedentaria, y aquello es la mar: por un lado el insulto, la diatriba asquerosa, la calumnia, las alusiones a la vida íntima, la rabia del desenfreno; por el otro, las ríomezas deslumbradoras halagando las ideas populares". Y por allí sigue nuestro autor, divertido o indignado por las oscuras trampas y maniobras del sistema político norteamericano. Pero las mil variantes del famoso *humbug* le ocupan al buen Fidel muchas páginas.

Fidel y los comunistas

Fidel se dispone a partir de Nueva York. Pero no tiene siquiera tiempo de decirnos las razones de su súbita decisión, cuando ocurren hechos gravísimos en los Estados Unidos que lo obligan a aplazar su regreso a México: la ejecución mediante la horca de once dirigentes obreros, hecho en el que se extiende un poco por "la trascendencia que está teniendo". Nos relata que con motivo o pretexto de la parálisis de los negocios se rebajaron en un diez por ciento los salarios de los trabajadores en varias empresas. "En varias fundiciones y fábricas, al mismo tiempo de amenguarse el salario, se aumentó el trabajo y en alguna se hizo notable el mal trato a los obreros". Los trabajadores de Macburg, en Pennsylvania, protestaron, enfrentándose a los dueños y la

policía. Hubo enfrentamientos y muertos, por lo cual se condenó a muerte a once obreros "de los de mayor inteligencia y prestigio".

Como las ejecuciones fueron hechas con gran lujo de barbarie, el suceso provocó una insurrección general en el gremio de los obreros, que disponían de organizaciones poderosas. Estalló la huelga en los ferrocarriles y en las minas de carbón de toda Pennsylvania, y el movimiento se propagó como "incendio de una terrible insurrección". El cuadro que nos pinta don Guillermo es de enorme violencia:

"Destrozáronse trenes de mercancías, incendiáronse wagoes y se lanzaron ardiendo a los grandes depósitos; millares de hombres se precipitaban contra la fuerza armada que simpatizaba en algo para con los insurrectos, y el incendio, la matanza y el desencadenamiento de todo lo que hay de más feroz en el tumulto, se vio en grandes focos, y tiene, con razón, en alarma y en espanto a la sociedad entera".⁹⁰

¡Gran preocupación y susto de Fidel! Las noticias alarman a todo el mundo: "El telégrafo, instante por instante, transmite relaciones de horrores que vocean los muchachos. En las mañanas, en las tardes, a deshora de la noche, los papeleros infatigables, van como teas encendidas difundiendo la alarma". Los diarios cabecean a ocho columnas noticias espeluznantes: "Alborotos en Siracusa, Albany, Chicago y San Luis"; "Delaware, Lackwana y el Oeste se unen"; "50,000 mil hombres próximos a lanzarse al tumulto"; "Un gran *meeting* convocado por los comunistas", etcétera (traducciones del propio Fidel).

Pero aunque nuestro autor despotrica contra los ricos y los aristócratas del peor género, "con intereses opuestos a los de la comunidad", Prieto siente horror hacia los comunistas,

⁹⁰ *Ibid.*, p.143.

cuyo recuerdo de la Comuna de París parece tener muy presente en el grave conflicto obrero-patronal de los Estados Unidos: "En las fábricas, otra es la cuestión; pero con todo, no tenderá sus brazos la Comuna, no encenderá sus hogueras el petróleo, no recorrerá la internacional los pueblos, con su cortejo de furias de hambre. Franceses, irlandeses y alemanes comunistas, vagos de todas las naciones, derraman en frío sus reminiscencias".

Antes de volver a México

Hay dos versiones sobre la causa que motivó el repentino regreso de Guillermo Prieto a México. La primera, tal vez la fundamental y decisiva, la explica Iglesias en lo que hemos llamado la "crónica secreta". La otra, por supuesto, es la que expone el propio Prieto en el tercer volumen de su crónica viajera a los Estados Unidos. Iglesias recibe noticias de México que hacen ya inútil e imposible la existencia de su gobierno itinerante. "Acordóse entonces por unanimidad la vuelta a la República...Los Ministros Gómez del Palacio y Prieto se separaron de mí el 27 de julio, y volvieron a México por el rumbo de la frontera".

Tal vez imposibilitado de referirse a razones políticas, Fidel nos habla de la peligrosa enfermedad que tenía agobiado a su hijo Manuel Guillermo y la urgencia de volver a su hogar. Pero después de hablar con sus compañeros de viaje y de infortunio, decide efectuar el regreso por el camino más largo y difícil: por Texas y la frontera con México. Es obvio que no desea salir de los Estados Unidos sin volver por última vez a San Antonio, donde en la década anterior pasó gratos y tranquilos años en compañía de su familia al distanciarse de Juárez. Gómez Palacio, en efecto, decide acompañarlo "en tan costosa e incómoda travesía sin atender a sus molestias ni a sus sacrificios pecuniarios".

Pero antes de volver a México, Fidel tiene tiempo de sobra para hablarnos de mil cosas, entre otras resumir en unas pocas páginas el desarrollo de la literatura norteamericana, desde sus orígenes hasta la época de Prieto, atribuyendo el trabajo a un cubano amigo suyo, Néstor Ponce de León, impresor y librero avecindado en Broadway, aunque aclarando que el resumen se basa en una publicación de ese país, la *Enciclopedia de la literatura americana*, editada por Dunkirk.

El tormentoso amorío con la gaditana

Y se las arregla para inventar, entre otras, una historia truculenta, de carácter amoroso, con una andaluza de Cádiz ("una beldad misteriosa de la que todos hablaban *sotto voce* y que nadie conocía"), con la que nunca cruza una palabra, pero a la que logra admirar de lejos en su ventana y a quien trata de seducir narrándole en un álbum, que ambos se pasan noche a noche por debajo de la puerta, una historia romántica, de amor y lágrimas, la *Leyenda de una monja*:

"Con los vagos datos que poseía yo de una gaditana viuda, en la flor de la vida, hermosa como el lucero de la mañana y encerrada en las cuatro paredes de un hotel, en país extranjero, hice mi composición de lugar y sembré y cultivé en mi cerebro la leyenda de *la Monja*".⁹¹

Fidel llegaba muy de noche ("dos y tres de la mañana") y se acercaba al cuarto de la gaditana para tratar de espiarla por donde fuera posible: el ojo de la llave, una rendija, o incluso, arrastrándose en el piso, por el resquicio de la puerta. Siempre había luz en el cuarto de la misteriosa mujer, y nuestro autor, ya muy enamorado de ella, oía tosecillas reprimidas, síntomas de "tisis" incipiente, sollozos entrecortados, furtivos, contenidos.

⁹¹ *Ibid.*, p. 185.

"Oculté cuidadoso hasta de mi sombra mi curiosidad, que yo (sesentón bárbaro) equivocaba con la alucinación romancesca, y me propuse entrar en relación con aquella mujer, de cualquier forma que fuese (...) Como si tuviese quince años, me sentía ansioso e impaciente, sentía ale-
tear sobre mis cabellos canos mis dulces ilusiones de la juventud, y lejos de parecerme ridículo, me parecía mi empeño un delicioso fraude de la vejez".⁹²

Simulando entonces que alguien se había equivocado de cuarto al entregar un envío, Fidel introdujo por debajo de la puerta de la gaditana una supuesta "Copia de la leyenda de 'La Monja', para el señor don Guillermo Prieto". Era sólo la introducción, para despertar el interés y tal vez el apetito por la continuación. Tenía también un epígrafe tomado de Santa Teresa: "Compadezco a Satanás porque no ama". La noche siguiente, para sorpresa y susto de Fidel, que se había "echado a nado" en el piso para ver algo por el resquicio de la puerta de la gaditana, pues había gran iluminación en el cuarto de ella, vió de pronto que un bulto era empujado hacia él por ese mismo resquicio, al tiempo que se apagaba completamente la luz en el cuarto de la gaditana. Misterio y zozobra...

Corrió Fidel a esconderse en su cuarto y ver lo que contenía el raro paquete: era un hermosísimo álbum forrado de terciopelo azul, con filos dorados y en la cubierta un pequeño relicario con una miniatura de Santa Teresa de Jesús. Pero lo mejor era que en la primera hoja, para escarnio y vergüenza de nuestro poeta, había una anotación como título: "La monja. Copia de una leyenda del señor don Guillermo Prieto, poeta mexicano". ¡Notable la extraña y hermosa española!

De esta "leyenda", relatada en verso en ese elegantísimo álbum, nos dice Fidel que no logró sacar ninguna copia, por

⁹² *Ibid.*, pp.185, 187.

lo que sólo nos resume el argumento. Historia tremenda, tormentosa, romántica, para morir de dolor y llanto. Leyendo esta narración truculenta y atroz nos damos cuenta porqué nuestro buen Fidel no pudo ser nunca un aceptable novelista.

Pero he aquí que un buen día, semejante a lo que ocurría a los personajes de la "leyenda", Rodrigo y Adela, después de cantarse recíprocamente y de cuarto a cuarto el *Adios* de Schubert (¡Siempre este *Adiós* de Schubert en las culminaciones amorosas de don Guillermo y sus personajes!), la gacitana desaparece súbitamente del hotel, sin dejar un solo rastro, una explicación, una despedida escrita, un papel cualquiera (ni siquiera copia de la *Leyenda*), dos días antes del regreso de nuestro autor a México.

Lágrimas en San Antonio

Ese regreso todavía va a tardar unas doscientas cincuenta páginas (en la edición original del libro, por supuesto) de "charla viajera" de Fidel, ya muy apresurada para narrar todo lo que vió, oyó, leyó, pensó, etcétera, en su estilo mitad pseudo humboldtiano y mitad novelesco y coloquial que caracteriza su crónica. Y como tiene la impresión de que sus "apuntamientos" son muy superficiales, decide rehacer un poco su solidez con algunas estadísticas y anécdotas, y hasta con un *Paréntesis*, en el que describe minuciosamente el largo viaje a Nueva Inglaterra que no realizó nunca.

Al llegar a San Antonio lo invaden las penas y las lágrimas: el recuerdo de María, su amada esposa desaparecida, lo llena de inmensa tristeza; y al día siguiente, no repuesto aún del dolor, le llega la inesperada noticia de la muerte de su madre. Lo consuela el hecho de que, pocos días después, cruza por fin la frontera y puede besar en Piedras Negras el suelo de México. Y con ese gesto de gran ternura hacia la patria, se despide de nosotros don Guillermo Prieto.

Los viajes de Guillermo Prieto,
se terminó de imprimir el 24 de octubre de 1994
en la imprenta Juan Pablos, S.A., Mexicali 39, México 061000, D.F.
Se imprimieron 1,000 ejemplares en papel cultural de 70 gramos
con tipos times de 9, 12, 13 y 14 puntos.
La tipografía y el formado fueron elaborados por Pablo A. Reyna.
La edición estuvo a cargo de Carmen A. León Saavedra

Sirvan estas cortas líneas de presentación como estímulo a tu apetito, estimado lector, para la lectura del libro que tienes en tus manos.

Guillermo Prieto, declarado por Ignacio Altamirano como el "Poeta de la Patria", uno de los más interesantes escritores mexicanos del siglo pasado, es comentado por el Dr. Francisco López Cámara, particularmente en lo referente a sus crónicas de viaje. Nos referimos concretamente a "Los viajes de orden suprema" y "Viajes a los Estados Unidos". La presente obra servirá de elemento clave para conmemorar dignamente el aniversario de su fallecimiento acaecido en 1897.

La república de las letras está nuevamente de plácemes en el momento en que dos notables escritores unen sus plumas, no obstante la barrera del tiempo, para dar a la narrativa mexicana un nuevo toque de creatividad analítico-literaria que con toda certeza será útil para el fortalecimiento y recuperación de nuestra memoria histórica.

Amén del estupendo ritmo literario que ambos, autor y comentador poseen, será muy interesante a lo largo de la lectura, así lo pronosticamos, descubrir cómo a través de una deliciosa manipulación literaria, el autor comentado cuida las posibles implicaciones políticas que sus crónicas de viajes pudieran tener. Lo anterior resulta importante cuando nos enteramos que el famoso "Fidel" no viajó nunca por mero placer. O iba al destierro o al exilio, por obvias razones políticas. Así, literatura y política como actividades afines al personaje, harán más suculenta la lectura. Buen provecho.